

1995 – 2005

**10° aniversario del
CENTRO DE ESTUDIOS BIBLICOS "G. VANNUCCI"
MONTEFANO (MC)**

28-30 octubre 2005

Conferencias de Alberto Maggi y Ricardo Pérez

**HISTORIA DEL TEXTO
DEL NUEVO TESTAMENTO**

Presentamos aquí la transcripción de varias conferencias que pronunciaron los biblistas Alberto Maggi y Ricardo Pérez con motivo del décimo aniversario de la fundación del Centro de Estudios Bíblicos "Giovanni Vannucci".

Conviene tener en cuenta que se trata de charlas grabadas en magnetófono, y que los textos transcritos no han sido revisados por los autores. Por consiguiente, se ruega al lector que procure asimilar el mensaje comunicado en las conferencias, más allá de las formas y modalidades con que el mismo es transmitido.

Como es obvio, en una transcripción no resulta posible plasmar por escrito el tono de la voz, los gestos del orador o las expresiones idiomáticas utilizadas. Tratándose, además, de lenguaje oral, es fácil que la persona encargada de la transcripción, así como el mismo traductor, interpreten de modo incorrecto algunas de las expresiones empleadas.

Viernes 28, p. Alberto Maggi

Introducción al encuentro

Damos comienzo, así pues, a este encuentro, organizado con motivo de la celebración del décimo aniversario del Centro de Estudios Bíblicos. Por esto, se tratará de un acontecimiento un tanto especial, distinto a los encuentros que celebramos regularmente. Esta vez no nos centraremos en el análisis y en el examen de los textos del evangelio, nos proponemos, antes bien, abordar la historia del texto del Nuevo Testamento.

Pero antes de entrar en materia, permitidme unas palabras de introducción. Hace diez años, Ricardo y yo llegamos a este convento acompañados por algunos amigos, sobre todo del grupo de Bolonia, que están aquí presentes. Unos años más tarde se incorporó a nuestro equipo Paolo, que es experto en los Padres de la Iglesia. Bien, a nuestra llegada, encontramos todo en ruinas. El edificio llevaba ya diez años cerrado y se encontraba en condiciones deplorables. No contábamos ni siquiera con una habitación donde dormir. Poco a poco, con la colaboración preciosa de este grupo de amigos, comenzamos a quitar

escombros y a adecentar el conjunto del convento. Desde entonces, no se ha interrumpido el trabajo de adecentamiento del conjunto, y hemos podido ir renovando gradualmente los distintos espacios del edificio a lo largo de los años. Como véis, en este momento contamos con un ambiente bastante acogedor.

Con nuestra llegada a Montefano, nos propusimos comenzar un nuevo tipo de vida comunitaria. Nosotros somos Religiosos Siervos de Maria, pero intentamos serlo y vivir nuestra fraternidad de un modo completamente nuevo, porque la vida en las comunidades religiosas está bastante apagada. A veces, da la impresión de que los conventos estén llenos de personas hundidas, sin ilusiones. Si se quiere sobrevivir, es necesario renovar completamente la vida religiosa, transformando desde el interior un mundo apagado que ya no es capaz de generar vida. Por nuestra parte, hace diez años tuvimos el arrojo de lanzarnos a intentar poner en marcha un nuevo tipo de vida religiosa, y parece que ha funcionado bien, porque son ya muchos años los que llevamos juntos. Pero, sobre todo, lo que anhelábamos ardientemente era crear un centro para el estudio bíblico a un nivel rigurosamente científico. En estos tres días veréis el fruto del trabajo, y se os dará a todos la posibilidad de aproximarnos a un determinado modo de estudiar el texto de los evangelios y de divulgarlo a nivel popular. Al principio, iniciamos nuestro trayecto con el evangelio de Mateo, en cuya traducción y comentario empleamos nueve años. Ha sido un trabajo que ha ido creciendo día a día y se ha enriquecido mucho con vuestra presencia y participación. Ahora estamos comenzando a analizar el evangelio de Juan, e iremos viendo estos días algunos de los rasgos de la lengua y de la cultura en que se enmarca este evangelio, lengua y cultura tan distinta de las nuestras.

Nuestra tarea, pues – y esto debería quedar siempre bien claro – se limita a hacer un servicio para que cada uno lea el evangelio y lo comprenda tal como el evangelista lo quiso exponer. Hasta ahí llega nuestro cometido. Digo esto porque desde siempre existe la tentación por parte de muchos de dar indicaciones prácticas sobre el modo de vivir. Es éste un vestigio del clericalismo que llevamos en la sangre, y, de hecho, muchas personas están acostumbradas a depender del sacerdote, que es quien dice lo que está permitido y lo que está prohibido, lo que se puede hacer y lo que no se puede, lo que es pecado y lo que no. Nosotros rechazamos esa mentalidad. Nuestro cometido es ayudar a la comprensión de los evangelios; después, la puesta en práctica de los mismos depende de la persona, de su historia, de su contexto, de su identidad peculiar. No nos corresponde a nosotros. Y queremos seguir en esta línea, pues han pasado diez años y nos sentimos satisfechos. Ahora bien, lo que mas nos sorprende es que, francamente hablando, no nos esperábamos una respuesta tan grande. Al inicio, empezamos nuestros encuentros en

este salón, después tuvimos que habilitar otro y, más tarde, otro más todavía. Por último, a partir de este año, hemos aumentado el número de los encuentros, extendiéndolos también al segundo domingo del mes, y en ambas ocasiones las salas se llenan de personas. Dentro de poco, tendremos que hacer los encuentros los primeros, segundos y terceros domingos del mes. Pero lo que más nos entusiasma es el clima de libertad que todos los que vienen experimentan y contribuyen a experimentar.

Para hacer esto, hace diez años que estamos trabajando duro... ¿en qué, os preguntaréis?: en hacer la casa acogedora, en hacerla bella. Nosotros acogemos a todo el que viene, a nadie le pedimos el certificado de bautismo o el carnet de afiliación. Todos pueden venir y sentirse a gusto en un ambiente hermoso, porque la belleza es un elemento que todos comprenden y es un modo con el que Dios se expresa.

A lo largo de estos diez años, durante los diferentes encuentros que hemos venido celebrando, habréis oído decir a menudo: «El evangelio fue escrito así, pero lo tradujeron de forma equivocada», «en realidad, el texto original o primitivo dice así»; con frecuencia nos hemos topado con dificultades que tienen que ver con la traducción de los textos. Por eso, hacía tiempo que sentíamos el deseo de ponernos a vuestra disposición para estudiar juntos la historia del texto del Nuevo Testamento. Es un argumento apasionante igual que una novela. Hoy día, nosotros contamos con una traducción del evangelio o de la biblia, pero vale la pena preguntarse el recorrido que han realizado estos textos desde que salieron de la pluma del autor hasta llegar a nuestras manos. Veremos que en esa trayectoria no todo ha sido ideal. A veces, da la impresión de encontrarnos ante una novela. Y resulta importante conocer los pormenores de ese recorrido a fin de comprender muchas cosas, numerosas novedades que hemos ido encontrando y las que nos quedan aun por descubrir.

La conferencia de hoy será breve, porque muchos de vosotros habéis viajado y estaréis cansados. El tema propuesto hoy es *“cuando la traducción hace teología”*, y veremos el por qué del argumento. Mañana afrontaremos *“desde los papiros – o sea, el primer material de escritura – hasta Gutenberg – el inventor de la imprenta – material e ideología”*. Continuaremos con *“el evangelio desaparecido”*, o sea, todo aquello que ha sido eliminado del evangelio. En el encuentro de la tarde, Ricardo nos hablará sobre el tema *“del hebreo al griego”*, pues como sabéis, la Biblia fue escrita en hebreo y después fue traducida al griego, pero cada traducción no supone solo una obra aséptica, sino que conlleva una reinterpretación, y por ello, existe mucha diferencia entre el texto hebreo y el texto griego en el que se inspira la comunidad cristiana. A continuación afrontaremos el

evangelio, con el tema “*la vulgata* – o sea, el texto latino en el que la iglesia ha basado su teología durante 1500 años- *y el nacimiento de los demonios*”, veremos cómo “demonios” es un término ausente en la lengua hebrea, un término que fue inventado por los traductores. Y comprenderéis que si no existe ni siquiera el nombre, es evidente que tampoco puede existir la realidad en sí.

Cuando la traducción hace teología.

Existe una gran diferencia entre el evangelio que leen los jóvenes de hoy y el que leyeron sus abuelos. En efecto, en el texto de los evangelios que manejamos actualmente no solo han cambiado las expresiones, la nueva traducción de los mismos ha comportado asimismo un cambio notable en el contenido. Así es, en la revisión de los textos del Nuevo Testamento han sido eliminados hasta 20 versículos que no pertenecían a la redacción original y que se habían ido añadiendo a lo largo del tiempo. Esta revisión ha sido realizada sobre la base de lo que llamaremos texto *primitivo*, que no se debe confundir con el “*texto original*” porque el texto original de los evangelios no ha llegado a nuestras manos. Hasta nuestras manos han llegado solo copias del texto original, que reciben la denominación de *texto primitivo*, denominación con la que se entienden las copias más cercanas al momento de la primera redacción. En nuestra charla de mañana veremos cómo, a partir de los primeros manuscritos de los evangelios, se producía un proceso gradual de añadiduras. El caso es que diez de estos veinte versículos que han sido suprimidos del Nuevo Testamento tienen que ver con el evangelio, y algunos de ellos pertenecen a pasajes importantes, narraciones evangélicas que han dejado honda huella en la tradición. Anticipemos solo uno: en el evangelio de Lucas se lee que Jesús, en el huerto de Getsemani, comienza a sudar sangre, pero este pasaje no pertenece al texto primitivo del evangelio, es un añadido posterior. Mañana analizaremos cómo se descubre que se trata de añadidos y cómo pueden ser eliminados.

En el texto actual que las nuevas generaciones tienen a disposición difiere, pues, la traducción y difiere también el contenido. ¿Por qué es distinta la traducción? Muchos se preguntan por qué es necesario revisar las traducciones de la Biblia, una vez que ya ha sido traducida. La razón es que las lenguas no están muertas, son realidades vivas. Las lenguas observan una evolución continua, van cambiando sin cesar. Si leemos una traducción de hace doscientos años lo comprenderemos. Ciertamente el texto está escrito en nuestra lengua, pero nos resulta farragoso, nos cuesta trabajo leerlo, y no nos dice

gran cosa, porque en ese espacio de tiempo el idioma ha ido evolucionando. Es por eso que se hacen necesarias nuevas traducciones, las lenguas evolucionan.

Éste ha sido también uno de los motivos para el nacimiento de este centro de estudios bíblicos. Recuerdo que cuando yo estudiaba en Jerusalén, en la Escuela Bíblica, me quedaba asombrado al ver cómo cada semana llegaban a la biblioteca del centro unos treinta ejemplares de libros y revistas nuevos acerca de la Sagrada Escritura. ¡Cada semana treinta ejemplares! Había una ebullición espectacular en los estudios bíblicos. Me llenaba de estupor especialmente constatar que no dejaban de publicarse continuamente diferentes estudios sobre la gramática griega. Eran obras especializadas que permitían profundizar en el conocimiento del griego bíblico, y ya veremos cómo este es un ámbito nuevo que abre perspectivas muy interesantes y del cual estamos solo en los albores. Observaba asimismo cómo se iban produciendo descubrimientos importantísimos a nivel arqueológico, hallazgos transcendentales que ayudan a comprender mejor las costumbres, hábitos y modos de vivir y de expresarse de la gente en el tiempo de Jesús. Igualmente, llamaba la atención el redescubrimiento del mundo hebreo de la época que estaba en marcha. Con los nuevos estudios, ciertos episodios del evangelio, ciertas expresiones de Jesús podían ser analizadas cada vez con mayor profundidad y esto sacaba a la luz elementos culturales muy importantes de cara a su comprensión.

Pero el drama de nuestra iglesia es que, por desgracia, todas estas novedades quedan circunscritas al patrimonio exclusivo de los estudiosos. De hecho, en el ámbito de los investigadores, si uno no escribe de modo farragoso y complicado, ni siquiera es tenido en consideración. Los biblistas escriben de forma complicada para las personas que aparentan leer sus obras, para la jerarquía, pero a la gente de la calle no les llega, la gente se queda sin alimento, y esto es un verdadero crimen, porque cuando deja de manar el agua de la fuente – como decía el profeta Jeremías – se va en busca de aljibes agrietados.

Ya hemos mencionado la transcendencia de la traducción. Nosotros tenemos una traducción de los evangelios, porque sobre ellos fundamentamos nuestra existencia de creyentes en Cristo Jesús. Pero si resulta que la traducción sobre la que basamos nuestro comportamiento está equivocada, entonces nuestra vida sufre un daño grave, pues sufre daños colaterales que no son insignificantes. En la preparación de estos encuentros, podéis creerlo, ponemos nuestra máxima atención para hacer un análisis minucioso y pormenorizado de cada término, precisamente para poner de relieve con precisión los contenidos de la palabra de Dios. Si se tratara de historia, geografía, matemáticas u otras

ciencias afines, aun en el caso de que nos equivocáramos en una fecha o en un nombre, la cosa no tiene mayor transcendencia: por el error cometido nuestra reputación sufre un duro golpe, pero no tiene mayores consecuencias para la vida de la gente. Todo queda dentro del ámbito intelectual. Aquí, por el contrario, se trata de la vida. Si presentamos una interpretación errada del evangelio y alguien la pone en práctica, entonces nos hacemos responsables del daño ocasionado. Si la traducción no es exacta, la persona que enfoca su vida desde esas convicciones, podrá sufrir consecuencias devastadoras.

Un ejemplo ayudará a entender cuanto afirmo. Pensad en la invitación que hace Jesús y que aparece repetida varias veces en los evangelios: “*Si no os convertís, no entraréis en el reino de Dios*”. Convertirse, indica Gesù, significa orientar de una forma diferente la propia existencia: habitualmente, las personas viven centradas en torno a sí mismas y Jesús dice que quien vive para sí mismo se autodestruye. ¿Por qué? La razón de esto es que la persona se desarrolla y crece a todos los niveles solo en la medida en que vive para los demás. Sea creyente o no, la persona crece cuando vive orientada hacia el servicio de los otros. Esto es lo que afirma Jesús, que ha venido a traer la vida: si no orientáis de otra forma vuestra existencia, el reino de Dios no tiene nada que ver con vosotros. Este paso exigirá un cambio y el término que lo indica es “*conversión*”. Bien, en la traducción latina, llamada Vulgata, obra llevada a cabo parcialmente por san Jerónimo, y sobre la cual la iglesia ha basado su teología y su espiritualidad durante muchos siglos, la invitación de Jesús al cambio fue traducida con la frase “*si no hacéis penitencia*”. Durante mucho tiempo, la Iglesia se aferró a esta traducción latina, ajena por completo a la exhortación originaria de Jesús, aun cuando era ya evidente por aquél entonces que se trataba de una traducción inexacta, y que era preciso retornar al texto griego.

Nosotros, en nuestros encuentros, hablamos de Jesús como plenitud de vida, un Jesús que no desea sacrificios ni mortificaciones. Entonces, algunos preguntan por qué los santos en el pasado dedicaban tanta atención y energías a hacer penitencia. Bien, lo hacían por el simple motivo de que en el evangelio que tenían a su disposición estaba escrito que, de no hacer penitencia, no entrarían en el reino de Dios. Pensaban, pues, que cuanto más se mortificasen, cuanta más penitencia hicieran, más atraían hacia sí la benevolencia divina. Pero el Concilio Vaticano II indica que si mucha gente no cree aún en Dios, en parte es debido a nosotros, cristianos, por la imagen contorsionada de Dios que hemos presentado al mundo. La responsabilidad recae también sobre los cristianos. Porque, ¡no era posible presentar a un Dios que es Padre misericordioso si, de forma simultánea, se insistía en la imagen de un Dios deseoso de ver a sus hijos hacer

penitencia y sacrificios! ¡Era realmente un Dios sádico! Y no solo. En la espiritualidad del siglo XIX, aún se decía que Dios enviaba a sus hijos las enfermedades, las desgracias, las cruces, y todo cuanto nos podamos imaginar.

La veracidad de las traducciones es, por tanto, muy importante, más que nada porque siempre nos movemos en el delicado terreno fronterizo entre religión y fe, como decimos con frecuencia en nuestros encuentros. Con la frase “si no hacéis penitencia”, al hombre se le invita a centrarse en torno a su misma persona, alrededor de la propia perfección espiritual. Pero haciendo así, el hombre queda atrapado en las cadenas del mundo de la religión: el hombre da vueltas en torno a sí, queda recluido en sus necesidades. Jesús enseñó a hacer todo lo contrario: enseñó a salir del propio yo, para orientarse hacia los otros, y éste es el ámbito de la fe. ¡Si la traducción es inexacta, el daño que se le hace a la vida espiritual puede ser enorme!

Hoy día, en ninguna Biblia se encuentra ya la invitación a hacer penitencia. La traducción inexacta fue corregida, pero queda todavía mucho por hacer. Por ejemplo, pese a todo el camino recorrido hasta ahora para recuperar el genuino significado de los textos bíblicos, un itinerario que no ha sido en absoluto insignificante, persisten aún casos clamorosos de incomprensión. En el capítulo 15 del evangelio de Juan, Jesús habla de sí mismo usando la metáfora de la vid, compara al Padre con la figura del agricultor y a nosotros, con los sarmientos. Bien, en este contexto leemos: *“Todo sarmiento que en mí no produce fruto, lo corta”*. Aquí nos encontramos con un juego de palabras que tiene sentido en la lengua original, el griego, y hay que entenderlo.

Jesús dice: **“Todo sarmiento que en mí no produce fruto”** – o sea, una persona que asume la linfa vital de la comunidad, pero no la transforma en vida al servicio de los demás – **“[el Padre] lo corta”**. Corta en griego se escribe αἰρεῖ (airei), después veremos por qué usa este término. Sigue Jesús diciendo, **“todo sarmiento que produce fruto”** – es decir, usando la imagen eucarística, la persona que se alimenta de Jesús y que, a su vez, se hace pan para los demás, se esfuerza en comunicar vida a los demás – **“todo sarmiento que produce fruto lo purifica”**. El término usado es purifica o limpia. Entonces, hemos dicho que αἰρεῖ (airei) significa corta, aquí usa una expresión que es καθαίρει (catairei), que quiere decir purifica o limpia. Así pues, como véis, estamos ante dos verbos muy similares en su pronunciación. ¿Qué sucedió? Los traductores han confundido ambos verbos, traduciendo el segundo por “poda” (lo poda), pero en griego el verbo podar se dice de modo totalmente distinto, y el evangelista aquí no está pensando en ello.

Y resulta que los evangelistas son grandes expertos en la lengua que emplean, profundos conocedores de la misma. El evangelista no está hablando de podar, está hablando de purificar, que es otra cosa bien distinta. Ha elegido las palabras precisas para transmitir su mensaje. Pero debido a la traducción inexacta que se hizo de este pasaje, otra de las ideas que se han inculcado en el pasado (junto a la de “hacer penitencia”) es la idea de que el Señor *nos poda*: de hecho, esta enseñanza se aplicaba cada vez que sucedía una desgracia en la vida: un accidente, la muerte de un ser querido, etc. El Señor, a las personas que ama, ¡les hace experimentar el mal!. Y ¿por qué nos poda? Para ver si lo seguimos amando, se decía. Pero esto es algo realmente aberrante. La acción del Señor no es la de podar, sino la de purificar, que supone siempre una intervención positiva, encaminada a la vida. El evangelista, en realidad, se propone tranquilizar a sus lectores: “Recibiendo esta linfa vital del Padre, preocúpate solo de transmitirla a los demás, y si hay algo negativo en tí, el Padre, y solo Él, se encargará de eliminarlo. No toca a ti hacerlo, ni es tarea de los otros sarmientos, ni siquiera es la misión de Cristo. El Padre, en el momento oportuno, se encargará de ello”. Así pues, el Padre no poda nada. El Padre purifica, y esta certeza confiere serenidad a la persona y sosiego al corazón. Mientras que la religión enraíza a la persona alrededor de su propio yo, poniendo de relieve el deseo de perfección espiritual, el combate contra los propios defectos, límites, etc, la fe, por su parte, libera a la persona. No hay que pensar en la propia negatividad, en el propio límite, ni siquiera para intentar superarlo. Se trata de vivir la propia vida con el Padre para el bien de los demás, y si existe algo negativo, el Padre mismo lo eliminará. Espero que con esto os hagáis una idea de la transcendencia capital que tienen las traducciones.

La Iglesia italiana hace uso de una traducción de la Biblia que es el texto oficial aprobado por la Conferencia Episcopal Italiana (C.E.I.), un texto que es conocido con el nombre de “la Biblia de Jerusalén”. ¿Por qué se llama “Biblia de Jerusalén”? “La Bible de Jerusalem” es la nueva traducción que el *l'École Biblique de Jerusalem* inició en los años cincuenta, dejando a un lado el texto latino de la Vulgata y retornando a los textos originales en hebreo y en griego. La traducción fue editada primeramente en fascículos separados, que después fueron reunidos componiendo la Biblia entera, y desde entonces no dejan de salir nuevas ediciones revisadas y mejoradas. A nivel internacional está considerada como una de las mejores biblias, al menos en campo católico, y tiene mucho prestigio. Pues bien, cuando yo estudiaba en Jerusalén, en el *l'École Biblique* los profesores hacían referencia siempre a la biblia de la C.E.I. cuando querían poner un ejemplo de una traducción pésima de la biblia.

La traducción de la C.E.I. fue encargada por los obispos italianos a un grupo de biblistas, los cuales se sintieron obligados de algún modo a contentar a los jerarcas. Una vez concluida la traducción, llegaron a un acuerdo editorial con el l'École Biblique para poder publicar el texto en italiano bajo el título prestigioso de la Biblia de Jerusalén, añadiéndole las notas de la misma. Todos quedaron contentos con el acuerdo, pero cuando los estudiosos "la Bible de Jerusalem" quisieron comprobar la exactitud de las notas traducidas, se percataron de que algunas de las mismas habían sido suprimidas. Por ejemplo, las que hacen referencia a la figura de Pedro, la autoridad en la Iglesia, etc. ¡Habían sido eliminadas! Por eso, el Ècole Biblique exigió la publicación íntegra de las notas, de lo contrario, no autorizaría el uso del nombre "La Biblia de Jerusalén".

Nosotros haremos referencia a menudo a esta Biblia de Jerusalén. Salió en 1971 con la mencionada pésima traducción. Pronto se dieron cuenta de que hacía aguas por muchos lados y ya en 1974 sufrió una primera revisión. Poco después, se puso en marcha otra revisión más seria para desembarazarse de los añadidos que aún quedaban recogidos, siguiendo para ello el criterio de fidelidad al texto griego, sin dejarse influenciar por la tradición latina. Esta última edición es de 1997. Es bastante buena, al realizarla se tomaron decisiones importantes, pero aún queda mucho camino por recorrer. No se puede considerar todavía una traducción óptima. Y además, dado que el Antiguo Testamento aún tiene que ser traducido, no deja de ser provisional. En los evangelios y en el Nuevo Testamento, de hecho, se encuentran numerosas citas de Antiguo Testamento, y es preciso que exista correspondencia entre ambos cuerpos. Pero, en cualquier caso, podemos alegrarnos de que la adhesión al texto griego ha producido ya no solo una nueva traducción, sino que está dando pie al surgimiento de una teología nueva. Veamos algunos ejemplos.

El evangelio de Mateo, en la vieja edición, terminaba con estas palabras de Jesús: "*Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*" (Mt 28,30). La idea del fin del mundo es una idea que causa angustia. Todo el mundo se aterra cuando piensa que se aproxima el fin del mundo. San Agustín, al ver que el imperio romano empezaba a desmoronarse, se atemorizó mucho, porque no concebía un mundo sin el imperio romano. Pero el caso es que con el declive del imperio el mundo no solo no se tambaleó, sino que salió ganando, igual que ha pasado después con la desaparición de otros imperios. En los evangelios no se habla nunca, ni se anuncia, ni se profetiza para nada el fin del mundo. ¡Jamás! No sabemos si el mundo cesará de existir o si el ser humano desaparecerá de la faz de la tierra. Yo creo que no llegará ese día, pero sea como sea, en

los evangelios nunca se anuncia el fin. La revisión del texto de Mateo ha conducido a hacer una nueva traducción: “*Yo estaré con vosotros hasta que este tiempo se cumpla*”, es decir, hasta siempre, o bien se puede decir “*hasta el final de los tiempos*” que es la forma que tiene la lengua hebrea de decir *por siempre*. Jesús no está hablando de plazos en el tiempo, solo está confirmando una presencia. “Hasta el final de los tiempos” era un modo de decir “siempre”. Así pues, Jesús no solo no pretende infundir miedo a nadie, antes bien, está asegurando su presencia en el seno de la comunidad todos los días, sin cesar.

En el evangelio de Juan, en la vieja edición, la conclusión del episodio de las bodas de Caná era traducida en los siguientes términos: “*De este modo comenzaron los milagros de Jesús en Caná de Galilea*”. En esta edición se hablaba todavía de milagros. La nueva edición de la C.E.I. dice en cambio: “*Este fue el inicio de las señales realizadas por Jesús*”. Ya no se habla de milagros, sino de signos o señales. ¡Es muy importante esta desaparición! Si hablamos de milagros, pensamos en una acción prodigiosa, un gesto extraordinario que solo puede ser realizado por una persona dotada de poderes excepcionales, sobrehumanos, una acción en la que las leyes de la naturaleza son alteradas o volcadas. Este es el milagro. Sin miedo a que nadie nos contradiga, podemos afirmar que los milagros nunca han existido. No existen los milagros. El problema es que a menudo las personas hablan de milagros demasiado superficialmente, incluso sin venir a cuento: se cae un avión con trescientas personas a bordo, se salva una y dicen que es un milagro. Yo creo que más bien se podría hablar de milagro si se hubieran salvado las otras 299...

Este aspecto es de gran importancia, porque si se habla de milagro, entonces se piensa que es lícito pedirle a Dios – por ejemplo, en la situación dramática de un ser querido que sufre una enfermedad incurable – que intervenga y obre un prodigio en nuestro favor. Si hizo el milagro de cambiar el agua en vino para que algunos se emborrachasen, desde luego puede hacer que una persona evite el trance de la muerte, ya que entre otras cosas ¡conservar la vida es mucho más importante que el vino!..., razonarían algunos. Pero por mucho que se implore a Dios, el milagro no tiene lugar, y no es raro constatar que algunas personas acaban perdiendo la fe por ese motivo. Los evangelistas nunca identifican las acciones cumplidas por Jesús con el nombre de milagro. Este término en griego es *ταυμα* (tauma), la raíz de taumaturgo. En el evangelio, nunca se le aplica a las acciones de Jesús. Hay otro término para indicar las acciones nefastas de los falsos cristos y de los falsos profetas, es el término *prodigio*, que va acompañado siempre por signos o señales: signos y prodigios. Para las acciones que Jesús cumple usan el término “señal”, o bien “fuerza, energía”, o bien “obras”. Esto es

importante, porque nosotros no podemos realizar milagros, independientemente del nivel de nuestra fe. Además, Jesús dijo: *“Si tenéis fe como un grano de mostaza podréis hacer cosas más grandes que las realizadas por mí”*.

Pongamos un ejemplo de milagro, la multiplicación de los panes y de los peces, tal como es interpretada habitualmente. Con cinco panes y dos peces, el Señor sacia el hambre de 5000 personas. Pero ¿eso es un milagro o un acto de prestidigitación? Ninguno de nosotros podría hacerlo, por mucha fe que tuviéramos. Y en el caso de Jesús, puesto que los evangelistas no denominan este hecho como “milagro”, es lícito concluir que Jesús no realizó ese milagro. Todas las acciones extraordinarias, prodigiosas indudablemente, cumplidas por Jesús en los evangelios son “señales”, “obras”, que la comunidad cristiana debe prolongar y seguir pidiendo al Señor que las realice. Jesús lo dijo: haréis obras mayores que yo. Es evidente que no podemos multiplicar panes y peces, pero si decidimos compartir todo cuanto tenemos – y éste es el significado verdadero del episodio – entonces brota la abundancia. A la gente que le solicitaba una señal para poder creer, Jesús les cambia la orientación, le da la vuelta a la argumentación y les invita a convertirse ellos mismos en un signo para los demás. En el caso del episodio de las bodas de Caná, la antigua traducción estaba influenciada por una ideología religiosa y por eso hablaba de milagros de Jesús. Ahora se habla de señales, que nosotros podemos cumplir y podemos llegar a ser. Ni siquiera la resurrección de Lázaro recibe el título de milagro en los evangelios.

Antes de retirarnos a descansar, tratemos brevemente un argumento que nos despierte un poco: vamos a dar un paseo por el infierno. El infierno es uno de esos argumentos que producen graves crisis a los estudiantes de los primeros años de teología o de Biblia. Y los que ya están acostumbrados a oír hablar de él, quedan asombrados cuando en los diccionarios bíblicos no encuentran ninguna referencia al mismo. En los diccionarios bíblicos, en efecto, no aparece la palabra infierno, porque en la Biblia ni existe la palabra como tal ni siquiera hay huellas de la imagen del mismo. En la antigua traducción, el texto de 1974, “infierno” resistía todavía en tres textos que ahora analizaremos. En la nueva edición solo aparece una vez, y puede deberse a un descuido, a un olvido o a la ignorancia del traductor.

Conocéis la parábola del rico y del pobre Lázaro, en la que dice Jesús literalmente – estamos en el evangelio de Lucas – *“Y soportando grandes tormentos en el reino de los muertos, alzó los ojos y vio desde lejos a Abraham y Lázaro en su seno”*. Lo que hemos traducido con “el reino de los muertos” se traducía con “infierno”. Es importante saber

bien todas estas cosas, porque el conocimiento hace a las personas libres; cuanto más llegamos a conocer, más libres seremos y menos dependeremos de los demás. Bien, debemos saber que en el texto griego la palabra que es traducida como infierno es *αδεδ* (*ade*). ¿A qué se refiere este *ade*?

Los traductores de la Biblia no tenían más remedio que emplear vocablos del idioma griego al traducir determinadas realidades específicas pertenecientes al mundo hebreo. En aquella época era creencia común que todos, cuando morían, iban a dar con sus huesos en una enorme caverna subterránea, ubicada bajo la tierra; todos indistintamente, buenos y malos, iban a parar allí y allí vivían como sombras. Era el reino de los muertos. En hebreo, el reino de los muertos se escribe “*sheol*”. Lo cierto es que desconocemos con precisión lo que significa; probablemente se trata de una raíz hebrea que quiere decir algo así como “aquello que traga, aquello que engulle”. Y, dado que la muerte se cierne sobre todos sin excepción, pues se comenzó a usar este término para señalar el “reino de los muertos”. Cuando la Biblia fue traducida del hebreo al griego, no podían poner “*sheol*”, por ser un vocablo desconocido para los helenistas. Entonces, tomaron del mundo mitológico griego el término “*ade*” que señalaba igualmente el “reino de los muertos”. *Ade* era la divinidad que presidía este reino, se le conocía también con los nombres de Plutón o Júpiter subterráneo. Era hijo de Cronos y de Rea, los dioses que habían hecho el mundo, y hermano de Poseidón, es decir, Neptuno. La tierra había sido dividida entre los varios hijos de Cronos y Rea, que se habían enfrentado victoriosos a los titanes. A Júpiter le es concedido el cielo, a Neptuno (Poseidón), el mar, y a *Ade* se le concede el reino de los muertos. De por sí, el término “*ade*” significa invisible. La Biblia, al pasar desde el hebreo al griego, ha traducido el “reino de los muertos” con “*ade*”. Cuando en los evangelios se encuentra esta expresión no debe ser traducida con “infierno”, un concepto desconocido en el mundo hebreo, sino con “reino de los muertos”. En la lengua latina, lo veremos mañana al estudiar la traducción de la Vulgata, este término fue traducido con “*infern*”.

¿Qué eran los infiernos? En el mundo romano se consideraba que la tierra era el eje en torno al cual todo giraba; los dioses que estaban en el cielo (por encima de la tierra) se llamaban “*superi*” (de arriba); los dioses que estaban abajo (bajo la tierra) se llamaban *infern*, y de ahí, infiernos. En resumen, “*superi*” los dioses del cielo, “*infern*”, las divinidades del reino de la muerte. Por eso, hay que estar atentos para no confundir el significado de “*infern*” y no transformarlo en “infierno”. Estamos hablando del reino de los muertos. En el credo recitábamos aquella fórmula que indicaba que “*Jesús murió, fue sepultado y descendió al “infern”,* pero no quiere decir que bajara al infierno. Lo que

decimos es que penetró en el reino de los muertos para comunicar su vida a todos aquellos que habían perecido antes que él.

Veamos los otros textos en que se encuentra una alusión a este “infierno”. En la traducción de la segunda carta de Pedro, el infierno ha sido eliminado. La antigua edición reportaba lo siguiente (2Pt 2,4): *“Dios no dejó sin castigo a los ángeles que pecaron, los precipitó en el abismo tenebroso del infierno hasta el día del juicio”*, es decir, en esta edición se lee que los ángeles han pecado y Dios los lanza en la oscuridad del infierno. Hoy, en la nueva edición se lee *“Dios no dejó sin castigo a los ángeles que habían pecado, los precipitó en abismos tenebrosos teniéndolos prisioneros para el juicio”*: ha desaparecido, pues, la mención al “infierno”. ¿Cuál es la palabra que el autor había traducido con “infierno”? El autor había encontrado el verbo griego *ταρταρο*, de donde proviene el término *tártaro*. En el mundo mitológico griego, el *tártaro* era lo contrario del cielo, era el lugar de condena para los malvados. Las imágenes que Dante Alighieri emplea en la *“La divina comedia”* (lagos de fuego, gente que se devora mutuamente, seres que torturan) están tomadas precisamente de este mundo mitológico: el *tártaro*. Ser arrojados en el *tártaro* significa ser lanzados en lo más profundo de la tierra. Una interpretación inexacta que dejó su impronta en la antigua edición había traducido *tártaro* con “infierno”, pero no se trata de infierno, porque, como hemos dicho repetidamente, en el mundo hebreo no existía el concepto ni la imagen del infierno.

Por último, en el libro del Apocalipsis 6,8 se leía: *“El que cabalgaba sobre él se llama muerte y venía tras él el infierno”*. En esta cita, en el original griego aparecía el término “*ade*”, que hemos visto antes. Ahora se lee: *“Y el que montaba sobre él se llamaba “peste” y el reino de la muerte le seguía”*.

La superación de estas traducciones equivocadas se antoja una obra de vital transcendencia. A lo largo de los siglos, muchas personas no han podido percibir el alcance del amor de Dios, aterrorizados y angustiados como estaban por dichas imágenes del infierno que les habían sido inculcadas. En nombre del miedo al infierno, se cometieron muchas atrocidades contra las personas: ¡cuánto terror, cuántas vidas mutiladas, y cuánto rechazo ha provocado por doquier tamaña imagen de Dios! De acuerdo con cierta teología clásica, el infierno era el castigo implacable que se recibía como condena incluso por un solo pecado mortal, y duraba toda la eternidad, sin límite alguno de tiempo. Como véis, no hay proporcionalidad entre la culpa, o sea, el delito cometido, y el castigo. La culpa y el castigo siempre deben ser proporcionados. ¿Cómo podía decirse que Dios condenaba eternamente al hombre incluso por un solo pecado?

Lógicamente, las personas que razonaban un poco con su cabeza rehusaban creer en un Dios así. No era, ciertamente, la imagen de un Padre amoroso.

En los evangelios no hay ninguna huella de esa imagen del infierno. Por parte de Jesús hay solo una propuesta positiva que es plenitud de vida. La no aceptación de esta propuesta conduce a la muerte plena. En el Nuevo Testamento no se habla de “infierno”, sino de muerte segunda. Hay una primera muerte, la muerte biológica, la putrefacción de la carne, de la que nadie puede librarse. Sin embargo, cuando llegue la segunda muerte, nosotros no la experimentaremos, porque gozamos de una plenitud de vida tal que nos permitirá seguir viviendo. Si cuando llega la muerte halla un cuerpo despojado de energías vitales porque la persona ha vivido solamente para sí misma, sin responder a los impulsos de amor y a la llamada a la generosidad que procede de los límites de los demás, entonces ése será el final del individuo. La muerte física coincide entonces con la muerte del individuo. Por esto, en el Apocalipsis dice: *“Bienaventurados aquellos que no son azotados por la segunda muerte”*.

Terminemos con otro ejemplo muy hermoso. En la antigua traducción de la carta de Pablo a los Filipenses 2,6 se leía que Jesús *“aun siendo de naturaleza divina no quiso retener solo para sí su igualdad con Dios”*. El mismo pasaje en la edición de la CEI es traducido así: *“aun siendo de condición divina no consideró un bien exclusivo ser igual a Dios”*. Gozar de la *“naturaleza divina”* le es posible solo a Jesús, nosotros no somos de naturaleza divina, pero de *“condición divina”* sí. La *“condición divina”* es el proyecto de Dios hacia todos los hombres. Ser de *naturaleza divina* no resulta posible, porque solo Jesús lo es, pero ser de *condición divina* supone la realización del proyecto de Dios hacia los hombres. Todo hombre que acoge su amor y lo pone en la práctica es de *condición divina*.

Hemos visto, pues, solo algunos ejemplos, para que os hagáis una idea de hasta qué punto es importante la traducción. Lo cierto es que la teología se basa en el texto que nos lega la traducción. Y hemos predicado desde hace 1500 años sobre la base de una traducción llena de errores, de modificaciones, de aumentos. ¡Cuánto daño han hecho a la teología y a la espiritualidad de la Iglesia católica! Durante todo ese espacio de tiempo, abandonando el texto original griego, nos hemos basado en la traducción latina, una traducción que dejaba mucho que desear, y por eso la vida del cristiano ha acabado por perder de algún modo su equilibrio y armonía. Demos gracias al cielo porque ahora vivimos en una época en la que hemos podido descubrir estas nuevas posibilidades

espléndidas, y quién sabe cuántas nuevas sorpresas nos esperan en adelante. En realidad, estamos solo al principio de la primavera.

Sabato 29 p. Alberto Maggi

Desde los papiros hasta Gutenberg: material e ideología

La parte más interesante de esta “Historia del texto del Nuevo Testamento” viene ahora. Ayer vimos cómo entre traducción y traducción cambia tanto el texto como la teología, y cómo a menudo la ideología religiosa puede influir en la traducción del texto. Hoy hablaremos sobre los materiales con los que fueron escritos los evangelios y las travesías que éstos han realizado a lo largo de los siglos.

Desde el momento en que fueron escritos, copiados y divulgados cada uno de los 27 escritos que componen el Nuevo Testamento, han pasado ni más ni menos que 2000 largos años repletos de innumerables vicisitudes y acontecimientos que han dejado una huella pesada en el texto, el cual, os recuerdo, no es el *texto original* de los evangelios, porque hasta nuestros días no ha sido hallado. ¿Qué se entiende por texto original? Aquél que salió directamente de la pluma del autor o de los autores de los evangelios. Hablaremos, en cambio, del *texto primitivo*, o sea, de la copia más antigua, o las más antiguas, que poseemos de estos originales. Más adelante veremos las razones que nos permiten estar seguros de la veracidad de dicho texto.

Papiros y pergaminos.

En la época en que es compuesto el Nuevo Testamento se produce un pasaje epocal en la historia de la escritura: estamos en el momento en que se deja de escribir sobre tablillas de cera, y se pasa a emplear otros materiales, como los *papiros* y los *pergaminos*. Como sucede con todas las novedades que van surgiendo en la historia del hombre, a este respecto había pros y contras, muchos partidarios pero también muchos retractores que se resistían al cambio. Así, por ejemplo, un orador del primer siglo después de Cristo, Quintiliano, denunciando las dificultades que presentana el nuevo estilo de escritura, es decir, la complejidad de escribir sobre un material como el papiro o el pergamino, dice acertadamente que *“teniendo que acercar repetidamente la pluma al tintero para humedecerla, se demora la obra de la mano y se interrumpe la continuidad vivaz del pensamiento”* (tomado del libro *Institutio oratoria*). Cuando se escribía sobre una tablilla de cera no había interrupciones, bastaba hacer incisiones seguidas sobre la cera; pero

para escribir sobre pergaminos o papiros, se debe mojar la pluma y este trabajo interrumpe la fluidez del pensamiento. Pero la escritura sobre cera presentaba también no pocos problemas: a veces, las tablillas se hacían ilegibles y el material se perdía. En cualquier caso, una novedad decisiva en el mundo del Nuevo Testamento fue el abandono de la escritura en las tablillas de cera o de creta.

El documento del Nuevo Testamento más antiguo que poseemos es un fragmento de papiro, llamado el papiro de Rylands, que toma el nombre de la biblioteca que lo conserva. En ambas partes de este fragmento hallamos escritos versículos del evangelio de Juan, correspondientes al capítulo 18: en el anverso, los versículos 31 y 33, y en el reverso, los versículos 37 y 38, referidos a las escenas que siguen a la muerte de Jesús y a su sepultura. Este es el fragmento más antiguo con que contamos y se puede datar alrededor del año 125 después de Cristo ¿Qué significa “alrededor”? Quiere decir que hay un posible margen de error de unos 25 años de más o de menos. En este caso, si quitamos unos veinticinco años, podemos fecharlo hacia el año 100. Teniendo en cuenta que el evangelio de Juan se considera escrito en el año 90, se deduce que es un fragmento contemporáneo a la obra de redacción de los evangelistas. Otros papiros del 200 contienen ya los cuatro evangelios, así como los Hechos de los Apóstoles. Tened presente que, aun cuando a nosotros nos pueda parecer que ha pasado demasiado tiempo entre la redacción de la obra original y la copia de la misma que poseemos, en realidad se trata de un espacio de tiempo muy corto. De hecho, podemos afirmar con certeza que una cercanía tal solo se da en los textos del evangelio y el resto de escritos del Nuevo Testamento. Por lo que se refiere a las obras de los grandes filósofos como Platón, por ejemplo, o las obras de Julio César, resulta que hay un abismo de 1000 años entre el original hipotético y las copias más antiguas con las que contamos: ¡hay un agujero de 1000 años! La cercanía de los escritos del Nuevo Testamento es un caso insólito, y ahora veremos la razón.

En aquella época se escribe sobre papiro. No hay que confundir el papiro con la planta llamada con el mismo nombre, que es de la familia de las plantas papiráceas, pero que es diferente. El papiro del que hablamos es una planta que crece en Egipto, alcanzando una altura de casi seis metros; con una lámina se cortaban tiras finas del papiro; las tiras horizontales se cosían juntas y sobre ellas se colocaban las tiras verticales. El color oscuro que encontramos hoy en los papiros se debe al hecho que estuvieron siglos y siglos enterrados bajo el suelo de Egipto, pero inicialmente el color era mucho más claro. Su mejor cualidad era la resistencia, era un material realmente muy consistente. Los folios de papiro se ligaban después entre sí, componiendo rollos que

alcanzaban hasta diez metros de largo. El término “volumen” se deriva precisamente de esta práctica de enrollar y conservar los rollos de papiro. Más tarde veremos cómo el concepto de libro es otra cosa distinta. Bien, es éste el material en el que fueron escritos los textos primitivos del Nuevo Testamento.

Aquello que distingue a la comunidad cristiana desde sus albores es la eficiencia, la practicidad y la sencillez. Comprenderéis que escribir sobre un rollo no era una cosa muy práctica porque para ver los distintos capítulos del mismo era necesario enrollar, desenrollar, volver a enrollar, y así se hacía todo muy complicado. Por eso, en aras de la practicidad y eficiencia, la comunidad cristiana fue la primera que dejó de emplear los rollos, optando en su lugar por el códice, o sea, el libro. ¿Qué hicieron? Tomaban los folios, los dividían en cuatro partes que cortaban parejas y le daban la forma de nuestro libro actual. Esto puede ser considerado como una invención de la comunidad cristiana. El caso es que desde los comienzos de su andadura la comunidad cristiana (es importante subrayar este aspecto, porque a veces se piensa que para ser cristianos es necesario permanecer apegados a las tradiciones, a las costumbres) no tenía ninguna reticencia en adoptar todo aquello que era práctico, eficiente y todo lo que servía para divulgar cada vez más el evangelio, inventando modos nuevos. Así pues, dejando a un lado la escritura sobre rollos, la comunidad cristiana opta por hacer uso de los folios. Pero había una dificultad: este material, si bien era bastante económico porque era fácil de encontrar, era, sin embargo, difícil de conservar. De por sí es bastante resistente, pero pasando de mano en mano se deterioraba fácilmente. El caso es que los cristianos, siempre a la vanguardia a la hora de descubrir nuevos instrumentos para divulgar mejor el mensaje de Jesús, se pasaron al pergamino.

El pergamino es una piel de animal, normalmente de oveja o de cabra. El nombre se deriva de Pérgamo, ciudad de Asia en la que se obtenían pergaminos de especial calidad, resistencia y duración. Se tomaba la piel del animal, se la sometía a un tratamiento y sobre ella se escribía el texto. Era una operación bastante costosa, pero la gran ventaja del pergamino era que, una vez leído el libro, si no había necesidad de conservarlo, bastaba con lavarlo y se podía volver a usar escribiendo encima. En las sandalias de piel de un monje, que habían sido trenzadas haciendo uso de un pergamino usado, se encontraron escritos dos trozos muy importantes del evangelio de Marcos y del evangelio de Lucas. Uno estaba escrito sobre la suela, y el otro, en la parte de arriba de las sandalias. Y hay otros casos parecidos también, como los pergaminos que dieron origen a los así llamados *Leccionarios*, es decir, pasajes que se empleaban en la liturgia.

La desventaja del pergamino es que era un artículo de lujo, muy costoso. El caso es que de una oveja o de una cabra se podían obtener solo cuatro folios. Para el Nuevo Testamento eran necesarios alrededor de 200-250 folios, por lo que, para escribir todo el Nuevo Testamento había que utilizar entre 50/60 ovejas o cabras. Y para toda la Biblia era necesario un rebaño de 200 ovejas. Era, pues, un artículo muy costoso y de gran valor y lujo que no todos podían permitirse. De ahí que, para ahorrar espacio, la técnica de escritura de la época – que nos causa graves dificultades a la hora de analizarla – consistía en ocupar todo el espacio posible, escribiendo todo seguido. Además, escribían en letras mayúsculas, lo que provoca gran complejidad de lectura en griego, como veremos más adelante. La colección más considerable se conserva en el monasterio del monte Athos y en el monasterio de Santa Catalina en el Sinaí, donde han sido hallados centenares de manuscritos. Como hemos dicho, la comunidad cristiana siempre hizo uso del material más eficiente y de mayor practicidad: mientras que el papiro corría el riesgo de deteriorarse, el pergamino permanecía para siempre. Ya hemos dicho que había personas que lavaban los pergaminos en los que estaba escrito el texto del evangelio, a fin de escribir otras cosas. Pues bien, en nuestros días, con las fotografías y con los rayos ultravioletas, se consigue ver en estos textos lavados los caracteres originales del evangelio.

La lengua.

Otro argumento importante es la lengua. ¿En qué lengua fueron escritos los evangelios? La comunidad cristiana descartó en seguida el hebreo, la lengua sagrada con la que había sido escrito el Antiguo Testamento, la alianza de Moisés. Descartó también el arameo, el idioma que hablaba ahora el pueblo veterotestamentario, para elegir la lengua común, popular y comercial de la época, es decir, el griego. En el mundo se hablaba – incluso en Italia, y en el mundo romano – en griego, era la lengua oficial por todas partes. En el año 95 d.C. las comunidades cristianas de Roma y de Corinto intercambian misivas en griego, era el modo de entenderse unos con otros, el idioma accesible a todos. Pero era una lengua un tanto especial: no se trataba ya del griego usado por los autores clásicos en sus obras literarias. No era tampoco la lengua plasmada en la traducción bíblica del Antiguo Testamento, la llamada traducción de los LXX; el griego del Nuevo Testamento constituía una lengua singular (hablaremos al respecto más adelante) cuyos mecanismos teóricos costó mucho comprender, porque era la lengua popular y no había reglas gramaticales claras. Era denominada literalmente koiné, que significa común. Los evangelistas, para transmitir el mensaje de Jesús, aun siendo poseedores de un amplio patrimonio de cultura y de riqueza teológica en otros idiomas, escogen la lengua que habla el pueblo, la lengua más difundida.

Ahora bien, el problema principal lo constituye el modo de escritura empleado. Para ahorrar espacio, escribían todo seguido, sin puntuación, sin utilizar ninguna señal. Si hoy tomamos una página del evangelio, encontramos que son utilizados distintos colores, varía el tamaño de los caracteres, hay varios tipos de signos de puntuación, etc, todo ello para dar mayor relieve a lo que queremos expresar. En aquella época carecían de esta posibilidad. Dentro del texto, en lugar del subrayado o de las letras en negrita, repetían las palabras, como por ejemplo, “Marta, Marta”, o “en verdad, en verdad os digo”. Eran técnicas literarias con las que suplían nuestros instrumentos modernos.

Hemos dicho que se escribía todo con letras mayúsculas, y esto crea no pocos problemas a la hora de dividir las frases. Un ejemplo claro lo tenemos en un texto del evangelio que procede de manuscritos con traducciones distintas: Marcos 10, 40. Ante la petición de Santiago y de Juan que ambicionan los puestos de honor, Jesús dice: “*No toca a mí conceder sentarse a mi derecha o a mi izquierda, sino que* – y ésta es la traducción corriente en nuestros días, que es exacta – *es para aquellos para los cuales ha sido preparado*”. Santiago y Juan quieren sentarse en el reino junto a Jesús, Jesús afirma que ese puesto está reservado para aquellos para los que ha sido preparado, o sea, para aquellos que como Jesús llegan hasta el punto de dar la vida. Pero no es una respuesta excluyente: Jesús no cierra las puertas a Santiago y a Juan. Simplemente deja la cuestión abierta.

Ahora bien, la frase “*sino que es para aquellos*” se escribe en griego ALL’ (con dos eles), después hay un acento que divide y a continuación OIS. Si lo leemos separado significa “*sino que es para aquellos*”, por consiguiente, Jesús no excluye que sea para ellos, solo dice que es una posibilidad abierta a todos, incluidos Santiago y Juan. Pero en griego se escribía todo junto. Así, si por el contrario leo la palabra todo seguida se convierte en “ALLOIS” que significa “otros”, o sea, Jesús excluye a Santiago y a Juan, afirmando que el puesto es para otros. El cambio es significativo.

Repito para que no nos confundamos. Ante la solicitud de Santiago y Juan, Jesús dice: “*Sentarse a mi derecha o a mi izquierda no corresponde a mí concederlo, sino* – si leemos ALL’ OIS- *que es para aquellos para los que ha sido preparado*”, Jesús concede la posibilidad también a ellos. Si, por el contrario, leemos ALLOIS todo junto, se trata de una exclusión: “*Es para los otros*”, o sea, no es para vosotros. Como véis, cambia notablemente el sentido de la frase de Jesús de acuerdo con la división que se haga de esa expresión. Pero el caso es que contamos con manuscritos que reportan tanto una como la otra versión.

¿Cuál es el problema en la escritura de la lengua griega? Ya hemos dicho que se escribe todo con mayúsculas y existe el riesgo de que algunas letras se puedan confundir con otras. Por ejemplo, la letra “L” en mayúsculas se escribe como un triángulo: “Δ”, ésta es la L. Dos “L” se escribe entonces así “ΔΔ”, pero la “M” se escribe como en nuestras lenguas, “M”. Vosotros comprenderéis que es bastante fácil que dos “L” seguidas en vez de ser vistas como “L”, sean tomadas por una “M”. No siempre era fácil escribir, especialmente en los papiros. Cuando escribían en la parte horizontal, la escritura fluía sin encontrar obstáculos, pero al hacerlo en la parte de atrás, donde estaban las líneas verticales, era fácil tropezar y cometer errores. Así, si yo interpreto ALLΑ significa “pero, sino”. Si, por el contrario, interpreto los dos signos como una “M”, entonces significa “juntos”. Esto nos permite comprender la minuciosidad del trabajo que es preciso hacer con los documentos, porque existe el riesgo de que las letras hayan sido leídas de forma errada y que los copistas hayan transmitido a la posteridad dichos errores. Porque, además de lo que hemos expuesto, la “L” se parece a la “D” y hay otros motivos posibles de confusión también.

Los cristianos siempre son innovadores, esenciales y eficientes. Lo repetiré muchas veces porque es importante. Muchos tienen la idea de que los cristianos están siempre apegados a tradiciones obsoletas, pero no es así. Desde el principio siempre fueron innovadores, esenciales y eficientes, tanto es así que al escribir el Nuevo Testamento realizaron acciones que aparecían sacrílegas a los ojos de los hebreos, como, por ejemplo, el haber escrito en abreviaturas los nombres sagrados. Todas las veces que en el Nuevo Testamento aparece el término “Dios”, o bien el término “Jesús”, o “Cristo”, ellos lo abrevian. ¡Esto es un horror, algo ni siquiera imaginable para la religión de Israel! Cuando nos encontramos con un texto griego, para saber si se trata de un documento cristiano o si es un documento hebreo, aun cuando sea un documento extrabíblico, es suficiente ver los nombres de las divinidades, de Dios, de Jesús y Cristo: si son abreviados, es cristiano, porque jamás un hebreo se habría atrevido a abreviar el nombre de Dios. ¡Era un sacrilegio! Pero el deseo de la practicidad y de la eficiencia condujo a los cristianos a abreviar los nombres bíblicos. Pero esto creó otra confusión. “Kyrios” (“Señor”) es una palabra que conocemos bien porque antes se usaba en la liturgia. Bien, “Kyrios” se abreviaba con las iniciales “KC”, más una rayita que se ponía encima. “Dios” se dice “Theos” y se abreviaba “Th”, en griego “ΘC”. “Jesús” se abreviaba con la I y la C, “IC”; a veces con la ese final, como hallamos en los documentos cristianos.

¿Pero qué conlleva esto? Cuando el copista se disponía a copiar un texto, debía comprender si se trataba de un nombre sagrado o si era un nombre común, el nombre de

un particular. En el libro de los Hechos 1,3 nos topamos con una dificultad: se dice que en el momento de la resurrección *“a ellos se les apareció él mismo viviente”*. Bien, “a ellos” se escribe en griego “OIS”. Un copista interpretó este OIS de otra forma, o sea, “O” como el artículo “el” e “IC” como la abreviatura del nombre de Jesús. Por tanto, en algunos textos leemos que *“Jesús se mostró a sí mismo como el viviente”*. La abreviatura de los términos podía causar confusión, en el caso de que el nombre propio de Jesús, de Dios o Cristo, fuesen tomados como una partícula u otra parte de la gramática.

Después, se debe tener en cuenta que en la lengua griega existen sonidos o pronunciaciones semejantes. Hay letras que son distintas pero que suenan de forma parecida, y cuando comenzó la producción de los manuscritos del Nuevo Testamento, especialmente en los monasterios, por regla general había un monje que dictaba y los otros monjes escribían, y a veces no es extraño que confundieran una palabra con otra. Esto sucede también en nuestras lenguas, así que podemos imaginarnos la dificultad de transcribir el griego.

Además, hay que indicar que los cristianos se sentían del todo libres en relación al texto. Mientras que el texto hebreo era conservado y transcrito sin ninguna alteración porque la letra se consideraba sagrada y era acogida con gran reverencia, la comunidad cristiana se rige, en cambio, por el criterio de la eficiencia. Todos los copistas se sentían autorizados para introducir en el texto los añadidos que estimaban necesarios para una mejor comprensión. Pongamos un ejemplo: el copista debe reproducir este texto: “los discípulos”. Para explicar mejor, un copista añadía: “los discípulos de él (sus discípulos)”, otro escribía “los discípulos de Jesús”, y otro, al que no le parecía del todo claro, escribía “los discípulos de Jesucristo”.

El criterio científico que se sigue para identificar el texto más antiguo es el siguiente: está suficientemente comprobado que los copistas añadían elementos de su propia cosecha con el objetivo de clarificar pasajes confusos o de simplificar textos oscuros, pero nunca substraían nada al texto. Los textos podían ser enriquecidos eventualmente, o bien conservados tal cual, pero nunca eran disminuidos, jamás se eliminaban versículos. Entonces, cuando me encuentro ante, por ejemplo, cinco manuscritos diferentes de un mismo versículo, ¿cómo puedo comprender cuál es el primitivo, el más antiguo? El término técnico que se utiliza es “la lectura más breve”. En el caso citado un poco antes, si encuentro “los discípulos”, “sus discípulos”, “los discípulos de Jesús” y “los discípulos de Jesucristo”, el primero de ellos, o sea, “los discípulos” es el más breve, y, por consiguiente, el más antiguo. Por otro lado, como hemos dicho, a los copistas les movía la intención de

aclarar, simplificar y, por tanto, de hacer más fácil la comprensión del texto. Otro criterio es, por tanto, la complejidad del texto: entre dos manuscritos, uno más complicado y otro más sencillo, hay que elegir el complicado, pues será sin duda el más antiguo.

Así pues, los dos criterios que sigue el mundo científico para identificar el texto primitivo son: la lectura más breve y la lectura más difícil, porque su tendencia era simplificar la lectura, nunca complicarla. Por ejemplo, en Mt 25,13 el evangelista dice: *“Vigilad, pues, porque no sabéis ni el día ni la hora”* este es el texto. Pero cuando dice *“... Ni la hora”* ¿a qué se refiere?. ¿La hora de qué? Un copista ha añadido *“en que vendrá el Hijo del hombre”*. Cuando nos encontramos con dos textos, eliminamos los añadidos. O bien, otras veces los copistas querían hacer el texto más pío, más edificante. En Mt 27,35 está escrito *“cuando lo hubieron crucificado, se repartían sus vestidos echándolos a suerte”*. Este salmo 22 citado por Juan viene reportado también en el evangelio de Mateo: *“cuando lo hubieron crucificado se repartieron sus vestidos echándolos a suerte – y se añade - para que se cumpliese lo que fue dicho por el profeta: se han repartido mis vestiduras y han echado a suerte mi túnica”*. Entre ambos documentos se escoge siempre el más breve.

Hemos dicho que a menudo los copistas querían clarificar lo que a su juicio estaba oscuro. En Mc 9,49 hay una expresión que no es de fácil comprensión: *“Porque cada cual será salado con el fuego”*. Un copista ha puesto *“Y todo sacrificio debe ser salado con sal”*, tomando un precepto del libro del Levítico. O bien, a veces se intentaba armonizar un evangelio con el otro.

Hay, pues, un texto primitivo que a medida que pasa el tiempo se va acrecentando, se modifica, pero – y esto está comprobado científicamente – nunca ha sido eliminado ni siquiera un versículo, solo ha habido añadiduras. Hoy en día, los editores, normalmente, colocan estas añadiduras entre paréntesis cuadrados.

La mayoría de las veces, los copistas eran monjes y, movidos por una intención edificante, solían añadir al texto algo de la propia cosecha. Así, por ejemplo, incluían principios que tenían que ver con su propio estilo de vida. En la invitación que Jesús dirige al rico se lee: *“Entonces, Jesús, mirándolo lo amó y le dijo: todavía te falta una cosa; ve, vende todo lo que tienes, dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en los cielos. Después ven y sígueme”*. En muchos documentos y también en éste mismo antes de *“sígueme”*, encontramos *“toma tu cruz”*. O bien, siempre dentro de este episodio: *“Los discípulos se sorprendieron ante sus palabras. Pero Jesús, tomando de nuevo la palabra, les dijo: Hijos, ¡qué difícil es entrar en el reino de Dios”*. Los copistas han añadido *“para aquellos que*

confían en las riquezas". En un ambiente monástico de pobreza se subrayaban estos aspectos peculiares de su vivencia evangélica. Sea como sea, está claro que desde el inicio se da la tendencia a ampliar el texto, hacerlo más claro, más elegante, pero nada nos hace pensar en la tendencia contraria, o sea, a disminuir el texto.

Otro problema es que estos textos eran escritos sin puntuación, por lo que a veces no es sencillo comprender dónde termina una u otra frase. De hecho, según la puntuación, a veces cambia por completo el sentido de la frase. Por ejemplo, *"Mientras estaba sentado a la mesa en su casa, muchos publicanos y pecadores se habían reunido con Jesús y sus discípulos, ya que eran **muchos. Aquellos** que lo seguían, los escribas de los fariseos, viendo que comía...* Pero sabemos bien que los escribas y los fariseos no seguían a Jesús. En cambio, la puntuación exacta sería: *"Mientras estaba sentado a la mesa en su casa, muchos publicanos y pecadores se habían sentado junto con Jesús y sus discípulos, ya que eran **muchos los que le seguían. Los escribas** de los fariseos, viendo que comía junto a los publicanos..."*. Podéis apreciar cómo una puntuación distinta puede dar lugar a interpretaciones diversas. En la interpretación equivocada parece que los escribas de los fariseos siguieran a Jesús, cuando en realidad no es así.

Una vez que hemos visto el material, la lengua y el método de escritura, acompañemos ahora a los evangelios en el recorrido que siguieron desde su nacimiento hasta nuestros días. Hay toda una serie de fechas a las que iremos haciendo alusión. Entre los años 90 y 150 comienzan a reunirse las cartas que san Pablo enviaba a las comunidades. En la carta a los Colosenses se lee: *"Y cuando hubiera sido leída entre vosotros esta carta, haced que también sea leída en la Iglesia de los laodicenses, y la que recibiréis de Laodicea, que también vosotros la leáis"* (Col 4,16). Entre el 90 y el 150 las cartas de Pablo que llegan a una comunidad eran copiadas y después, el texto original o la copia eran enviadas al resto de las comunidades. Cada fundación de una nueva comunidad acrecentaba el número de copias. Estos son los textos que más pronto fueron recopilados juntos, las cartas de Pablo.

En el 180 encontramos ya reunidos los cuatro evangelios, pero por desgracia este proceso de aglutinación no estuvo exento de un error dramático en el campo de la interpretación bíblica. Primero, cada comunidad contaba con uno de los evangelios y se los intercambiaban, pues todavía no había sido compilada una obra que los aglutinara. Hay que tener presente que en realidad había muchísimos evangelios, los que hoy consideramos evangelios apócrifos. Hacia el año 180, por primera vez son reunidos cuatro evangelios, pero se produce un error que por desgracia tiene graves consecuencias: Lucas había escrito

una obra unitaria, que estaba dividida en dos volúmenes: el primer volumen es el evangelio, el segundo, la obra que conocemos con el nombre de “Hechos de los Apóstoles”. Pero en su origen no se trataba de dos obras, sino de una sola obra seguida: el evangelio ampliado. La primera parte consta de la vida de Jesús, la segunda, es la experiencia de la nueva vida en la comunidad cristiana. Eran dos partes del mismo libro. Lamentablemente ya en el año 180, los “Hechos” habían sido separados del evangelio. Y una vez que fueron puestos aparte, no se les otorgó la importancia que tenían; se les consideró como una historia de la iglesia, cuando en realidad no es así. Es una porción del evangelio de Lucas. Los Hechos de los Apóstoles se pueden comprender solo en conexión con el evangelio de Lucas e, igualmente, el evangelio se comprende solo en relación a los Hechos. Hoy día muchos editores han comenzado a poner en práctica la buena costumbre de publicar el evangelio y los Hechos juntos, para poner en evidencia de este modo que constituyen un único volumen.

Precisamente en este periodo se produce una transformación epocal, cuyas consecuencias hemos sufrido hasta hoy. En este momento de la historia, en occidente el latín se ha convertido ya en la lengua local y el griego está en pleno declive. Cuando yo frecuentaba la escuela en los años 50, el francés era la lengua universal de la época, la lengua comercial. Después, el francés perdió vigor y hoy la lengua comercial ha pasado a ser el inglés. Lo mismo aconteció en aquella época: el griego comienza a declinar y penetra con fuerza el latín en el imperio romano. En Egipto se impone el copto (el término copto es una corrupción de Egipto, es decir, la lengua egipcia) y en Asia, el sirio. Son las tres grandes lenguas del momento. La gente empieza a no comprender ya los textos ni la liturgia, porque ésta se celebraba en lengua griega. Poco a poco, el latín empieza a hacerse dueño de la liturgia, quedando en griego solo algunas partes que habían sido consagradas por el uso, y que han llegado hasta casi nuestros días profundamente enraizadas en la liturgia occidental. ¿Quién no conoce el *“Kyrie eleison, Kriste eleison? “Señor, ten piedad, Cristo ten piedad”*.

En torno al año 200 comienzan las traducciones. Las comunidades ya no entienden la lengua griega, y siempre por motivos de eficiencia, para facilitar el acceso al texto, no les tiembla el pulso a la hora de tomar el texto griego del Nuevo Testamento y traducirlo al latín. De por sí, se trataba de una iniciativa espléndida, porque así la gente podía acceder a la palabra, pero, por otra parte, una traducción es incapaz de expresar toda la riqueza del texto original y, además, en las traducciones se puede incurrir en errores o en alteraciones del texto. Entre los años 250 y 260, después de la sangrienta persecución de Decio y de Valeriano, la iglesia conoce 40 años de tranquilidad, 40 años de paz, que fueron

fundamentales para la construcción del texto del Nuevo Testamento. En Antioquía, el texto primitivo del Nuevo Testamento fue completamente revisado desde el punto de vista del estilo. Fue elaborado en función de la vida de la iglesia y se le hicieron algunos añadidos, adaptando el texto de algún modo a las exigencias de la Iglesia antioquena. Y es éste el modelo que después se fue repitiendo.

Pero con Diocleciano se desata una feroz persecución contra las comunidades cristianas, persecución que se prolongará durante diez años. Los edificios eclesiásticos son destruidos, todos los manuscritos quemados. Concluida la persecución, las comunidades se encuentran carentes de textos. Fue en esta época cuando los obispos instituyen los “*scriptoria*”, es decir, los escritores. Los lugares eran normalmente los monasterios, donde los monjes se dedican con gran empeño a copiar las escasas copias del Nuevo Testamento que habían sobrevivido a la destrucción. Por regla general, las copiaban siguiendo el dictado de otro monje, o a través de la paciente copia de un original. Pero, ya que a menudo existía solo un original y necesitaban hacer un buen número de copias que enviar a las distintas iglesias, la práctica más frecuente era seguir el dictado de otro monje para que el trabajo no se retrasara en exceso. Cada copia, en efecto, requería un tiempo muy largo de trabajo. Los textos mejores eran los que tenían más éxito, y eran adoptados por otros centros de escritura. Cuando un monasterio o un *scriptorium* conseguía hacer una buena edición del Nuevo Testamento, ésta se afirmaba y se consolidaba por su prestigio.

Llegamos al siglo IV, siglo en el que cesa el periodo durante el cual el texto del Nuevo Testamento se mantuvo vivo. ¿Qué queremos decir con esto? Ante todo, hay que tener en cuenta que en este siglo cuarto se abandona definitivamente el papiro y se empieza a escribir solo en pergaminos. Además, hasta esta época, la elaboración del Nuevo Testamento se había ido desarrollando con plena independencia y libertad porque no existía un centro de poder o una autoridad que controlase el desarrollo. Cada comunidad recibía el evangelio y lo adaptaba, lo enriquecía de acuerdo con las exigencias propias. A esto se le denomina “texto vivo”, y es una realidad transcendental. Las comunidades que comprendieron el mensaje de Jesús, se percataron de que no se trataba de la religión del libro, sino de la fe en el hombre. Este es un aspecto de gran importancia y debemos tenerlo siempre presente.

¿Qué quiere decir “religión del libro”? En las religiones del libro, existe un texto sagrado, revelado o transmitido por Dios, que se convierte en la norma de comportamiento para los creyentes de todas las épocas. Aun cuando se transformen las condiciones sociales, cambien las conductas, se modifiquen las estructuras... no importa: el hombre

debe observar este libro, incluso cuando no se comprende muy bien lo que está escrito en el mismo.

Pero los evangelios no son un código que las personas deban observar como norma de comportamiento, sino una fe en el hombre. La cosa más importante es el bien del hombre y si hay algo que lo obstaculiza – aún en el mensaje de Jesús – (hoy día, razonar de este modo nos pone la piel de gallina, pero en tiempos de Jesús era algo normal), pues se elimina el obstáculo alterando las palabras de Jesús y ya está. Entre la obligación de observar los contenidos del libro, que condicionan férreamente la propia vida, y el bien del hombre y su potenciación, las comunidades cristianas eligen siempre lo segundo sin ninguna vacilación. Y no solo. Siendo un texto vivo que iba creciendo – cuanto más se vive el mensaje de Jesús mejor y más profundamente se comprende –, las comunidades enriquecieron el texto con su propia experiencia. Hagamos una prueba. Tomad el evangelio de Juan, al final del capítulo 14. Jesús dice: *“Alzaos, marchémonos de aquí”*. Y a continuación, dice: *“Yo soy la vid...”*; comienza un largo discurso de Jesús, que abarca los capítulos 15, 16 y 17 enteros. Después, el capítulo 18 empieza así: *“Dicho esto, Jesús salió con sus discípulos y fue más allá del torrente Cedrón”*. Si elimináis la interrupción constituida por los capítulos 15,16 y 17, veréis que el texto fluye mucho mejor: *“Dicho esto, Jesús dijo: Alzaos, marchémonos de aquí, y salió con sus discípulos...”*. Estos tres capítulos constituyen una inserción y son el fruto de la experiencia que tiene la comunidad cristiana de la presencia de Cristo vivo en medio de ella.

Ahora tendremos un momento de descanso. Seguidamente veremos un caso clamoroso de adaptación del texto de los evangelios para el bien de la comunidad, un texto de gran actualidad y que causa mucha polémica. En la comunidad cristiana primitiva, que estaba compuesta por grupos reducidos de fieles, no se había propuesto el caso del repudio. Pero a medida que va pasando el tiempo y aumenta el número de sus integrantes, surge este problema. Bien ¿qué hacer en esos casos? ¿Se observan las palabras de Jesús que cerró todas las puertas al repudio, o se adaptan y transforman sus palabras para el bien del hombre? Veremos cómo ni siquiera cuando es por obediencia a la palabra de Dios se justifica el sufrimiento del hombre.

La vulgata y el nacimiento de los demonios

El siglo cuarto marca la transición definitiva desde el uso del papiro al uso de los pergaminos, y ya los cuatro evangelios se consolidan y son recopilados de forma definitiva. Hemos visto cómo los “Hechos de los Apóstoles” quedaron separados en este momento del evangelio, con el que originariamente constituían una unidad. Por ello, a lo largo de la historia no han sido leídos siguiendo los mismos criterios del evangelio, sino que han sido juzgados como relatos históricos. Y esto supuso un serio empobrecimiento para la comunidad cristiana. Hace un momento, durante el intervalo, uno de vosotros me preguntaba cuáles fueron los criterios que siguió la comunidad cristiana a la hora de elegir estos cuatro evangelios, desechando los muchos otros que existían. Un primer criterio es la antigüedad del documento, un criterio, digamos, externo. Otro criterio interno es el contenido.

En los numerosos evangelios apócrifos que han llegado hasta nuestras manos (son 99 los conocidos), hay dos características que contradicen la línea seguida por los evangelios canónicos. Son las siguientes:

1° - su carácter religioso y nacionalista: contemplan el objetivo central de la acción de Jesús en la construcción del reino de Israel (en los evangelios encontramos, en cambio, que Jesús no vino a restaurar el reino de Israel, sino a establecer el reino de Dios). Los escritos apócrifos nacen en un ámbito religioso-nacionalista en el que se subraya el predominio del reino de Israel y de la ley de Moisés;

2° - un aspecto importante de estos apócrifos (uno de los más conocidos es el evangelio de Tomás) es que en ellos Jesús invita a las personas a entrar en sí mismas para conocerse, para meditar, para reflexionar acerca de sí mismas. Es todo lo contrario de lo que invita a hacer Jesús en los cuatro Evangelios canónicos. El hombre no llega al propio conocimiento a base de entrar dentro de sí mismo, sino, por el contrario, a base de salir fuera de sí, en el amor que se hace servicio hacia los demás: es ahí donde el hombre puede auto conocerse.

En resumen, los criterios con los que la Iglesia escogió cuatro evangelios – para referirse de forma simbólica a los cuatro puntos cardinales – son los siguientes: todos los cuatro evangelios tienen un respiro universal y carecen de un aspecto religioso, no centran a la persona en torno a sí misma, la hacen salir fuera. Estos son, de forma resumida, los criterios fundamentales.

Hasta el siglo IV, el momento en que los evangelios son recopilados, el texto era llamado “texto vivo”. Cada comunidad podía introducir dentro del mismo su propia experiencia, teniendo bien presente la novedad traída por Jesús, es decir, que la suya no era una religión del libro, sino fe en el hombre. Religión del libro significa que hay un libro

inspirado, revelado por Dios y que es preciso observar. Aun cuando su observancia produzca sufrimiento, aun cuando no se comprenda, no importa nada. Está así escrito y así se debe cumplir. En cambio, Jesús puso como objetivo central no el bien de la ley, sino el bien del hombre. Mientras la religión sacraliza a Dios, Jesús, que es Dios, sacraliza al hombre. No hay nada más importante que el bien del hombre.

Un ejemplo muy claro de todo esto es la referencia al repudio. En el evangelio de Marcos, que es el más antiguo de todos (se piensa que fue escrito alrededor incluso del año 40, poco después de la muerte de Jesús), encontramos un rechazo explícito y radical del repudio por parte de Jesús. No hay que confundir repudio con divorcio, que en aquella época no existía. El repudio era una acción tremendamente injusta del varón hacia la mujer. El varón podía repudiar a la mujer prácticamente por cualquier cosa, sin ninguna razón objetivamente válida. Era suficiente que escribiese en un papel que la repudiaba como mujer, y ahí se acababa todo, la mujer era expulsada ipso facto.

En el evangelio de Marcos, Jesús dice *“Quien repudia a la propia mujer y se casa con otra, comete adulterio hacia ella”*. Es el rechazo total de una injusticia de parte de Jesús. En un evangelio posterior como es el de Mateo, este mismo pasaje, y en un mismo contexto, es tomado a la letra: *“Quien repudia a la propia mujer y – dice el evangelista inteligentemente – exceptuando el caso de porneia,”*, porque los evangelios no quieren ser una exposición de casuística. El evangelista ha escrito una palabra griega que es porneia (*πορνεία*) de donde procede pornografía, etc. Es un término que se presta a una vasta gama de significados, que abarcan desde la prostitución, el adulterio, así como todo el amplio abanico que el término porno sugiere. La comunidad de Mateo ha puesto una excepción: solo en caso de porneia se admite el repudio. Podía haber elegido otra palabra clara, específica, pero el evangelista no lo ha hecho. El evangelista no quería crear una casuística, quería abrir una posibilidad. Y el caso es que todavía hoy no sabemos bien en qué consistía esta “porneia”, los traductores no se ponen de acuerdo. Probablemente, siguiendo el criterio de los Padres de la Iglesia a partir de san Jerónimo, esta “porneia” coincide con el adulterio, pero no se refiere a infidelidades conyugales, sino a la opción definitiva por otro partner. En este caso, Jesús estaría diciendo: “No se puede repudiar a la mujer si no es por adulterio”, o sea, si tiene otra relación fuera del matrimonio, si tiene otra mujer. En la primera carta a los Corintios, Pablo, poniendo siempre el bien del hombre en el primer puesto, llega incluso a decir que la paz, es decir, la felicidad del individuo, es más importante incluso que el vínculo matrimonial. Dice san Pablo: si el pagano desea separarse, que se separe. En estos casos, el hermano y la hermana fieles cristianos no quedan sujetos al vínculo; Dios os ha

llamado a la paz. En caso de unión con un no creyente, con un pagano que hace de la vida conyugal un infierno, la paz es más importante que el vínculo conyugal.

Pero en el siglo IV cesa este orden de cosas. Ahora ya los evangelios están establecidos definitivamente y no es posible hacer ningún añadido más. A partir de ahora, entre los siglos VI y VIII, asistimos a una abundante producción de textos litúrgicos. Las comunidades, igual que sucede hoy, tenían necesidad de textos que leer en las celebraciones litúrgicas, por eso, requerían copias numerosas, que usaban en los ciclos litúrgicos: el domingo se leía un texto, los días feriales otros, etc. Tiene lugar, así pues, una producción masiva tanto para el culto público como para la oración personal. De hecho, contamos con más de 2200 documentos de copias de los textos litúrgicos. Después, en el siglo IX finalmente se deja a un lado la escritura en mayúsculas (que dificulta enormemente el desciframiento de los textos) y se pasa a la letra minúscula, con lo que resulta mucho más sencillo entender las letras.

En el siglo XII se produce una importante novedad en occidente, en China lo conocían ya desde época inmemorial: comienza a difundirse el papel. En la práctica, esto supone el declive del pergamino, porque el papel es más económico, más práctico, más fácil de producir. Y después, he aquí un acontecimiento decisivo para la historia de la Biblia. Entre 1452 y 1456 Gutenberg imprime la Biblia en latín, la Vulgata. Más adelante dedicaremos una atención particular a este texto.

Hemos dicho que habían numerosas traducciones del Nuevo Testamento. En el año 380, el papa Dámaso encarga a Jerónimo revisar este amplio conjunto de textos del Nuevo Testamento y traducir el Antiguo Testamento. Esta Biblia, denominada Vulgata, es decir popular, se impuso sobre todas las otras. Tuvo un notorio éxito internacional, y en el año 800 todas las iglesias hacían uso ya del mismo. Pero acerca de la Vulgata y de los problemas que causó hablaremos más adelante. De momento, procedemos adelante en nuestro recorrido del texto.

Gutenberg publicó el texto latino. ¿Y el texto griego? Para el texto griego será necesario esperar todavía dos siglos. Y esto supuso un grave problema, porque mientras tanto, la Iglesia fundamentaba toda su teología, espiritualidad y liturgia en el texto de la Vulgata, que no era el texto original de los evangelios, sino una simple traducción del mismo. Y la Vulgata dio origen a una gran cantidad de problemas.

Y así siguieron las cosas hasta que tuvo lugar un acontecimiento sobresaliente en la historia del Nuevo Testamento. Conviene reseñarlo porque es una fecha importante: el 1 de marzo de 1516, un gran humanista, Erasmo de Rotterdam, publica el Nuevo Testamento en griego. Había comprendido que no se podía seguir adelante con las traducciones latinas, había llegado la hora de volver directamente a contemplar el texto griego. Pero los textos griegos habían desaparecido de la escena. Después de siglos y siglos de uso ininterrumpido, el latín había sustituido al griego, y se llegaba a pensar que la traducción latina fuera la verdadera. Los Nuevos Testamentos en griego habían quedado arrinconados en las bibliotecas, donde, a causa de las guerras y de los incendios, se habían ido deteriorando y desapareciendo. ¿Qué hizo entonces Erasmo? Se basó en cuatro o cinco manuscritos griegos tardíos del siglo XII o XIII (hoy contamos, en cambio, con centenares de manuscritos mucho más antiguos de gran valor, y entre ellos, sobre todo, los que se remontan al siglo II). Había un problema con el Apocalipsis, porque faltaba la parte final: cinco versículos y todo el resto desde el capítulo 22 en adelante. Erasmo resolvió este escollo retrotraduciendo esta parte desde el latín al griego. Fue una edición peculiar, tanto que el mismo Erasmo reconoció que había sido hecha un poco a la ligera, sin ningún rigor ni precisión. Dejaba muchísimo que desear, pero tenía el mérito de representar un primer intento.

Por primera vez en la Iglesia se contaba con el texto griego del Nuevo Testamento. Por parte de los protestantes fue acogido con gran beneplácito y fue llamado el “texto acogido, el texto recibido”, o sea, el texto revelado por Dios. En pocos años, pasó a convertirse en el libro inspirado. El texto de Erasmo era la palabra de Dios en persona, inspirado por el Espíritu Santo aún en los mínimos detalles. Su enorme éxito se debió al hambre que tenían las iglesias de la palabra original de los evangelios, ya que la traducción latina – con todas sus variantes – era complicadísima. En la versión latina de la Vulgata, de hecho, ¡las anotaciones marginales hechas por los distintos Padres de la Iglesia habían acabado siendo introducidas en el texto! De ahí, el anhelo que existía de volver al texto original. Erasmo abrió el camino: finalmente el Nuevo Testamento era publicado en lengua griega.

¿Y qué decir sobre Lutero? Lutero realiza una obra excepcional. Entre 1522 y 1532, durante diez años intensos de trabajo, llevó a cabo la intuición que había tenido de traducir el texto griego a la lengua hablada por el pueblo, aun cuando fuera imperfecto; y de ese modo creó los fundamentos del idioma alemán moderno. Por primera vez, la Biblia, el Nuevo Testamento fueron traducidos a la lengua hablada, de forma tal que el pueblo pudiera comprenderlos.

Pero en este momento, por desgracia, se produce una reacción negativa de parte de la Iglesia católica. Al inicio, como hemos visto, la Iglesia estaba siempre a la vanguardia: ávida siempre de nuevos métodos para evangelizar, generaba técnicas nuevas y hacía uso de todas las posibilidades con tal de divulgar la palabra. Pero después, con el paso de los siglos ¡qué diferencia!, aparece una Iglesia esclerotizada y fosilizada que juega a la defensiva y contempla con recelo las novedades. Se enroca en sí misma para defenderse.

En efecto, la reacción de la Iglesia católica fue tremenda. El Concilio de Trento, habiéndose percatado del éxito de la edición griega del Nuevo Testamento, la rechaza categóricamente mediante un decreto a propósito. Y declara auténtica la Biblia Vulgata – o sea, la Biblia en latín – con estas palabras: *“El Concilio declara que la antigua edición de la Vulgata, aprobada por la misma Iglesia por el uso secular, ha de ser considerada auténtica en la lectura pública, en las discusiones, en la predicación y en la explicación”*. No solo no acepta el regreso al texto original, sino que se aferra al texto transmitido por la tradición. Se afirma que la traducción de la Vulgata constituye la base para la predicación, para la enseñanza y para las explicaciones doctrinales. Pero el caso es que desde siempre la Iglesia ha tenido una cierta inclinación esquizofrénica, y apenas hace una cosa, suele hacer otra que es exactamente lo contrario. Pues bien, en este caso ésa fue su salvación. Frente al éxito que habían cosechado el texto griego y la traducción de Lutero, la Iglesia católica establece que hay que atenerse a la Vulgata en la enseñanza y en la espiritualidad, pero al mismo tiempo nombra una comisión para “revisarla”, ya que cada vez se hace más cuesta arriba comprender el contenido de la Vulgata. Pero, mientras tanto, se prohíbe a los laicos leer la Biblia, y las consecuencias funestas de esta medida las estamos pagando todavía hoy.

En 1564, Pio IV escribe: *“Las traducciones de los libros del Antiguo Testamento, podrán ser encomendadas solo a hombres doctos y píos, a juicio del obispo. Las traducciones del Nuevo Testamento hechas por autores del primer grupo de este índice”* – o sea, del índice de las prohibiciones – *“no le sean encomendadas a nadie...”*; dice, pues, que el Antiguo Testamento lo pueden traducir personas doctas y pías a juicio del obispo, pero el Nuevo Testamento, nadie, *“porque”* – hoy resulta cómico leer estas páginas, pero por desgracia esta realidad ha ejercido en la iglesia una influencia perniciosa enorme – *“de su lectura generalmente se deriva muy poco provecho para los lectores, antes bien, se exponen al peligro”* – aquí haría falta todo un psicoanálisis por parte de Freud para esclarecer quién es el que se exponía al peligro – *“porque la experiencia enseña que si se permite la lectura de la*

Biblia en lengua vulgar por doquier y sin discernimiento, a causa de la temeridad de los hombres, se deriva más un daño que una ventaja”.

Veis qué gran diferencia entre la Iglesia primitiva, siempre lanzada hacia adelante, en vanguardia, y una iglesia ya estancada que solo piensa en defenderse. El Concilio de Trento reafirma que la única Biblia aceptable es la Vulgata, pero, no obstante, pone en marcha una comisión de cara a la revisión de la misma. Y dicha comisión pone manos a la obra. Era un trabajo enorme, porque no se sabía por dónde empezar. Había un número ingente de modificaciones sobre las que trabajar, rozaban las ¡8000!. Era verdaderamente una labor ímproba.

Durante muchos años, en cualquier caso, esta comisión fue incapaz de producir nada consistente, hasta que apareció en el pontificado uno de los papas más perjudiciales desde el punto de vista bíblico que se recuerden, el famoso papa Sixto V. Era una persona prepotente, autoritaria. Habiendo comprobado el estancamiento de la comisión, decide poner manos en el asunto y declara con una Bula pontificia que el papa es la única persona apropiada para resolver la cuestión de la Biblia auténtica de la Iglesia.

Disuelve entonces la comisión y corrige personalmente el texto de la misma, restituyendo a la Biblia algunos pasajes que la comisión había puesto en entredicho al considerar que no podían ser auténticos de ningún modo, sino meras interpretaciones. Sixto V no solo los reintroduce, sino que añade todos aquellos cambios que le vienen en gana. En 1590 (una fecha trágica en la historia de la Iglesia) es publicada la Biblia Sixtina, un auténtico desastre. El Papa la impone a la Iglesia, estableciendo por medio de una Bula que *“En la plenitud del poder apostólico, declaramos que esta edición aprobada por la autoridad que nos ha sido concedida por el Señor ha de ser acogida y considerada verdadera, legítima, auténtica e incontestable en todas las discusiones públicas y privadas, en las lecturas, sermones y explicaciones”*, declarando, por último, que quedaba prohibida cualquier modificación a esta edición suya bajo amenaza de *“Excomuni3n mayor”*. Cada papa, en el delirio que a veces acecha a los hombres de poder, piensa tener autoridad para decir la última palabra acerca de todas las cuestiones de la Iglesia. Es la tentaci3n a la que siempre est3n sometidos.

En Roma se dice que un papa “bolla” (decreta una bula) y otro “sbolla” (la revoca). Es decir, un papa, normalmente, hace todo lo contrario de lo que hizo el papa precedente. Ciertamente lo hace de manera elegante, sin que llame mucho la atenci3n. Evita hacer uso de procedimientos bruscos, poco refinados. Pero cada papa pretende que su verdad

permanezca en la Iglesia para siempre. A veces, tienen pretensiones de eternidad, pero no hay que desanimarse. Antes o después, habrá quien rectifique y abra nuevos caminos. Pero es evidente que los papas sufren la tentación de decir la palabra definitiva sobre las distintas cuestiones abiertas, poniendo su sello. La Biblia del papa Sixto es *“verdadera, legítima, auténtica e incontestable”* y para quien se atreva a modificar una sola coma de esta Biblia, *“Excomuni3n en grado m3ximo”*, es decir, irrevocable.

Despu3s del papa Sixto se suceden tres papas: primero Urbano VII que dura un a3o, a continuaci3n Gregorio XIV, un a3o y medio, e Inocencio IX, todav3a menos. Por la brevedad de su pontificado, entre 1590 y 1592, estos papas no pudieron hacer nada para estimular el trabajo de la comisi3n que deb3a revisar el texto. Sixto V, un papa procedente de la regi3n de Las Marcas hab3a sido el culpable de este desaguizado sin precedentes, y otro papa de la misma regi3n, Clemente VIII, en el 1592, finalmente, pone en orden las cosas. Apenas sube al trono papal, Clemente VIII ordena instituir una nueva comisi3n para realizar una nueva edici3n de la Biblia, pues era evidente que la obra del papa Sixto V era un fruto nefasto de su demencia. El resultado de esta comisi3n fue asombroso: al final se realizan 5000 modificaciones respecto al texto del papa Sixto. ¡5000 modificaciones! Y, a pesar de eso, era necesario salvar la autoridad del papa. Por eso, en el encabezamiento de la nueva edici3n se afirma que se trata del texto sagrado *“revisado y editado por orden del Papa Sixto”*, ¡por orden del papa Sixto! El papa Sixto hab3a dicho todo lo contrario: *“Esta Biblia es verdadera, inalterable, cualquier modificaci3n que se le haga produce de inmediato la excomuni3n mayor...”*. Surge de esta forma parad3jica la Biblia sixto-clementina, mejor que la precedente, aunque no deja de estar llena de defectos, puesto que la comisi3n no quiso herir la susceptibilidad de los fieles, acostumbrados como estaban a ciertas frases ya acu3adas, especialmente de los evangelios, o a ciertas expresiones del Antiguo Testamento. Todas aquellas cosas que estaban en la tradici3n de la gente y que entraron en el uso lit3rgico las conservaron, aun cuando sab3an que no pod3an pertenecer al texto de la Vulgata ni tampoco a la traducci3n griega. Este es todav3a hoy el texto b3sico sobre el que se elabor3 la doctrina oficial de la Iglesia cat3lica.

Y hubo que esperar hasta el Vaticano II. El Vaticano II, al que jam3s estaremos suficientemente agradecidos, la jubil3 con gran elegancia. De hecho, la constituci3n dogm3tica *Dei Verbum* – o sea, la palabra de Dios – afirma: *“la Iglesia honra en todo momento las otras versiones orientales y las versiones latinas, especialmente la versi3n conocida como la Vulgata. Pero, dado que la palabra de Dios debe estar a disposici3n de todos en toda 3poca, la Iglesia vela con solicitud materna para que se hagan traducciones apropiadas y correctas en las distintas lenguas, preferentemente a partir de los textos*

originales de los textos sagrados". En otras palabras, "querida Vulgata, llegó la hora de tu jubilación", porque desde ahora hemos de hacer las traducciones partiendo a ser posible de los textos originales.

Pero veamos poco a poco cómo se desarrollaron los acontecimientos. Volvamos la vista atrás. Los papas juegan a la defensiva, a pesar de la amplia difusión que se había producido ya del Nuevo Testamento griego de Erasmo en toda el área protestante y también en ámbito católico, porque este texto era considerado el texto genuino del Nuevo Testamento. Además, siguen prohibiendo la lectura de la Biblia. Clemente XI condena como "*falsas, capciosas, malsonantes, ofensivas a los píos oídos, escandalosas, perniciosas, temerarias, injuriosas a la Iglesia*" las tesis de un teólogo, un cierto Quesnel.

Éstas que ahora os diré son las propuestas "*falsas, capciosas, malsonantes, ofensivas a los píos oídos, escandalosas, perniciosas, temerarias, injuriosas a la Iglesia*". Quesnel escribía que "*Es útil y necesario en todo tiempo y en todo lugar y a cualquier persona estudiar y conocer el espíritu, la piedad y los misterios de la Sagrada Escritura*". O bien, "*la lectura de la Sagrada Escritura es para todos. La santa oscuridad de la palabra de Dios no es una razón que dispense a los laicos de su lectura*". Además, "*El día del Señor debe ser santificado por los cristianos con pías lecturas y, sobre todo, con la lectura de la Sagrada Escritura. Es dañino querer alejar a los cristianos de esta lectura*". Y, por último, "*Es ilusorio pretender persuadir de que el conocimiento de los misterios de la religión no debe comunicarse a las mujeres a través de los Libros sagrados. El abuso de las Escrituras y el origen de las herejías se ha debido no a la simplicidad de las mujeres, sino a la soberbia de los hombres de ciencia*". En aquella época se afirmaba que el mayor problema de hacer el texto accesible a todos era el hecho de ponerlo a disposición de las mujeres. Si las mujeres leen la Biblia, ¡quién sabe el caos que surgirá de ahí!...

Como véis, las tesis de Quesnel son todas cosas normales, pero el papa Clemente las condena como "*falsas, capciosas, malsonantes, ofensivas a los píos oídos, escandalosas, perniciosas, temerarias, injuriosas a la Iglesia*". Realmente era una Iglesia esclerotizada.

Entre tanto, prosigue el estudio del Nuevo Testamento griego, se descubren nuevos manuscritos, que son catalogados, codificados. Estamos en 1816. El papa Pío VII reprende severamente a un obispo que había aconsejado a todos la lectura de la sagrada escritura, diciendo: "*Haréis saber y declararéis que, recomendando e inculcando la lectura de los libros sagrados, no pensábais en todos los fieles indistintamente, sino solo en el clero y en aquellos laicos que, a juicio de sus pastores, han recibido una instrucción suficiente*". Este obispo solo

había manifestado la convicción de que leer los evangelios hacía bien a las personas. El papa, en cambio, le fuerza a rectificar, a corregirse y admitir que se expresó mal. Es la actitud típica de las personas que ostentan el poder.

Finalmente, nacen – especialmente en el mundo protestante – sociedades bíblicas cristianas (en Francia, Inglaterra, Alemania) que empiezan (estamos ya en 1824) a traducir el Nuevo Testamento griego en las lenguas habladas en las distintas naciones. Escuchad lo que decía el Papa León XII para obstaculizar el trabajo de las sociedades bíblicas: *“La iniquidad de nuestros enemigos, aparte de provocar un aluvión de libros perniciosos y hostiles de por sí a la religión, llega hasta el punto de utilizar en detrimento de la religión las Sagradas Escrituras, que nos fueron dadas divinamente para la edificación de la misma religión. Sabemos, venerables hermanos, que una cierta sociedad, vulgarmente llamada “bíblica” recorre audazmente todo el mundo y, despreciando las tradiciones de los santos padres, y en contra del conocidísimo decreto del Concilio Tridentino, dedica sus esfuerzos y pone en juego numerosos medios para que los Libros Sagrados sean traducidos, o mejor, sean pervertidos, a las lenguas vulgares de todas las naciones....”*. Como véis, la jerarquía eclesial se opuso con todas sus fuerzas al intento de traducir del texto griego a la lengua popular.

Entre tanto, en la esfera protestante el mundo de los estudios bíblicos prosigue su camino de forma vigorosa. Y se llega a una fecha importante: en 1830 un cierto teólogo alemán llamado Karl Lachmann propone abandonar el texto de Erasmo y remontarse a textos más primitivos del siglo IV. Al principio hubo resistencia contra esta propuesta, porque se consideraba el texto de Erasmo como la palabra de Dios. Pero Lachmann afirma: “Erasmo tuvo en sus manos manuscritos tardíos, que datan de los siglos XII/XIII. ¿Por qué no buscamos los textos más antiguos, los del siglo IV?”. Aparece en este momento de la historia un personaje extraordinario, al cual nunca estaremos suficientemente agradecidos, Constantin von Tischendorf, un noble ruso subvencionado por el zar, que se pone manos a la obra para buscar los textos primitivos. ¡Y lo consigue! Tischendorf dedicó toda su vida a la investigación en torno a los textos más antiguos del Nuevo Testamento.

Primeramente encuentra el códice sirio de Efrén, reescrito. Era un manuscrito del Nuevo Testamento que había sido lavado para escribir encima las obras de un padre de la Iglesia, Efrén de Siria. Utilizando un producto químico que produjo una reacción en el papiro, Constantin von Tischendorf consiguió sacar a la luz el texto original. Por último, tras 15 años de búsqueda infructuosa de un texto completo de los evangelios, se produce el gran hallazgo. En el monasterio de santa Catalina, en el monte Sinaí, encuentra el único

manuscrito del Nuevo Testamento escrito en cuatro columnas, que se remontaba al siglo IV y que contenía los evangelios. El manuscrito estaba en una papelera que contenía papel desechado para quemar. Este manuscrito recibió el nombre de Código sinaítico. Es uno de los textos más antiguos con que contamos. Tischendorf lo publica, y con ello el texto de Erasmo queda fuera de uso. Sin embargo, también el código sinaítico presentaba lagunas en muchas partes, y por eso sigue adelante la búsqueda de nuevos manuscritos.

Por otro lado, existía un problema que ya había salido a la luz en tiempos de Erasmo. Se cuenta ya con el texto griego del Nuevo Testamento, pero no se consigue entenderlo bien porque no está escrito en griego clásico, ni tampoco sigue las reglas de la traducción griega de los LXX, la traducción del hebreo al griego del Antiguo Testamento. No se lograba descifrar las reglas gramaticales en las que se basaba. ¿Qué griego es éste? Las respuestas que se daban a esta cuestión eran muy interesantes. Se decía – en las iglesias, cuando no se sabe qué responder, se deja a un lado al Padre eterno – que se trataba del griego hablado por ¡el Espíritu Santo!...

Llegamos así al año 1895, y no os creáis que hablamos de un pasado muy remoto. En realidad, es una fecha bastante cercana. En la ciudad de El Cairo es demolida una sinagoga y entre sus escombros se produce un gran descubrimiento. En las sinagogas, en efecto, había una especie de archivo en el que eran depositados los textos sagrados que quedaban deteriorados con el uso y no eran ya legibles. Los textos sagrados nunca se tiraban con los desperdicios ni se quemaban. Se colocaban en una especie de depósito. En dicha sinagoga fueron encontrados fragmentos de papiro y piezas de terracota con el mismo griego del nuevo testamento. El gran Adolf Deissman comenzó entonces a investigar sobre la gramática del griego bíblico, del griego del Nuevo Testamento, que no era la misma gramática que se utilizaba en el griego clásico ni en el griego de las traducciones del antiguo testamento. Era el lenguaje popular que hablaba la gente.

Estamos llegando al final del proceso. Un tal Nestle publica luego un Nuevo Testamento griego. Con esta edición, el texto de Erasmo queda definitivamente arrinconado, y es excluído de la enseñanza, de la liturgia, de la teología, 400 años después de su aparición, pese a la resistencia que se aprecia en el campo católico. Pero pronto este Nuevo Testamento griego, escrito con toda la aportación de los manuscritos más antiguos (papiros y pergaminos) es aceptado en la Iglesia católica. Un autor llamado Merk pretende entonces publicar el texto griego del Nuevo Testamento con una traducción latina hecha por él. Pero las resistencias son muchas, porque la única traducción latina aceptada en

campo católico es la de la Vulgata. Muchas generaciones de sacerdotes recibieron su formación sobre la base de esta obra de Merk.

Después, se van sucediendo otros intentos. Van saliendo distintas ediciones del Nuevo Testamento griego, realizadas sobre todo por dos escuelas diferentes, pero ambas alcanzan fundamentalmente idénticas conclusiones. A la tercera edición de estos volúmenes, en 1975, ve la luz finalmente el texto que todas las iglesias, incluida la católica, reconocieron como el texto standard para las traducciones en las distintas lenguas, para la enseñanza y para la teología de la Iglesia. Hablamos de 1975, como quien dice hablamos ¡de antes de ayer! Mirando las cosas con perspectiva histórica nos percatamos de estar viviendo un momento de gran efervescencia, una primavera del conocimiento bíblico. Antes contábamos con el texto, pero no existía la gramática, y esto creaba discordia. Pero las dos escuelas de que hablamos, aun habiendo partido de presupuestos diferentes, llegaron a las mismas conclusiones. Ambos textos-base de los que se sirven los traductores coinciden prácticamente en todo, salvo alguna pequeña variante. A día de hoy, no obstante, este estadio de la investigación no representa el punto final. Hay que seguir avanzando. Pero desde el conocimiento que poseemos en la actualidad, es éste el mejor texto que se ha podido obtener, y por eso supone el punto de partida para las traducciones y el fundamento para la enseñanza, porque tenemos la certeza documentada, científica, de contar con un tanto por ciento muy elevado del texto primitivo del evangelio, entre un 95 y un 99% del mismo.

Por la tarde, explicaremos por qué han sido extraídos del texto del evangelio muchos versículos que ya no están. Intentaremos de ese modo acercarnos lo más posible al texto primitivo. Después, Ricardo os hablará sobre la traducción de la Biblia del hebreo al griego, la Biblia llamada de los LXX (setenta) que los cristianos conservaron. Y se ha conservado por un periodo larguísimo: ¡2000 años! De ahí las muchas resistencias que existen todavía hoy a abandonarla, por las muchas tradiciones que llevamos de algún modo escritas en nuestra piel, en la sangre. Desde 1975, finalmente tenemos en la iglesia católica el texto base para la traducción, pero el 1975 es, como quien dice, solo antes de ayer. Hará falta aún mucho tiempo para profundizar en los estudios y para elaborar las gramáticas, pero lo poco que tenemos ya entre las manos nos permite percibir la belleza incomparable de la palabra del Señor.

Pregunta: sobre las fechas...

Respuesta: Bien, hemos hablado de Nestle en 1898, Merk en 1933, entre medias destacó también Vogels, al que he dejado sin mencionar antes, en 1920. También él había

solicitado el permiso para publicar un texto diferente a la Vulgata, pero no obtuvo la autorización.

Pregunta: acerca de los textos...

Respuesta: ¡No, no está! Os aconsejo el texto de las ediciones Paulinas que han hecho un trabajo espléndido. Han publicado el Nuevo Testamento interlinear. En una página encontráis el texto griego – no importa conocer el griego porque está traducido palabra por palabra – y en la otra página encontráis la traducción corriente. Y veréis ya cómo hay una gran diferencia entre la palabra traducida literalmente y la palabra interpretada en la página. Este Nuevo Testamento interlinear es un obra realmente benemérita y muy recomendable.

Por ejemplo, en esta obra tenemos una gran cantidad de material. Se llama el código de Beza. Es un manuscrito del siglo V de gran importancia porque contiene el texto griego. Contiene los evangelios, los Hechos de los Apóstoles, y son bastante distintos de los que tenemos hoy. En el trabajo de traducción no es suficiente fijarse solamente en el texto en el que se trabaja; simultáneamente es preciso observar todas las variantes, las opciones hechas, muchas cosas. El trabajo es muy minucioso, pero satisfactorio, al menos, a mi juicio. Trabajar sobre el evangelio es como trabajar en una mina: cuanto más excavas, más cosas preciosas encuentras.

Pregunta: Siento curiosidad acerca de los evangelios apócrifos. Nos has dicho que uno de los valores fundamentales de los evangelios canónicos respecto a los apócrifos es la universalidad de su mensaje. Cuatro evangelios reportan este mensaje, así pues, ¿qué criterio tenemos para decir esto?

Respuesta: Los apócrifos son 99, os había dicho, de algunos de los cuales existe solo un fragmento de media línea escasa. Los textos completos son algunas decenas, pero cuando uno los lee, se da cuenta de sus limitaciones. O bien caen en el infantilismo, en el sentido que les gusta la narración popular, del tipo del niño Jesús que coge la arcilla, hace pajaritos, les da la vida, éstos vuelan, el maestro grita a Jesús, que lo mira fijamente y el maestro se queda petrificado. O bien nacieron en ambientes intelectuales en los que todo se basa en la sabiduría y el conocimiento. Incluso un lector no experto, al leer un evangelio apócrifo, se percata de que ése no puede ser el meollo del mensaje, porque no existe en ellos la seriedad y la profundidad teológica que desprenden los cuatro evangelios.

Con esto, sin embargo, no es que haya que descartarlos del todo, ya que los evangelios apócrifos, menos preocupados del contenido teológico, nos transmiten una serie de informaciones interesantes sobre las costumbres de la época, informaciones que, aun cuando no haya que tomarlas al pie de la letra, resultan bien útiles. Por ejemplo, pensad en

el papel de la mujer sometida. Los evangelios canónicos ensalzan el papel de María, mientras que en los apócrifos, José trata a María de forma despótica. O bien, el trato hacia Jesús. Los maestros estaban atemorizados, nos dicen, y nadie se atrevía a alzarle la voz a Jesús porque en cuanto lo hacían... En cambio, se lee “y José, cogiéndolo por la oreja, lo arrastró a casa y le dice: nos has convertido en el hazmerreir de la ciudad”. Los evangelios apócrifos dejaban mucho espacio a lo fantástico, a lo misterioso. Otros son un concentrado de símbolos y números. En cualquier caso, tenemos la certeza absoluta de que los cuatro evangelios canónicos son auténticos. ¿Qué quiere decir auténticos? Auténticos de la iglesia primitiva, quiero decir.

Pregunta. ¿No todos los evangelios apócrifos van en la misma línea?

Respuesta. Más o menos. Un apócrifo, el protoevangelio de Santiago, que la Iglesia consideró verdadero hasta no hace mucho, escribe ciertas cosas que han sido introducidas dentro de la tradición cristiana. Por ejemplo, el nacimiento de Jesús en una cueva no está en el evangelio, sino en el apócrifo. Los nombres de los padres de María, Ana y Joaquín, igualmente vienen del protoevangelio de Santiago. Y lo mismo podemos decir de la ascensión de María, que tampoco está en los evangelios canónicos.

Hemos hablado de evangelios, pero ¿quién los compuso? Los evangelios son anónimos, no llevan la firma del autor, porque representan la experiencia de la comunidad cristiana, que ha sido elaborada por el teólogo y por las personas doctas. Más tarde, les han puesto los nombres de los cuatro evangelistas. Pero son de por sí anónimos, y todos ellos manifiestan la huella de, al menos, tres manos. Un primer autor hace la redacción ordinaria, un segundo autor enriquece el texto, completándolo a la luz de la novedad de la comunidad, y, por último, hay un tercer autor que armoniza el texto, digamos que lo deja listo para la “impresión”. Así pues, en la redacción de un evangelio encontramos un autor, un evangelista y un redactor. Los tres trabajan para elaborar el texto. A veces es posible identificar el trabajo de las tres manos, aunque no resulta fácil, pues a nosotros nos llega el texto completo.

Pregunta. Sobre la “Via crucis”...

Respuesta. Un franciscano creó la pía práctica de la Via Crucis en el siglo 16. Pero se trata de una devoción que ni aumenta ni disminuye la fe. El problema es que la gente cree en estas devociones, y, debido a la ignorancia del evangelio que todos tenemos, las mismas influyen en nuestra conciencia. Mucha gente religiosa, incluso especialistas de la religión, están convencidos de que Jesús cayó por tres veces bajo el peso de la cruz, y quedan muy molestos cuando alguien les hace ver que, según los evangelios, Jesús nunca se cayó al llevar la cruz.

Pregunta. Sobre las películas acerca de los evangelios.

Respuesta. No sé cuál es vuestra opinión al respecto, pero yo encuentro tremendamente aburridos los films sobre los evangelios. Los evangelios son teología, ésa es su esencia. Cuando se convierten en imágenes pasan a ser narración de hechos, como si fuera crónica de sucesos y dan una impresión pobre, de cosas banales, chocantes, insípidos, tanto si se trata del Antiguo como del Nuevo Testamento. La teología no se puede traducir en imágenes.

Pregunta. De nuevo sobre los escritos apócrifos.

Respuesta. Los evangelios enseñan que la vida está hecha para superar la muerte. Nos dicen algo extraordinario: que la resurrección acontece cuando estamos vivos, después de la muerte ya no se resucita más. Cuando decimos apócrifo no queremos decir falso, se indica solo que la Iglesia no lo considera inspirado, pero de aquí no se sigue que todos los elementos de los escritos apócrifos hayan de ser necesariamente eliminados. Yo los leo por mi cuenta, y siempre que resulta posible trato de hacerme cargo de las situaciones que vivieron los apóstoles y que nos transmiten estos escritos. Los apócrifos en total son 99, incluyendo aquí hasta un diminuto fragmento de media frase que nos ha llegado. Pero los que tienen de verdad un contenido serio, un desarrollo a tener en cuenta son bien pocos, en torno a unos diez.

Pregunta. ¿En qué consistió la obra de Jerónimo?

Respuesta. Jerónimo no tradujo el Nuevo Testamento, solo puso en orden las traducciones al latín del Nuevo Testamento que circulaban en la época. Su mayor aportación fue traducir del hebreo al latín el Antiguo Testamento. Pero algunos libros los hizo a desgana porque no habían sido incorporados a la Biblia hebrea, solo la Iglesia los había asumido. Así, en una sola noche tradujo los libros de Tobías y el libro de Judit, porque – igual que los Macabeos o el Eclesiástico – no pertenecen al catálogo de los libros sagrados de la Biblia hebrea. En las iglesias protestantes estos libros que no pertenecen a la Biblia hebrea son llamados deuterocanónicos.

Pregunta. Los ortodoxos, los sirios, los coptos, ¿todos tienen los cuatro evangelios?

Respuesta. Sí.

Pregunta. Y los griegos, ¿los leen en su propia lengua, el griego?

Respuesta. Esta es la ventaja de la iglesia griega: siempre han tenido el texto griego. ¿Por qué toda aquella resistencia a las pretensiones del papado, con aquella famosa expresión:

“Tú eres Pedro y sobre esta piedra..” porque tenían el griego. La desventaja es que – recordáis que hemos dicho que en Antioquía el texto fue revisado en función de las exigencias de las iglesias, ese texto se llama texto bizantino – tenían ciertamente el texto griego, pero enriquecido.

Pregunta. Sobre la porneia.

Respuesta. Atención, estamos en el mundo hebreo, se trata de un contexto diferente. Aquí Jesús, en el evangelio de Mateo nos dice que en el mundo hebreo el repudio era una acción del hombre hacia la mujer.

Pregunta. La inspiración...

Respuesta. El problema que se plantea hoy es el siguiente: ¿una traducción puede ser inspirada o no? ¿El libro que se entiende como inspirado es la última obra del proceso? Por inspiración no hay que entender que el Espíritu Santo esté ahí, sugiriendo los contenidos que escribir. Inspirado en el Espíritu quiere decir que concierne en el espíritu a la comunidad que ha elaborado este texto. El problema que existe hoy es discernir si el texto inspirado es el original y primitivo, o si también las traducciones lo son. Los teólogos llegan a la conclusión de que también las traducciones, naturalmente cuando están bien hechas, son inspiradas, porque no se trata solo de traducir, sino de interpretar la dignidad del hombre a medida que la humanidad avanza y ésta se va clarificando cada vez más, y las mismas traducciones reflejan mejor este hecho. A medida que nos alejamos de la ideología religiosa y penetramos en el ámbito de la fe, ésta ayuda a vivir el texto, porque el evangelio se comprende pero no queda fijado de modo inmutable. Cuando se pone en práctica la palabra, el mensaje, el texto se ilumina de un modo completamente nuevo. Así pues, si se vive el evangelio, será posible traducirlo de una manera más precisa y eficaz.

Sabato 29 p. Ricardo Pérez

Del hebreo al griego: la torah de los setenta.

El argumento que estamos afrontando en este encuentro es la historia del texto del Nuevo Testamento, pero todo cuanto os ha dicho Alberto se puede aplicar también a la historia del Antiguo Testamento, la Biblia hebrea. Ante nosotros tenemos un proceso de escritura muy complejo, más complicado incluso que el del Nuevo Testamento. El término “Biblia” ha sido tomado del griego, en griego “libro” se dice “biblos” (βιβλος); el plural

“libros” en griego se dice “biblia” (βιβλία). Para el Antiguo Testamento, la Biblia sería en la práctica una pequeña biblioteca, un compendio de libros de muy distinto género, pero todos los cuales se refieren a una historia común, la historia del pueblo de Israel en su relación de fe con Yahvé, el Dios de la Alianza.

Cuando se habla de la composición de esta gran colección de textos, hemos de pensar que existieron distintas fases. Podemos comenzar diciendo que la Biblia no fue escrita así como nosotros la encontramos ahora, de acuerdo con el orden establecido en los libros: Génesis, Éxodo, Levítico, etc. De hecho, en libros posteriores de la Biblia tenemos narraciones de sucesos que se remontan a épocas muy antiguas.

Por cuanto se refiere a la escritura, sabemos que los testimonios más antiguos de escritura hebrea se remontan al siglo X antes de Cristo. Se trata de inscripciones hechas sobre calendarios. Antes del siglo X no se escribía nada, por lo que la Biblia ha de ser fechada en un periodo posterior. Si buscamos dentro de la Biblia los primeros rastros para hacernos una idea de la cronología precisa, encontramos que las huellas más antiguas se remontan al siglo VIII a.C., son los textos más antiguos de los profetas.

Pero veamos ahora cómo y por qué se desarrolla la escritura en Israel. Esto tiene lugar sobre todo con la monarquía. El rey necesita tener secretarios que pongan por escritos los anuarios, las crónicas y todo cuanto se refiere a las vicisitudes del propio reinado. Dado que el rey controla los medios de comunicación, los secretarios se ven obligados a hablar bien del monarca, de hecho, su misión consiste en elogiarle a través de los escritos. Pero en la Biblia encontramos asimismo severas críticas a los reyes. Esto indica que, fuera del ámbito de los escribas de la corte, los funcionarios y secretarios del rey, había surgido otro centro de escritura, que se hallaba vinculado al santuario y al ministerio y a la función de los profetas.

Existen, pues, lugares estrictamente religiosos donde se empieza a reseñar por escrito los acontecimientos que tienen que ver con la historia del pueblo de Israel, con una descripción bastante crítica y negativa acerca de la actividad de los reyes. Estos textos, que se remontan al siglo VIII a.C. son de los profetas Oseas y Amós. Sucesivamente, se empieza a recoger también todo cuanto concierne a la ley, o sea, todas las normas de comportamiento y los preceptos.

Pero para comprender la composición de la Biblia (y su posterior traducción a la lengua griega), será necesario esperar al acontecimiento fundamental de la vida del pueblo,

es decir, la experiencia del exilio en Babilonia, que tiene lugar entre los años 587 y 537. El exilio supuso una gran crisis para el pueblo de Israel. Se tambalean los cimientos de su fe y llega a pensar que el propio Dios, Yahvé, no es tan fuerte como se suponía. En efecto, al conquistar y deportar a los hebreos, las divinidades de los otros pueblos se han revelado más potentes. Desde el punto de vista de la fe, esto significó una crisis enorme. A pesar de ello, durante su estancia en Babilonia, el pueblo empieza a considerar que tal vez no se ha tratado de una muestra de debilidad por parte de Yahvé, sino que el exilio representa el justo castigo por su propia infidelidad a la alianza establecida: «No hemos sido fieles a la Ley, a toda la palabra de Dios, a su alianza, y como consecuencia de nuestra infidelidad Dios nos ha abandonado en manos de nuestros enemigos y hemos sido enviados al exilio».

Durante el exilio, sumido como estaba en una coyuntura adversa, el pueblo comienza a pensar en la importancia de la observancia de la Ley, en la necesidad de ser siempre fiel a la palabra de Dios, a fin de evitar otras catástrofes. Y viviendo en tierra extranjera, el pueblo de Israel o la élite que fue exiliada en Babilonia, constata que los hebreos han conservado la propia identidad de pueblo elegido, a base de permanecer adheridos a la observancia de la Ley: «Estamos en tierra extranjera, no tenemos ya templo, ni culto, ni la libertad para vivir como hebreos, pero si observamos la ley también en tierra extranjera, podemos mantener nuestra identidad como pueblo». Cuando el pueblo retorna a Israel, a la tierra prometida, comienza a ponerse de manifiesto la centralidad de la Ley, y de la palabra de Dios en su vida. Y descubren algo muy interesante: ha sido un emperador pagano, Ciro de Persia, quien ha hecho retornar al pueblo a su tierra: Dios no se ocupa solo de su pueblo, manifiesta su protección a través de personajes que proceden incluso del mundo pagano. Surgen así los primeros brotes de una mentalidad más abierta de este Dios que se preocupa de todos los pueblos de la tierra.

El pueblo de Israel comprendió bien la importancia de la observancia de la Ley, pero se encuentra ante un grave problema: ya no es capaz de leerla tal como está escrita o redactada (o sea, en hebreo), pues el pueblo ha dejado de usar la lengua hebrea tras la estancia en tierras extranjeras durante el exilio. Por eso, se hace necesario traducir del hebreo al arameo, la nueva lengua hablada tras el exilio. Ésta era la lengua más extendida en toda el área oriental mesopotámica.

En el capítulo 8 del libro de Nehemías, escrito tras la experiencia del exilio, hallamos una descripción precisa de la centralidad de la Ley en la vida del pueblo y la necesidad de que el pueblo entienda su contenido a fin de evitar otras catástrofes y, sobre todo, para identificarse como el pueblo elegido ante todos los otros pueblos: «Nosotros somos

superiores, somos el pueblo de la alianza porque tenemos esta Ley que Dios nos ha dado». Se dice entonces que hubo una gran asamblea ante las puertas de Jerusalén, se empezó a leer el libro de la Ley, en hebreo evidentemente, pero al lado había un intérprete que traducía simultáneamente del hebreo al arameo, ya que se consideraba importante la comprensión precisa del texto. Más importante que la sacralidad de la lengua – la lengua con la que Dios se había dirigido a ellos – era considerado el hecho de que el pueblo comprendiera el contenido; éste era un itinerario fundamental de cara a la propia identidad y supervivencia. Para Israel es así aun en nuestros días: «Nosotros somos un pueblo elegido, somos el pueblo que consigue mantener su identidad y salvaguardar este patrimonio suyo, porque se adhiere a la ley y la vive de manera fiel con todas sus observancias, etc».

Con el regreso desde el exilio, inicia entonces un proceso de gran interés. Es preciso comprender lo que se lee, lo que Dios dijo, porque es fundamental para la vida del pueblo. La importancia de la traducción al arameo estriba precisamente en esto. Mediante su estudio, se puede comprender mejor la mentalidad misma del pueblo de Israel cuando en épocas posteriores comenzará a razonar de forma distinta y afirmará que Dios quiso dar esta ley a todas las naciones. La ley que Dios da es válida para todos los pueblos, pero solamente Israel la acogió y se empeñó en vivirla. Los hebreos fueron afortunados porque aceptaron la ley y porque desean entenderla bien, pero con su testimonio deben hacer que también otros pueblos lleguen a adherirse a la misma. Todavía hoy se piensa desde estas coordenadas: a nosotros tal vez nos resulte cómico el apego tan fuerte que tienen a la observancia del sábado, pero los más grandes estudiosos del hebraísmo sostienen que el mundo se salvará mediante la observancia del sábado y que ellos tienen el deber de mostrar a todos que esta ley es verdaderamente su salvación. Sea como sea, la comprensión del texto resulta de capital importancia. Y es por eso que comienza el proceso de traducción y, en primer lugar, a la lengua aramea.

Al inicio, la traducción al arameo se podía hacer solo a nivel oral en las sinagogas, donde había siempre un lector y un traductor. En un determinado momento, las traducciones fueron puestas por escrito y resultó de ahí lo que hoy llamamos el “targum”, que es la recopilación de las traducciones del hebreo al arameo. El targum es una fuente muy importante para conocer cómo se traducía el texto sagrado. La traducción, hemos dicho, nunca es neutra, es siempre una interpretación. Al traducir se añade, se quita, se amplía, se completa en función de la propia ideología del traductor, que ejerce gran influencia en las opciones que se han de hacer ante un texto. Nunca se puede transferir de

una lengua a otra de manera completa, es preciso aceptar los pasajes intermedios inevitables.

En este gran proceso de conocimiento del texto, es preciso introducir también un momento importante: la traducción de los setenta (LXX), o sea, la traducción a la lengua griega del texto hebreo del Antiguo Testamento. Como ya hemos indicado, cuando el pueblo hebreo regresa del exilio no comprende ya el hebreo. Desde la época del exilio en adelante, los hebreos comienzan a expandirse por toda la cuenca mediterránea, con lo que se van creando distintas colonias, sobre todo en el ámbito del mundo helenista, que más tarde se convertirá en el mundo romano. Así, surge una importantísima colonia judea en Alejandría de Egipto, hacia finales del siglo III antes de Cristo. Los hebreos residentes en Alejandría poseían incluso un estatuto particular, por lo que no estaban obligados a observar las reglas y las normas de convivencia del imperio helenista instaurado en Egipto. Eran tan respetados que la colonia de los judíos alejandrinos formaba casi un estado dentro de otro estado. De ese modo, consiguieron salvaguardar siempre la propia identidad, obteniendo de los distintos gobiernos o reinos de la época concesiones que les permitían vivir de acuerdo con sus tradiciones y leyes.

Pero también aquí, en la ciudad de Alejandría, la comunidad hebrea ha de afrontar el problema de la lengua: la gente del pueblo desconoce el hebreo. En realidad, las relaciones de esta colonia judea establecida en Egipto con la tierra de Israel se reducían a las peregrinaciones con motivo de las fiestas de Pascua por lo que, obviamente, su conocimiento de la lengua era muy precario. Pero para ellos resultaba transcendental entender bien toda la ley de Moisés, porque ésta había de guiar la vida del pueblo también en tierra extranjera, y además, para hacer ver que la tradición que llevaban a sus espaldas era realmente honrosa, daba esplendor y prestigio a la comunidad. Una cultura consistente justificaba, además, que condujeran un tipo de vida distinto al de los otros. Esto acaecía en Alejandría de Egipto, en el siglo III, y se les planteaba, pues, el problema de traducir la Biblia del hebreo al griego, para poderla entender y también para la actividad litúrgica en la sinagoga.

¿De dónde viene el nombre de los “Setenta” (LXX)? Oiréis hablar a menudo de la “Biblia de los Setenta”, cuando se citan los textos se pone siempre la cifra romana, de modo que cuando encontréis la cifra “LXX”, sabed que se refiere a la Biblia traducida en Alejandría, Egipto. El nombre de LXX proviene de una leyenda, que surge a partir de una narración que hallamos en la carta de Aristeo. Se trata de un texto del siglo II de un tal Aristeo, un judío de Alejandría que escribe a su amigo Filócrates para contarle los

pormenores de la traducción del hebreo al griego, cómo ha tenido lugar este proceso. Podemos decir que se trata de una carta fingida, o sea, un texto apologético judío que se propone defender la posición y las pretensiones de los judíos residentes en tierra de Egipto. Pretenden hacer ver a la cultura dominante egipcia que también ellos tienen a sus espaldas una cultura, una tradición notables, así como una fe superior a la del país en el que se encontraban viviendo. En esta carta se narra la historia – en realidad, no es más que una leyenda, no es éste el motivo preciso por el que el texto fue traducido del hebreo al griego – de que el bibliotecario de Alejandría, que era la biblioteca más importante que existía en la antigüedad, había informado al rey de Egipto, Tolomeo, que sería hermoso contar en la biblioteca con un texto tan importante como la Torah. Un texto tan destacado como éste, en el que los hebreos residentes en Alejandría fundaban sus tradiciones y sus leyes no podía faltar en la mejor biblioteca del mundo.

El rey Tolomeo acepta, convencido de que para controlar mejor a los ciudadanos y para conocer las historias de una comunidad tan destacada como la hebrea era oportuno que tuvieran el texto en lengua griega. En la carta de Alistea se narran las peripecias por las que atraviesan al traducir del hebreo al griego. Siempre según la leyenda, el rey Tolomeo habría requerido la colaboración del sinedrion de Jerusalén, porque obviamente la traducción debía ser hecha por sabios hebreos que habían de desplazarse desde Israel, solicitando seis sabios por tribu. Ellos se encargarían de traducir del hebreo al griego ($6 \times 12 = 72$). Así pues, conforme a la leyenda, 72 sabios fueron a Alejandría en Egipto y en 72 días (de nuevo la misma cifra), cada grupo de sabios hizo la traducción del texto. Al final confrontaron las traducciones y resultó que eran idénticas.

Es un juego de números (de 72), para decir que la traducción era inspirada igual que el texto original. La traducción fue realizada por 72 sabios en 72 días, y su trabajo coincidió plenamente en todo, lo que indica que la traducción es válida. Es el problema que nos planteábamos antes, o sea, si está inspirado el texto original o el texto traducido. El juego de las cifras y de los números es para demostrar que la traducción al griego tenía el mismo valor del texto inspirado. En la base de esta leyenda se encuentra una literatura propagandista, repito, los hebreos quieren presentarse frente a la cultura pagana como un pueblo superior, que tiene a sus espaldas una tradición importante de la que jactarse y que le confiere una identidad particular en relación a otros pueblos.

Si dejamos a un lado la leyenda y entramos en el ámbito de las hipótesis reales, podemos pensar que la traducción tuvo lugar probablemente porque Tolomeo quería tener el control sobre los hebreos de Alejandría. El rey Tolomeo deseaba tener un texto en la

lengua que él comprendía a fin de poder conocer mejor esta realidad referida al mundo de Israel.

Podemos dar también por válida la hipótesis de que se trataba de una exigencia de tipo litúrgico y pedagógico. El pueblo debe comprender lo que Dios enseña y, además, lo debe entender en la propia lengua. Pero el caso es que esta traducción, que se lleva a cabo en el siglo III, constituye un hito único en la antigüedad, porque no tiene precedentes. Nunca un texto sagrado había sido traducido a otra lengua, y mucho menos, por escrito.

Israel, sin embargo, nunca vió con buenos ojos la traducción de los LXX. Cuando decimos Israel nos referimos a la institución religiosa de Jerusalén. No pudo impedirla, pero no le gustó la idea, porque toda traducción corre el riesgo de desvirtuar el texto original. En el libro del Eclesiástico hallamos huellas de esta desconfianza, cuando dice *“Las copias doctas en hebreo”* – estamos en el prólogo del traductor – *“no tienen la misma calidad cuando son traducidas a otra lengua. Y no solamente esta obra, también la misma ley, los profetas y el resto de los libros conservan una ventaja nada insignificante en el texto original”*. Existe, pues, una desconfianza, pero se acaba aceptando la traducción porque la misma cifra 72, garantizaba que, en cualquier caso, se trataba de una obra inspirada.

Vosotros diréis: «pero nosotros la llamamos la biblia de los LXX, mientras que tú hablas de 72». En efecto, Flavio Josefo y algunos padres de la Iglesia hablan de 70, pero en esta interpretación de autores antiguos se habla de 72. Para comprender bien el alcance de la cifra de 70 (dejemos a un lado esa idea peregrina de los seis sabios por tribu que son convocados a Alejandría para llevar a cabo la tarea), es preciso remontarse al libro de los Números, en el que se habla de 70 ancianos inspirados que profetizan. Se recurre a este número – que, entre otras cosas, era el número que indicaba todas las naciones de la tierra en la antigüedad – para señalar que este texto estaba llamado a extender el conocimiento de la doctrina, de la Ley de Moisés, a todos los pueblos de la tierra. La Ley de Moisés era el núcleo de la alianza de Dios con su pueblo y debía servir también para la salvación del resto de los pueblos.

Decía que Israel no verá con buenos ojos esta traducción, por lo que tras la caída del templo de Jerusalén, los rabinos mostrarán su repulsa hacia los LXX. En los textos rabínicos, en el Talmud, tenemos de hecho algunas declaraciones contrarias a la traducción de los LXX. Os leo solo dos. Dice así un texto del Talmud: *“El día en que fue traducida la Ley fue tan duro para Israel como el día en que fue fabricado el becerro de oro, porque al traducir la Torah no se podían salvaguardar todas sus potencialidades”*. Otro

texto: *“La Ley fue escrita en griego el octavo día de Tebeth, bajo el reinado de Tolomeo, y durante tres días la oscuridad recubrió el mundo”*. De aquí se deduce que la autoridad de la sinagoga judía había ya rechazado plenamente el texto griego de la Torah.

Veíamos antes que nunca se puede hablar de traducción aséptica, pues el trabajo de traducir a otra lengua conlleva siempre, inevitablemente, una interpretación. En efecto, la LXX interpreta el texto del Antiguo Testamento y pretende de varios modos – hemos dicho que es eso lo que se busca en la carta de Aristeo – hacer propaganda de toda la historia de Israel, a fin de presentarla ante el mundo pagano como una historia de esplendor y honor.

Por ejemplo, hay algunos textos en los que se intenta embellecer al máximo la figura de Moisés. En el texto hebreo, en el libro del Éxodo 4,6-7, se dice que Moisés *“colocó su mano sobre su seno y cuando la retiró, su mano había quedado cubierta de lepra, blanca como la nieve”*. En el contexto del episodio, se está hablando de tres visitas que Dios hace a Moisés para hacerle comprender que debe ir a hablar con el faraón para liberar al pueblo. Dado que la referencia a la lepra podía resultar degradante para Moisés, los traductores evitan aquí cualquier referencia a la lepra, aun cuando en el texto original la mención de la lepra no pasa de ser un medio del que se sirve Yahvé para mostrar su poder. Por eso, la traducción de los LXX elabora el texto en los siguientes términos: *“Moisés colocó su mano sobre su seno, después la retiró y su mano había quedado blanca como la nieve”*. Es un modo de decir que la lepra había desaparecido; no dicen “leproso”, dicen “como la nieve”. Intentan así dulcificar el dicho.

No existe, pues, una traducción literal, sino siempre una interpretación. Y el caso es que en quien lee el texto dicha interpretación puede provocar otros tipos de resonancias que no respondan a la intención del escrito original, que fue escrito en otra lengua y desde otras coordenadas. Por tanto, no podemos decir sin más que el texto de la Biblia de los LXX sea idéntico al hebreo. No son dos textos iguales. En la Biblia de los LXX – aparte del aspecto propio de la interpretación encontramos también añadidos, comentarios, omisiones de algunas partes, etc – han sido introducidos además algunos libros compuestos en griego, que no se encuentran en el texto hebreo. Por todo ello, no son dos textos iguales. Podríamos decir que la traducción de los LXX es un texto amplificado, de forma notable, a base de añadir libros que más tarde fueron admitidos en el Antiguo Testamento de la Iglesia católica. Mencionábamos antes el libro de Tobías, de Judith, el libro de los Macabeos, el libro de la Sabiduría, etc. Esto quiere decir que la

iniciativa de traducir al griego fue tan importante que hizo posible el añadido de otros textos, aunque éstos no procedían del hebreo, por lo menos en su mayor parte.

Cuando tiene lugar la caída del templo de Jerusalén en el año 70, e Israel va camino de una nueva catástrofe ante la presión del ejército de Roma, los rabinos se percatan en seguida de la importancia de poner de relieve todo aquello que concierne al patrimonio de su Ley, de su tradición religiosa, la Torah de Moisés. Sobre todo, desean diferenciarse lo más posible de la “secta” de los cristianos, que cada vez era más numerosa y más fuerte, ya que éstos se identifican siempre con la versión de los LXX. Los cristianos empiezan a basarse en este texto, y hacen uso del mismo cuando empiezan a escribir sus propios escritos en griego, porque la lengua griega era la más conocida y la más hablada en la época en que se escribe el Nuevo Testamento. De hecho, la gran mayoría de las citas del Antiguo Testamento que hallamos en el Nuevo, proceden de la traducción de los LXX. Mateo, Marcos, Lucas y Juan hacen uso del texto griego de las escrituras. Esto servía para conferir mayor importancia a su escrito. Los hebreos, por su parte, rechazaban la preponderancia que el texto griego de los LXX había adquirido en la comunidad de los cristianos y, además, querían sostener que la tradición legítima es la que está escrita en hebreo. Por eso, rechazan los textos que después penetraron en el Antiguo Testamento (el libro de la Sabiduría, de Tobías, de Judit, los Macabeos, etc).

Ahora bien, desde el punto de vista ideológico, existe un problema importante en el modo como Israel enfoca la aproximación al texto: por un lado, afirma que el mismo debe ser entendido por todos, pero cuando vislumbra un peligro, porque otros hacen uso del mismo texto para una finalidad distinta, entonces desanda el camino y aduce que el único texto que cuenta es el hebreo. Y a partir del año 100 en adelante será siempre así.

A nosotros nos interesa aquí la traducción de los LXX por la influencia decisiva que ejercerá en la composición del Nuevo Testamento. Hablábamos antes del griego usado para escribir el Nuevo Testamento, el griego de la koiné. La Biblia de los LXX pondrá en marcha un nuevo modo de escribir, o sea, una escritura con carácter popular que todos puedan entender. Los autores del Nuevo Testamento, para inspirar sus relatos, se basarán en el texto de los LXX. Tienen siempre como fondo el texto hebreo, pero emplean el texto griego. Pensad, por ejemplo, en Mateo, que articula todo su evangelio a base de una comparación que establece entre Moisés y Jesús. La traducción de los LXX supone para Mateo una gran ayuda. Además, la traducción del Antiguo Testamento al griego facilitó la difusión del cristianismo en los primeros siglos, porque no solo los textos del Nuevo Testamento, sino también los textos del Antiguo Testamento escritos en griego

hacían posible un conocimiento más amplio de la presencia de la comunidad cristiana en el mundo mediterráneo de los primeros siglos.

Ya hemos dicho que motivos ideológicos guiaron a los traductores de los LXX a la hora de escoger entre las distintas opciones. No podían decir que Moisés fuera un leproso, porque en aquella época se habían difundido en Egipto una serie de calumnias contra los hebreos, y una de ellas sostenía que Moisés había salido de Egipto a causa de la lepra. Con esta traducción se sale al peso de dichos rumores, procurando siempre salvaguardar lo más posible la figura del gran caudillo.

Del mismo modo actuarán los autores del Nuevo Testamento, y esto es lo más importante para nosotros: cuando afrontan el texto de los LXX realizan sus propias opciones e interpretaciones. Mateo subraya “como dice la Escritura”, y está citando en griego, pero si comprobamos en el texto griego la cita de un profeta, no coincide con aquella que encontramos reflejada en el evangelio. Por cuanto concierne a esta falta de coincidencia, puede haber también otras razones. Tal vez Mateo consultó un texto distinto en griego, surgen de aquí otros problemas. Sea como sea, cuando se escribe un texto y se consultan las fuentes, lo importante son los objetivos literarios y teológicos del autor. Se cita un texto conforme a una finalidad teológica, o sea, si sirve para ayudar a que los lectores comprendan mejor lo que se les quiere comunicar.

Por poner un pequeño ejemplo, en el evangelio de Mateo hallamos la famosa profecía de Isaías. Mateo toma de la traducción de los LXX el texto de Isaías 7,14: “*La virgen concebirá un hijo y lo llamarán Emmanuel, que quiere decir Dios-con-nosotros*”. Este texto forma parte de la narración del nacimiento de Jesús según Mateo. Para “la virgen concebirá un hijo, Mateo usa el término “*parthenos*” (παρθενος), que nos es familiar por el gran monumento de Roma, el Partenón. “*Parthenos*” más o menos quiere decir una virgen, y usa el texto de la LXX. Pero si vamos a comprobar el texto hebreo de esta profecía, el término que emplea el autor es “*almah*”, que quiere decir una muchacha joven, tanto si está casada como si lo no está, pero que aún no ha tenido hijos. En la cultura hebrea no existe el concepto de la virginidad, no se piensa en una mujer que no haya tenido relación sexual con un hombre. Los traductores de la LXX traducen “*almah*” por “*parthenos*”, un término que significaba una mujer que no ha tenido hijos, tanto si está casada como si no lo está. De hecho, hay otros textos de la LXX donde está el término “*parthenos*” y se habla de una mujer que está casada, pero que aún no tiene hijos. Cuando Mateo usa “*parthenos*” ya está dando una interpretación ideológica, quiere hablar del nacimiento virginal de Jesús. Interpreta el texto de la LXX a la luz de aquello que fue el gran

acontecimiento del nacimiento, de la venida y de la presencia de Jesús. Mateo da una indicación, una interpretación más ideológica, es decir, un nacimiento en el que no hay participación del hombre, porque este nacimiento viene directamente de Dios a través del Espíritu.

Posteriormente, la traducción de los LXX será revisada. Aquí os cuento en resumen los episodios más importantes, pero el proceso de esta traducción fue bastante complejo. Después de que el texto fue traducido al griego, la traducción fue revisada en primer lugar cuando los cristianos comenzaron a hacer uso del texto para confirmar la propia experiencia de fe y para fundamentar todo aquello que las escrituras decían sobre Jesús. Fue entonces revisado el texto del profeta Isaías, eliminaron el término "*parthenos*", y pusieron en su lugar otro término semejante. Es solo un ejemplo, en las versiones posteriores el texto fue retocado, porque los cristianos lo utilizaban para hallar referencias a Jesús. Esto es para decir la complejidad que siempre conlleva el tema de la traducción. No basta decir que fue traducida al griego, con la traducción se ha escrito asimismo una ideología. Y lo mismo hicieron los autores cristianos.

Algunos de los escritores del Nuevo Testamento hacen gala de una gran libertad a la hora de citar los textos del Antiguo. La Escritura no es solamente un texto, debe ser comprendida, y es traducida para que se comprenda mejor. Pero sirve para comunicar siempre algo nuevo que tal vez antes se desconocía. No es algo inmutable que no puedo tocar, es una realidad que sale al encuentro de las situaciones y las vicisitudes varias que vive la comunidad. Esto se palpa de manera diáfana en el libro del Apocalipsis. Fijaos que el autor del Apocalipsis es el que más cita las escrituras, el que más referencias hace a ellas, pero, paradójicamente, no encontramos en el Apocalipsis ni tan siquiera una cita directa del Antiguo Testamento. Nunca aparece la expresión "como dice el profeta Isaías". Si leemos el evangelio de Mateo, por ejemplo, al hablar del nacimiento virginal de Jesús, encontramos "*para que se cumpliera la palabra que el Señor dijo por medio del profeta. La virgen...*" y nosotros sabemos que esto lo dijo Isaías. En el libro del Apocalipsis no se encuentran este tipo de citas directas, no existe jamás la alusión "como dice la escritura", sino una referencia continua y alusiones ininterrumpidas a las escrituras.

Podemos decir que todo el libro del Apocalipsis es un gran mosaico de alusiones al Antiguo Testamento, pero es sorprendente que el autor no lo cite nunca, ni una sola vez. Esto hace ver que no se siente condicionado por esta Escritura, con la "S" mayúscula, como para tener que citarla para apoyarse en su autoridad. Considera más bien que todo este patrimonio se debe adaptar libremente a aquello que es la gran novedad y el gran

acontecimiento: la persona y la palabra de Jesús. En base a esta palabra y a este nuevo mensaje, se siente autorizado a usar las escrituras de modo que el mensaje resulte más evidente. Puede remodelarlo, cambiar, ampliar o incluso ignorar aquello que no tiene que ver con la novedad de Jesús. Los textos que son más citados son los que mejor se adaptan para poner de relieve la figura de Jesús, es decir, los profetas o los salmos, o también el libro del Éxodo. Existe ya, pues, una opción al citar los textos en función de lo que se está viviendo, la gran novedad del mensaje y de la palabra de Jesús.

A la hora de interpretar los textos bíblicos contamos con un instrumento importante que es la retro-traducción, en la que los autores se mostraban muy libres. Algunos autores modernos afirman que el Apocalipsis fue escrito siguiendo el esquema y la pauta marcada por algunos profetas. El autor, de hecho, se presenta como profeta. Se piensa, así pues, que el libro haya sido escrito basándose en el libro del profeta Ezequiel, que hace gala de un lenguaje simbólico de gran exuberancia. Ezequiel tiene una teología propia respecto al templo de Jerusalén. Sostiene que habrá de ser reconstruido y todo su escrito gira en torno al lugar del culto. Bien, lo más sorprendente es que en el Apocalipsis, que discurre de forma paralela al libro de Ezequiel, una vez llegados al final del libro, no existe ningún rastro del templo. El tema del templo desaparece sin dejar huella. Así, en el capítulo 22, casi al final del Apocalipsis, leemos, *“no vi templo alguno en la ciudad santa de Jerusalén”*. El autor ha usado los textos de Ezequiel, sus intuiciones, imágenes, etc, pero al final acaba rebatiendo sus tesis: en el designio de Dios no existe el templo, no existe ningún lugar sagrado o un lugar de culto que facilite o haga posibles las relaciones entre Dios y los hombres. Esto nos hace comprender la importancia del uso que se hace de los textos, así como la novedad del mensaje evangélico.

Cuando se habla de traducción, es importante tener en cuenta que en la raíz de la traducción existe una ideología subyacente. Una vez que conocemos la posición ideológica del traductor, podremos comprender cosas que son importantes para arrojar luz al texto en cuestión y, sobre todo, para comprender qué pretendía el autor. En el caso de la LXX, hay que tener en cuenta las circunstancias peculiares que viven los judíos en Alejandría. El pueblo desea exaltar el propio pasado y lo hace con una traducción que procura poner de relieve del modo más positivo posible a las figuras de sus grandes personajes. Esto nos permite intuir la seriedad del propósito que guía a los traductores.

Muchas veces, determinados términos del hebreo traducidos al griego por los LXX y después, al latín, pueden crear confusión porque no siempre existen vocablos que correspondan totalmente entre una lengua y otra. Por ejemplo, nosotros decimos “Antiguo

y Nuevo Testamento”, pero ésta es nuestra concepción como cristianos, una concepción de la que los hebreos, obviamente, se desmarcan. Ellos la llaman “la Escritura”, una expresión que se encuentra ya en los textos del Nuevo Testamento. Y lo harán sobre todo a partir de una gran crisis que se abre cuando un cristiano de nombre Marción comienza a afirmar la inconsistencia del Antiguo Testamento, defendiendo que todo cuanto tiene que ver con las escrituras de Israel carece de valor para la Iglesia. En ese momento comienza ya a hablarse de las Sagradas Escrituras como Antiguo Testamento, o sea, como una realidad referida al pueblo de Israel. El término que nosotros traducimos como “Testamento” es la traducción del término griego que se encuentra en la obra de los LXX, que a su vez traduce el término hebreo. La palabra hebrea “*berit*” quiere decir alianza, es decir, el compromiso que contrae con Yahvé el pueblo de Israel. Los traductores de la LXX traducen el término al griego, “*diateke*”, que indica una especie de disposición legal, una especie de voluntad de alguien que quiere dar testimonio de algo importante para sí: una disposición legal en relación a otras personas.

La Vulgata traducirá esto como “*testamentum*”. Para nosotros, “*testamentum*”, testamento, se refiere a la última voluntad de un hombre antes de la muerte, es un documento con el que indica a sus herederos lo que éstos deben hacer con sus bienes. En el proceso de la traducción, *testamento* pierde el concepto que estaba en el origen, que es, como hemos dicho, el de *Alianza (berit)*. Se podría decir que es el libro de la antigua o de la nueva alianza, mejor que hablar de testamento. Algunos, incluso, dicen primera y segunda alianza, no quieren hablar de antigua porque parece que sea un término peyorativo. Esta sería otra forma de interpretación, pero, como véis, en las traducciones se pierde a menudo el significado original de las palabras. Nadie piensa que el término *testamento* proceda de la palabra *alianza* o “*berit*”.

Aquí me detengo. Soy consciente que no se trata de un argumento fácil. Podemos ahora dejar un poco de tiempo para vuestras preguntas, por si no se ha entendido algo. Como os decía antes, lo importante es – y esto lo entendieron muy bien los autores cristianos – que el texto se debe poder comprender, hay que entender lo que se lee. Esta es la fórmula que acuñó Israel. En un determinado momento, se distancia de esta fórmula para distinguirse de los cristianos, a fin de salvaguardar el propio patrimonio. Los hebreos no quieren que los cristianos digan que tienen las mismas escrituras que ellos, insisten en lo que les distingue. Por desgracia, la traducción de los LXX se pierde en la iglesia católica cuando tiene lugar el famosa cisma de Oriente, y adquiere preponderancia la traducción latina de Jerónimo. El texto griego permanece como patrimonio de la iglesia oriental, mientras que la occidental se aferra al texto latino de

Jerónimo. Una vez más la ideología, el enfrentamiento entre oriente y occidente en este caso, origina una grave pérdida.

Pregunta. Respecto al tema de los números...

Respuesta. Entonces eran usados de otra manera. Sabemos que los números fueron introducidos por los árabes; los hebreos utilizaban las letras como valor numérico: cada letra equivalía a un número. Al respecto se daban numerosas explicaciones y teorías. Es el mundo de la Cábala, que ahora está muy de moda, es decir, la relación entre números y letras, que hacen posible extraer otras informaciones partiendo del valor simbólico.

Pregunta. Acerca del “testamento”

Respuesta. En nuestras lenguas, “testamento” evoca la imagen de un documento legal que recoge las últimas voluntades. En el concepto, ciertamente, existe la referencia a los testimonios, pero se ha perdido la idea de deber observar una alianza, un pacto. Aquí la traducción deja que desear: entre testamento y alianza (“berit”) o alianza y testimonio no hay un paralelismo estrecho. No es posible traducirlo de manera exacta. La palabra Testamento seguramente depende también del enfoque jurídico que se tenga, y, en este caso, de la base jurídica del idioma griego.

Pregunta. Acerca de la traducción...

Respuesta. No, no se les puede imputar ligereza. La traducción es siempre fiel. Lo que sucede es que cuando uno traduce no se encuentra en la misma posición de quien escribió el texto. Entre una y otra situación ha pasado el tiempo, han sucedido muchas cosas. La percepción del traductor será diferente de la del autor, por lo que es necesario traducir procurando ser fiel al texto. Nunca podrá ser una traducción literal, pero habrá de ser fiel, con el propósito de reinterpretar el texto y hacerlo comprensible a la gente de hoy.

Pregunta. ¿La historicidad en sí tiene algún valor?

Respuesta. Pero no es lo mismo cuando se habla del Nuevo Testamento. ¿Cuándo se escriben los textos del Antiguo Testamento? Hemos dicho que existe un núcleo primigenio antes del exilio, con los profetas. Cuando regresan del exilio se percatan de la gran importancia que ha tenido para ellos la fidelidad a la tradición religiosa y a partir de ahí comienza una producción literaria tremendamente prolífica. Y, especialmente, lo hacen por la influencia recibida durante la estancia en Babilonia. Babilonia era el centro cultural más importante de la época y el contacto con esta cultura estimula fuertemente a Israel para escribir y tutelar su importante patrimonio literario.

Cuando se escribe el texto del Génesis con el relato de la creación, la intención que les mueve es reproponer la experiencia que ha tenido el pueblo al volver desde el exilio a la propia tierra: han sido regenerados y se escribe, pues, la creación. En este relato ciertamente se encuentran huellas de las literaturas mesopotámicas que Israel había conocido. Igualmente, el libro del Éxodo es escrito basándose en la experiencia del regreso del exilio. No es tanto la esclavitud en Egipto, sino el periodo pasado en Babilonia lo que marcó fuertemente la identidad del pueblo, provocándole una crisis fortísima. No existe aquí un concepto de historicidad como la entendemos nosotros, lo que cuenta es que a través de estos escritos se puede transmitir a los otros la experiencia de fe del pueblo. Siempre hay que estar atentos para distinguir entre una nación verdadera y una nación teológica. Los escritores del tiempo no se plantean nunca el problema de narrar hechos verdaderos, pretenden solo transmitir su experiencia de fe basándose en determinados hechos y acontecimientos importantes para el pueblo. Lo cierto es que una comprobación histórica rigurosa desde el punto de vista de los datos arqueológicos nos llevaría al siglo III antes de Cristo para poder decir que nos hallamos ante personajes históricos.

Sábado 29 Segunda parte: Alberto Maggi

La Vulgata y el nacimiento de los demonios.
--

Resumiendo cuanto hemos visto esta mañana, hemos dicho que los autores de los evangelios eligieron como lengua sagrada no el hebreo ni tampoco el arameo, la lengua hablada en Palestina, sino el griego. Todos los textos de los evangelios fueron escritos directamente en lengua griega. Hay quien defiende la hipótesis de que el evangelio de Mateo fue escrito primero en arameo. Bien, son hipótesis, y el campo de las hipótesis admite multitud de opiniones. El caso es que a partir de los datos con que hoy contamos, lo que sabemos con certeza es que los textos fueron escritos en griego. Esta mañana dijimos que cuando un texto quedaba definitivamente escrito, comenzaba su recorrido en el tiempo, siendo enviado a diversas comunidades. Mientras tanto, los distintos copistas o las exigencias plurales de las comunidades, movidos por la necesidad de enriquecer y explicar mejor el texto, producían un nuevo manuscrito al que añadían nuevos datos. Lo que está confirmado desde el punto de vista estadístico y científico es que las comunidades y los copistas nunca reducían el texto que recibían ni eliminaban partes del mismo, sino que lo enriquecían siempre.

Veamos un esquema muy simple: si en el texto primitivo estaba escrito “Jesús”, la copia del texto que contiene “Jesús” era enviada a las comunidades. En una época posterior, se puede encontrar otra copia del mismo párrafo donde un copista o la comunidad, con la intención de aclarar las cosas, han añadido “Jesús dijo”. Este nuevo texto que incluye “Jesús dijo” sigue su propio recorrido y se extiende entre las iglesias. Si todavía a alguien le parecía que el texto no era suficientemente claro, añadía, por ejemplo, “Jesucristo dijo” y este texto comienza asimismo su propio trayecto. Otro manuscrito posterior reza, “el Señor Jesús dijo” e, incluso una última redacción dice, “el Señor Jesucristo dijo a sus discípulos”. Como hemos dicho, cada copia recorría su propio camino y se iba extendiendo. Ya hemos visto cómo uno de los criterios para descubrir el texto original consiste en escoger siempre el texto más breve y más difícil, porque los copistas tenían la costumbre de explicar y simplificar, nunca complicaban los textos.

Un... "G... "Il Signore Gesù Cristo disse ai suoi discepoli" ' la conclusión del evangelio de Marcos... toja absurda. En el capítulo 16 hallamos el anuncio de la resurrección de Jesús: el joven vestido de blanco sentado a la derecha dice: “No tengáis miedo, vosotros buscáis a Jesús nazareno el crucificado. Ha resucitado. Id a decir a sus discípulos...”. El último versículo reza así: “Y ellas, saliendo, huyeron del sepulcro porque estaban atemorizadas y no dijeron – traduzco literalmente – *nada a nadie porque*”, termina con un “*porque*”. Pero no existe ningún texto de la antigüedad que acabe de esta forma. “*Atemorizadas no dijeron nada a nadie porque*”, ¿por qué? El evangelista concluye así su obra. En tiempos de Marcos, probablemente, por cuanto podemos intuir, la certeza de la resurrección de Cristo no podía basarse en un anuncio, sino en una experiencia que todos son invitados a hacer. Este final inconcluso era el anuncio de la resurrección de Cristo, pero les faltaban las importantes pruebas de las apariciones de Cristo a sus discípulos. Al inicio estaba Jesucristo resucitado, ¡pero nadie lo había visto!

Este relato conclusivo no encajaba bien. Así, en el siglo II se le añade la llamada “conclusión breve”, que fue compuesta con poco esmero por parte de una persona de bajo nivel cultural y literario. Al relato final de Marcos, que queda de algún modo “manco”, le es añadido lo siguiente: “*Ellas narraron brevemente a los que estaban con Pedro lo que se les había anunciado. A continuación, Jesús los animó a llevar desde oriente hasta occidente el mensaje **sagrado** e incorruptible de la **salvación eterna***”.

Como vemos, ya desde el siglo II comienza la corrupción del mensaje de Jesús. Aparece aquí ya la insólita palabra “sagrado”, que nunca es usada en todo el evangelio de Marcos. La tentación de transformar el mensaje de Jesús en una religión era demasiado fuerte. Había sido inútil la advertencia que Jesús lanzó a los suyos: “¡Atentos a la levadura de los fariseos!”. No hay nada que hacer, es más fuerte que ellos. Además del término “sagrado”, sale a escena otro vocablo que nunca había estado presente en el evangelio de Marcos: la “salvación eterna”. Jesús no vino para hablar de “salvación eterna”, vino para hablar de cambio del modo de vivir, a fin de alcanzar aquí una plenitud de vida, pero no de salvación eterna. Ya en el siglo II existían estas ideas. Siempre en el siglo II se hizo necesaria otra conclusión al relato. Y la redactó un escritor mucho más culto, que es la que normalmente encontramos en los evangelios. La primera no estaba a la altura, dejaba mucho que desear, por lo que se elabora ésta otra, que, en cualquier caso, no pertenece tampoco al evangelio de Marcos, y comprende los versículos 9-20. Desde entonces, el evangelio de Marcos fue transmitido en una de las tres versiones: el texto original sin conclusión, el texto con el añadido breve o la última redacción con la conclusión más larga.

Y no solo: en uno de los manuscritos que reportan la conclusión larga, se introducen las siguientes frases entre los versículos 14 y 15: “Y éstos *adujeron en propia defensa*: «este mundo de iniquidad y de incredulidad está bajo el dominio de Satanás, – como veís, satanás ya se ha convertido en la cabra expiatoria: a él se le echan las culpas de todo, a él se debe que no seamos capaces de captar el mensaje... – el cual no permite que aquello que está bajo el yugo de los espíritus impuros conciba la verdad y la potencia de Dios; revela, pues, desde ahora tu justicia». Esto decían a Cristo y Cristo les respondió: «El fin del tiempo del poder de satanás se ha cumplido: y, sin embargo, se aproximan otras cosas terribles. Y yo he sido entregado a la muerte por aquellos que han pecado...»”, etc, etc. Podéis apreciar en estas palabras toda una terminología religiosa que es ajena al evangelio de Marcos. En resumen, a lo largo de los siglos el evangelio de Marcos fue transmitido bajo distintas modalidades: sin ningún relato conclusivo, con la conclusión breve, con el relato conclusivo más largo, y, por último, se transmitió igualmente un manuscrito que contenía la conclusión larga y además estos versículos interpolados. Entonces, para recuperar el texto original, habremos de escoger la más corta, aunque sea la más difícil: “No dijeron nada a nadie atemorizados porque”.

Esta es la técnica que nos permite llegar al texto primitivo, el más antiguo de los manuscritos, pero no al original. En base a este criterio, el texto oficial standard de la Iglesia, católica y protestante, ha eliminado alrededor de 20 versículos del Nuevo Testamento, diez de los cuales estaban incluidos en los evangelios. La Pontificia Comisión

Bíblica recomendó mantener las traducciones tradicionales, pero poniendo estos versículos entre paréntesis cuadrados, porque la gente está acostumbrada a los mismos, y si no los encuentra, corre el riesgo de quedar desconcertada.

Hoy veremos cuáles son estos versículos que fueron añadidos con posterioridad para hacer el texto más hermoso y eficaz y que ahora han sido eliminados. El caso es que pocos copistas resistían a la tentación de introducir añadiduras de la propia cosecha. Así hizo también Erasmo, y su obra perduró a lo largo de los siglos.

El evangelio de Mateo.

Mt 5,44. El texto primitivo es: *“Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y orad por quienes os persiguen”*. El copista ha añadido el pasaje paralelo del evangelio de Lucas, que continuaba con *“benedicid a los que os maldicen y haced el bien a los que os odian”*.

El “Padre nuestro” concluye: *“y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal, o del maligno”*, era un texto que solía ser recitado en la liturgia, la cual siempre solía acabar con una fórmula de oración. En muchos textos, después de “líbranos del mal” encontramos *“porque tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria por los siglos de los siglos”*. Se trata de un añadido antiquísimo, lo hallamos ya en el primer catecismo de la Iglesia, que data del primer siglo después de Cristo, en torno al año 100. El “Padre nuestro” terminaba con *“líbranos del mal”* a secas; se ve que la influencia de la liturgia introdujo esta doxología en algunos manuscritos.

Lo mismo se encuentra en Mt 16: *“Cuando se hace de noche decís: Hace buen tiempo...”*. Pero en el evangelio de Mateo existe incluso un versículo menos. En el capítulo 17 del evangelio de Mateo, en efecto, falta el versículo 21 desde hace ya varios decenios. ¿Qué decía este versículo?: *“Esta especie de demonios no se puede expulsar más que por medio de la oración y del ayuno”*. Este versículo fue tomado de Marcos 9, 29, que, a su vez, había sido interpolado, pero que no estaba presente en el texto primitivo de Mateo. Como podéis imaginar, los orígenes de este añadido son monásticos: a los monjes les gustaba tanto esta idea del ayuno que algún copista decidió insertar este texto de Marcos, pero ya interpolado, en el evangelio de Mateo.

En la enumeración de los “ays” que Jesús pronuncia hacia los escribas y fariseos de Mt 23,14 ha sido añadido uno más. Mateo se dirige a los escribas y fariseos pronunciando siete lamentaciones: *“Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas”* (Mt 23,14). Un copista añade una octava lamentación con la idea de establecer un paralelismo con las ocho

bienaventuranzas, y, por tanto, resultan ocho “ays”. En realidad, es una cosa fascinante, estupenda: ¡ocho bienaventuranzas y ocho lamentaciones! Pero Mateo no lo hizo así. ¡Ocho bienaventuranzas y siete lamentos! Alguien decidió hacerlo en su lugar: tomaron un “ay” de Marcos y lo copiaron en el evangelio de Mateo, y así todo quedaba armonioso...

El evangelio de Marcos.

Mc 9,29. Hemos dicho antes que si una traducción resulta equivocada, toda nuestra vida espiritual se resentirá sin remedio. El texto primitivo de Mc 9,29 decía “*Esta especie no se expulsa si no es con la oración*”. En ambiente monástico, donde la influencia de la religión es fuerte y en todas las religiones se practica el ayuno, surge este añadido que hace referencia a la oración y al **ayuno**. De ahí que el ayuno haya tenido tanta importancia en la espiritualidad cristiana, porque lo había dicho Jesús. Si lo dice Jesús... Y de ese modo adquiere carta de ciudadanía la práctica del ayuno, que Jesús nunca cumplió, ni tan siquiera en el desierto cuando estuvo cuarenta días sin comer y sin beber, porque eso no es el ayuno. El ayuno religioso es el que comienza al alba y termina al atardecer. En el desierto, Jesús no observa un ayuno religioso, que es una forma de situarse en un comportamiento de muerte para atraer hacia sí la benevolencia de Dios. Y, sobre todo, era una señal de luto que Jesús excluye categóricamente de su comunidad. La suya es la comunidad en la que está presente el esposo; con él, se desborda la alegría y por eso las personas que ayunan están fuera de lugar, no tiene sentido una expresión de muerte como el ayuno en presencia del esposo.

Desde entonces se creía firmemente que el mismo Jesús había afirmado que “*esta especie – y se sobreentendían los demonios – no se puede expulsar si no es con la oración y con el ayuno*”, he aquí la importancia del ayuno. Y, además, por desgracia muchas veces se le atribuye a la Virgen un apoyo decidido al ayuno. En cualquier parte del mundo en que aparezca, ahí tenemos a la Virgen pidiendo a la gente que ayune; normalmente se aparece a las personas más desgraciadas. Parece mentira que con tantas ocupaciones, la Virgen no tenga tiempo de darle una ojeada a la nueva edición del evangelio: se daría cuenta de que ya no hay más ayuno y que no hay que atribuir a su hijo algo que Jesús no dijo. Está bien hacer el ayuno como medida dietética, pero ciertamente Jesús no lo recomendó hacer a nadie. Pero en la tradición de la iglesia tuvo tanta fuerza que llegó casi a convertirse en elemento distintivo del cristianismo.

El evangelio de Lucas.

Lucas tiene dos textos importantes. En el famoso episodio de la mujer que sufre hemorragias de sangre, el texto primitivo decía: “*Y una mujer, que tenía flujos de sangre*

desde hacía doce años sin poder ser curada por nadie". Alguien añadió *"y se había gastado en médicos todos sus bienes"*. Dos son las hipótesis acerca de la aparición de estas palabras en algunos manuscritos y la posterior desaparición en otros. La primera es la polémica en relación a la clase médica. Dice la Biblia: *la enfermedad es larga y el médico goza con ello*. En aquella época no había casas farmacéuticas. La otra hipótesis es que la eliminación de este añadido se debió tal vez a la influencia de la poderosa lobby de los médicos, que también entonces gozaban de mucho poder.

Lc 9,55. Santiago y Juan piden a Jesús permiso para quemar la aldea de los samaritanos. En el texto primitivo está escrito: *"Pero él se giró hacia ellos y les reprendió"*. En el añadido encontramos un pequeño sermón: *"Vosotros hijos, no sabéis de qué espíritu sois. Porque el Hijo del Hombre no ha venido a perder las almas de los hombres, sino a salvarlas"*. Esta manía de querer enseñar la llevamos en la sangre, forma parte de la tradición de forma tal que parece casi un delito pretender deshacerse de ella, igual que de otras muchas cosas ajenas al evangelio que le hemos ido añadiendo. La gente se rebela cuando se le propone eliminar lo supérfluo, porque parece que le quitas la tierra en la que se apoyan.

Lc 22,42-45, la pasión de Jesús. Desde siempre, en los cuadros que representan la pasión, Jesús ha sido representado sudando sangre. Y los médicos han dado rienda suelta a la imaginación para explicar sesudamente que en determinadas condiciones de stress, el sudor puede convertirse en sangre. Pero lo cierto es que el texto primitivo dice: *"Padre, si quieres, aleja de mí este cáliz. Pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya"*. Después, *poniéndose en pie, fue en busca de sus discípulos*". Se ve cómo el texto corre bien: oró, se incorporó tras acabar la oración y fue a buscar a los discípulos. En cambio, han sido añadidos los versículos 43 y 44 y esta intromisión hace pesado todo el texto: *"Se le apareció entonces un ángel del cielo para confortarlo. Y, entrando en agonía, oraba más intensamente. Y su sudor se convirtió como en gotas de sangre que caían a la tierra"*. Es éste un texto muy antiguo: las primeras copias que tienen esta inserción proceden del siglo II. Naturalmente es un aspecto mitológico, un elemento fantástico. Jesús se halla en el momento de la necesidad, descendiendo el ángel para confortarlo, pero por lo que parece desprenderse del relato, el ángel fracasa en su empeño, porque no solo no se consuela, sino que se pone a sudar sangre. Se ve que el ángel no era muy ducho en esta tarea. Si este pasaje, que es una clara intrusión desde el punto de vista del análisis gramatical, hubiera estado en el texto primitivo, ¿quién se habría atrevido a eliminarlo? Nadie habría osado suprimirlo, ya que, como hemos visto, la tendencia era siempre ampliar, nunca eliminar.

El evangelio de Juan.

Juan 5,3-5, texto primitivo: *“Bajo estos pórticos yacía un gran número de enfermos, ciegos, cojos, parálíticos. Había allí un hombre enfermo desde hacía treinta años”*. Pues bien, en el versículo 3, después de “parálíticos” ha sido añadido *“los cuales esperaban que se agitara el agua. Un ángel descendía a veces en la piscina y agitaba el agua; el primero en entrar tras la agitación del agua se curaba de cualquier enfermedad que tuviera”*. Estas palabras, no obstante se trate de un texto bastante antiguo, faltan en los textos más primitivos del evangelio de Juan. La inmersión en la piscina era considerada terapéutica, milagrosa, por lo que algún copista se ha lanzado a explicar mejor lo que sucedía cuando se agitaba el agua. Y ha escrito que *“esperaban expectantes el agitarse del agua”*. Pero el relato en sí parece una lotería, tiene tintes cómicos. Es evidente que los añadidos substraen mucha de la seriedad que tenían los textos primitivos. Hacen uso de imágenes atractivas y simpáticas, tienen un sabor legendario, simbólico, pero carecen de consistencia y tergiversan el mensaje del evangelio. De hecho, sorprende leer que un enfermo llevaba allí ¡38 años esperando para curarse! Lo triste es que si la gente pudiera elegir entre los evangelios y los escritos apócrifos, probablemente optarían por los apócrifos, que son más bellos, más exuberantes...

Veamos ahora un caso que parece realmente novelesco; en anteriores encuentros ya hemos hecho alusión al mismo. Como hemos visto, los cuatro evangelios no fueron aglutinados en una colección compacta hasta el siglo II. Cada comunidad tenía su evangelio, las comunidades fundadas por los misioneros de Mateo usaban su evangelio, las de Marcos el suyo, y así sucesivamente. Pero en las comunidades fundadas por Lucas se produjo una especie de sublevación contra el escrito de este evangelista, porque el evangelio contenía un episodio que no deseaban aceptar. Cuando les llegaba el evangelio, ignoraban dicho episodio, pero, tratándose de una palabra de Jesús, no lo podían desechar del todo. Por eso, adoptaron la estrategia de devolvérselo al remitente. Me refiero al famoso pasaje de la adúltera que hoy hallamos en Juan 8,1-11. Ciertamente es un pasaje escandaloso. Jesús perdona a la mujer adúltera sin exigirle penitencias, solo le conmina a no pecar más: *“Vete y no peques más”*. Se nos dice que Jesús estaba en el templo, traen ante él a una mujer descubierta en flagrante adulterio (los escribas y fariseos se dedicaban a espiar: *“en flagrante adulterio”*). El evangelista incluso indica el momento: era el alba.

Hay que estar atentos y no dejarse imbaucar, porque a veces el imaginario nos desvía. En los films, en los cuadros, esta mujer adúltera siempre es representada como

una mujer hermosa. En cambio, en realidad se trataba de una muchachita de entre doce y trece años de edad. Dicen de ella: *“Moisés ordenó lapidar a las mujeres como éstas”*. En aquellos tiempos, el matrimonio tenía lugar en dos etapas, y nosotros carecemos de los términos adecuados para traducir con precisión todo el proceso que comportaba, un desarrollo propio de la tradición hebrea. La primera fase la llamaremos desposorios y la otra, la boda. Cuando la muchacha tiene 12 años y un día y el varón tiene 18 años, o 20 al máximo, éste va a casa de la esposa, comprueba sus cualidades y su salud (la mujer valía solo para dar a luz y para trabajar). Después de esta inspección, tiene lugar el contrato: el hombre pone el velo en la cabeza de la mujer y le dice: “Eres mi mujer”, ella dice: “Tú eres mi marido”. Concluida esta primera fase, cada cual retorna a su propia casa, y cuando la muchacha-esposa cumple los 13 años (porque a los 12 años aún no estaba en condiciones de alumbrar hijos), acompañada por el cortejo de las amigas, va a vivir a la casa del esposo. Tras la primera parte, los desposorios, eran ya marido y mujer, y si durante este intervalo de un año la mujer quedaba encinta, se le imputaba el delito de adulterio y era lapidada. Si esto sucedía en la segunda fase, “simplemente era estrangulada”. Dado que para esta adúltera hablan de lapidación, es claro que se trata de una joven muchacha de entre doce y trece años.

En realidad, los matrimonios no eran matrimonios de amor, los gestionaba siempre la familia y, por regla general, los esposos se conocían el día de las nupcias, previamente nunca se habían encontrado. Sucedió entonces que, a pesar de que existían esas leyes represivas que hemos mencionado, el corazón era más fuerte que estos vínculos y, por tanto, el adulterio era frecuente. La Biblia, esto conviene recordarlo siempre, es la palabra de Dios, pero fue escrita por hombres, no por mujeres, y los hombres se reservaron para sí no pocas ventajas. ¿Qué se entiende por adulterio en el Antiguo Testamento? Para la mujer, se trata de cualquier relación sexual con un hombre que no sea el propio marido, pero para los hombres no es así; para el hombre solo la relación extraconyugal con una mujer hebrea casada constituye adulterio. El hombre puede tener relaciones con todas las mujeres paganas y con las solteras (esta es la razón de la temprana edad con que se casaban).

“Jesús, inclinándose, se puso a escribir en la tierra con sus dedos”. Es un misterio. ¿Qué es lo que escribía Jesús? El gesto recuerda al profeta Jeremías, es posible que remita a una de sus profecías. El profeta dice: “Los nombres de los muertos serán escritos en la tierra”. Los escribas que se han reunido alrededor de la pecadora para condenarla a muerte, son vistas por Jesús como personas ya muertas. Quien tiene el deseo de procurar la muerte a otro ya está muerto.

Insistían en interrogarlo y Jesús da su famosa respuesta: *«Quien de vosotros esté sin pecado, tire la primera piedra contra ella». E inclinándose de nuevo, seguía escribiendo en la tierra. Aquellos, oyendo esto, comenzaron a retirarse uno tras otro, empezando por los más ancianos...». El término “ancianos” no significa los mayores de edad. Anciano en griego se dice “presbítero”, los componentes del sanedrín, el máximo órgano jurídico de Israel, el que podía emitir las condenas a muerte. Estaba compuesto por los presbíteros, los sumos sacerdotes y los escribas. Los que se marchan primero no son los viejos, son los presbíteros, los componentes del sanedrín. “Quedó solo con la mujer que estaba en el centro. Alzándose, Jesús le dijo: «Mujer, ¿dónde están? Nadie te ha condenado?». Respondió «Nadie, Señor». Dijo Jesús: «Tampoco yo te condeno, vete y de ahora en adelante no peques más»».*

Las comunidades no querían este texto. En el libro que escribe sobre el matrimonio, san Agustín manifiesta una con honda preocupación ante este relato, temeroso de que pudiera hacer pensar a las esposas que su pecado quedaría impune. Si las mujeres llegan a conocer este episodio, los pobres maridos estarán perdidos. En aquella época, la disciplina penitencial era muy dura. En un mundo donde la praxis normal era eliminar por lapidación o estrangulamiento a la mujer adúltera, Jesús perdona con “demasiada” facilidad a la mujer. En el mundo árabe, aún en nuestros días, cuando una mujer queda embarazada fuera del matrimonio, el hermano del marido acaba con ella cuando se celebre la primera fiesta del pueblo, a la presencia de todos. Después, todos se marchan y el delito no es castigado. No debemos escandalizarnos de esta práctica, porque hasta los años 50 existía en Italia el “delito de honor”. ¿En qué consistía el delito de honor? Un hombre traicionado por su mujer era rechazado por todos, a menos que acabase con ella. Si no lo hacía, perdía el honor, nadie lo tenía en consideración. Una vez que eliminaba a la adúltera, la sociedad lo acogía de nuevo. Y si perdura en la familia esta mancha del deshonor, quiere decir que las otras hijas no encontrarán marido y los hijos no encontrarán esposas. Se trata de una familia deshonrada. Acabar con la vida de la mujer era una obligación social, y prácticamente no había castigo al respecto.

Sobre este transfondo, podéis imaginaros la tremenda conmoción que causaba Jesús concediendo su perdón. Es más, ni tan siquiera necesita perdonar, simplemente dice: *¿Ellos no te han condenado? Tampoco yo te condeno.* Era un texto fortísimo y ninguna comunidad quería el texto. Pasa un siglo, pasan dos, pasan tres y ninguna comunidad lo quería, hasta que al final fue introducido casi a la fuerza en el inicio del capítulo 8 del evangelio de Juan. Pero el pasaje, claramente, no es de Juan. La gramática,

las palabras usadas y el contexto del relato nos indican claramente que se trata de una composición de Lucas, el evangelista que hizo de la misericordia de Jesús el hilo conductor de su evangelio. Y el caso es que si eliminamos este párrafo del evangelio de Juan, podemos comprobar cómo éste fluye mejor. Y si lo insertamos en el capítulo 21 de Lucas tras el versículo 38, comprobaremos que ése era, muy probablemente, su lugar originario. El texto actual de Lucas (21,37) dice así: *“Durante el día, enseñaba en el templo y de noche salía y estaba en el monte de los olivos. Pero ya desde la mañana temprano todo el pueblo se reunía en el templo para escucharlo”*. Añadid ahí el versículo Juan 8,1: *“Jesús fue al monte de los olivos. Por la mañana temprano se presentó de nuevo en el templo y todo el pueblo acudía a él y, sentándose, los instruía”*. El contexto del monte de los olivos y del templo es idéntico, lo que nos hace pensar que posiblemente éste era el lugar originario de este evangelio.

Por lo demás, creo que si quitamos este texto del evangelio de Juan veréis que el conjunto global del mismo evangelio corre mejor. En el capítulo 7, versículos 52-53, asistimos a una polémica de los fariseos con Nicodemo: *“Estudia y verás que de Galilea no surge ningún profeta. Y cada uno regresó a su casa”*. Y si continuamos la lectura en el capítulo 8,12 tras haber quitado el pasaje de la adúltera, leemos: *“Jesús habló de nuevo: «Yo soy la luz del mundo; quien me sigue no caminará en las tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida»*”, lo cual engarza bien en el discurso que Jesús estaba haciendo acerca de su persona y misión.

Durante tres siglos, ninguna comunidad cristiana quiso este relato. Finalmente, y tras muchos vaivenes, fue introducido casi “por misericordia” en un evangelio que no era el suyo originariamente. Y durante cinco siglos este texto no fue leído en la liturgia. Las mujeres no sabían leer, por lo que aunque el episodio estuviera dentro el evangelio no importaba gran cosa, pero evitaban leerlo en la iglesia durante la liturgia, para no causar problemas a los maridos, como temía Agustín.

Hemos visto, así pues, algunos de los versículos que no pertenecen al Nuevo Testamento primitivo, de los cuales hasta 10 estaban incluidos en los Evangelios. Habían sido añadidos posteriormente. Ahora habitualmente o son eliminados, o son puestos entre paréntesis cuadrados.

Domingo 30, p. Alberto Maggi (primera parte)

El Evangelio desaparecido: ¡aquello que ya no está!

Hemos visto que en los primeros siglos de la Iglesia, todos los copistas se sentían autorizados a adaptar los textos del evangelio y de los escritos del Nuevo Testamento a sus propias necesidades, por lo que el número de las añadiduras que se hicieron a los mismos alcanzó cifras muy altas. Ante tal abundancia de glosas, el papa Dámaso solicitó a Jerónimo que revisara todos los manuscritos. Su trabajo tuvo una difusión extraordinaria. Del texto revisado por él han llegado a nuestras manos más de 8000 ejemplares. Sin embargo, la gran difusión se produjo en detrimento de la calidad, ya que fueron añadidas notas marginales, los vocablos difíciles fueron sustituidos por otros más fáciles, etc.

El Papa Dámaso, además, encargó a Jerónimo la traducción al latín de todos los textos bíblicos veterotestamentarios, obra que realizó en el periodo de un año. Fue un trabajo titánico, inconmensurable, teniendo en cuenta los instrumentos de los que podía disponer por aquél entonces. Fue una obra extraordinaria, ciertamente, pero no estuvo exenta de errores, como ahora veremos. Por cuanto respecta al Antiguo Testamento, trabajó partiendo de los originales en hebreo, pero lo hizo de forma un tanto imperfecta, porque había libros que el propio Jerónimo detestaba. Así, los libros de Tobías y Judit no los considerada inspirados y los tradujo en una sola noche, de forma bastante aproximada. La biblia hebrea no considera inspirados algunos libros que, en cambio, la iglesia cristiana sí aceptaba. Jerónimo era más de la idea del mundo hebreo. Por eso, puso escaso empeño en traducir el libro de la Sabiduría, el Eclesiástico, el primer y el segundo libro de los Macabeos, lo hizo casi de mala gana. Y pese a ello, esta traducción suya del Antiguo Testamento y la revisión del Nuevo llegaron a ser casi consideradas la palabra revelada por el mismo Dios. Los sacerdotes, antiguamente, hacían uso en la predicación de pomposas frases del evangelio en latín, tomadas de la traducción de Jerónimo, casi dando por supuesto que Jesús las hubiera pronunciado tal y cual. De hecho, se llegó a pensar que ésa era la palabra inspirada.

En la iglesia católica, hasta hace unos 30, 40 años, la teología, la dogmática, la liturgia, el tratado de los sacramentos, la espiritualidad, todas estas disciplinas se basaban no en el texto original, sino en la traducción latina realizada por Jerónimo, que es imperfecta y rica de errores. En algunos casos, los errores de traducción se pueden deber también a una conservación defectuosa del texto. Sea como sea, presentaremos ahora alguno de ellos y diremos el por qué.

Nosotros podemos considerarnos afortunados porque tenemos la fortuna de vivir esta época, marcada por el Concilio Vaticano II, que ha hecho posible el regreso al texto original. Estamos apenas en los inicios de algo que se irá revelando extraordinariamente fructífero. A medida que la Iglesia vaya acogiendo cada vez más el mensaje primitivo de los evangelios, deberá por fuerza modificar su misma estructura, su teología, porque determinadas posiciones hoy día carecen ya de fundamentación y de bases sólidas.

En el segundo libro de Samuel, capítulo 23, versículo 8, leemos: *“Estos son los nombres de los ancestros de David”* y hallamos un nombre *“Is-Bàal -(Is= hijo)- el Cacmonita, cabeza de los Tres”*. El autor está haciendo referencia aquí al grupo étnico de pertenencia. Pero el texto estaba ilegible y Jerónimo, condicionado por su propia concepción teológica, en lugar de *“Is-Baal el Cacmonita”*, tradujo *“aquél que se sentaba en la cátedra”*; como véis, son cosas que no tienen nada que ver una con otra. El texto continúa diciendo que *“Is-Baal el Cacmonita, cabeza de los Tres, empuñó la lanza”*. Dice claramente “la lanza”, pero Jerónimo traduce con *“el más sabio y el primero de los tres, él es como una diminuta astilla de la madera”*. ¡Parece una comedia! Está claro que no hay relación entre ambos contenidos. Tal vez la defectuosa conservación del texto hebreo propició alguno de estos errores.

Existe todavía otro problema serio por lo que respecta a la lengua: la escritura del hebreo está compuesta solo de consonantes, no existen las vocales; por ello, a veces no es fácil captar el sentido. Veamos un ejemplo en nuestra lengua: las letras C, R y N pueden formar la palabra CUERNO, pero también CARNE, CORONA, etc. Si contamos solo con las consonantes, ¿a saber cuál es! Más tarde, decidieron establecer un sistema de vocales, pero muchas de ellas no pasaban de ser simples puntitos que se colocaban sobre las consonantes. Os parecerá extraño y algo cómico, pero el caso es que muchos de los errores de traducción de estos textos sagrados – que los hebreos no osaban tocar con las manos, por lo que usaban una especie de pluma con una empuñadura para no quedar impuros – hay que atribuirlos a las moscas irreverentes, las cuales ensuciaban las consonantes y alteraban así su significado. En efecto, una mancha de caca de una mosca corresponde exactamente a una vocal. Uno de estos errores cómicos, realmente sorprendente para cuantos lo conocen, tiene que ver con la famosa estatua de Moisés obra de Miguel Ángel, el Mosè, que se conserva en Roma, en la Iglesia de San Pietro in Vincoli. En esta obra de arte llama la atención un detalle curioso: Moisés aparece representado con cuernos en su cabeza. De hecho, en toda la iconografía de Moisés del siglo 16 se ve a este hombre con los cuernos. ¿Por qué? Es culpa de Jerónimo: al traducir al latín el texto del Éxodo, se

encontró con las consonantes hebreas “QRN”. Si ponemos las vocales “A”, “QARAN”, significa “RADIANTE”. Si, por el contrario, colocamos otras vocales, la “O” y la “E”, se lee “CORNUDO”. En la Vulgata se lee que “*Moisés descendió del monte Sinaí cornudo*”, por un error de Jerónimo. Todavía hoy el texto de la Vulgata dice en latín: “*et ignorabat (ignoraba) quod **cornuta** esset facies sua*”, no sabía que su rostro se había vuelto cornudo.

Esto nos puede parecer un tanto folclórico, pero otros errores más graves de Jerónimo ejercieron una influencia nefasta y desviaron a los cristianos de las enseñanzas del evangelio. Por ejemplo, todo aquello que tiene que ver con el culto de la madre de Jesús. Una de las imágenes más populares de María, la Inmaculada Concepción, es la representación de una mujer que aplasta con su pie la cabeza de la serpiente. Es una imagen clásica, pero en realidad también ella nace de un error de traducción cometido por Jerónimo. En el libro del Génesis, capítulo 3, versículo 15, se lee la condena que Dios hace de la serpiente: “*Pondré enemistad entre tí y la mujer, entre tu semilla y su estirpe* – el término usado es el semen con el significado de estirpe; *éste* – es decir, la estirpe de la mujer – *te aplastará la cabeza...*”. El texto hebreo dice: “*Pondré enemistad entre tí y la mujer, entre su semilla (o sea, su estirpe) y tu estirpe: ésta (o sea, la semilla o la estirpe de la mujer) te aplastará la cabeza...*”. El mensaje del autor del Génesis es claro: la cabeza de la serpiente es aplastada no por la mujer, sino por su semilla, es decir, su descendencia, la humanidad, que siempre tendrá la fuerza para aplastar la cabeza del tentador, la cabeza del mal, es decir, será siempre capaz de hacer que prevalezca el bien. Jerónimo ha traducido el pronombre hebreo masculino “U” en femenino y en vez de decir “tu semilla”, “su semilla”, ha traducido “ella, ésta te aplastará la cabeza. Nace de aquí la devoción a María como aquella que aplasta la cabeza de la serpiente, pero esta tradición no posee ningún fundamento bíblico. En el texto se dice que será la descendencia de la mujer, es decir, el hombre, el ser humano, el que aplastará la cabeza del mal.

Otros errores que tuvieron consecuencias en la Iglesia fue traducir, con un poco de fantasía, nombres que era imposible traducir. Uno de los nombres de Dios usados en el Antiguo Testamento es El-Shaddaj. Como sabéis, el mundo hebreo no llegó a la creencia en un único Dios de forma repentina, en realidad, hubo un lento proceso hacia el único Dios, un proceso tras el cual el pueblo asimiló en Yahvé, el Dios único, todos los atributos de las distintas divinidades en las que se creía. El-Shaddaj era el nombre de una divinidad del mundo cananeo, una de las numerosas divinidades de ese mundo pagano que, probablemente, significa el Dios de la estepa o el Dios de los montes. Cuando en Israel se pasó a creer en un único Dios, todos estos nombres le son atribuidos a Yahvé. En el Antiguo Testamento, Dios se presenta diciendo: “Yo soy El-Shaddaj”. Jerónimo no sabía

cómo traducir esto. La traducción de los LXX simplemente elimina la palabra “Shaddaj”, para decir “Yo soy el Señor tu Dios”. Jerónimo, en cambio, opta por traducir con “omnipotente”: “Yo soy el Señor omnipotente”. Y este error dio origen a una de las peores tragedias, a mi juicio, sufridas en la espiritualidad y en el mundo cristiano.

El mismo Concilio Vaticano II nos advierte que si en la actualidad muchas personas no creen en Dios, la culpa es en parte de la imagen de Dios que nosotros, cristianos, les presentamos. Y esto es así porque si el Dios que nosotros predicamos no corresponde al Dios de los evangelios, la gente lo rechaza sin ambages. Y resulta peligroso el término “omnipotente” aplicado a Dios. ¿Por qué? Si Dios es omnipotente, entonces no es bueno, ya que, si todo lo puede, ¿cómo puede cerrar los ojos y consentir el sufrimiento de la humanidad?, ¿cómo es posible que no se conmueva ante el sufrimiento de los niños? Cualquiera de nosotros, si estuviera en su mano, haría lo posible por aliviar los padecimientos de los niños. Así pues, si Dios es omnipotente, no puede ser bueno. Si, en cambio, decimos que es bueno, entonces no es omnipotente. Como véis, nos movemos en terrenos delicados. Se trata de un término muy ambiguo, una creación de Jerónimo que después fue retomada por todos. Pero otros traducen por “omnipotente” el término griego “pantocrator”, que aporta un matiz distinto a la omnipotencia de Dios: no significa que Dios todo lo pueda en su omnipotencia, sino que Dios ejerce poder sobre todos: son cosas bien distintas. Es un Dios que tiene poder sobre todos, pero no omnipotente en el sentido de un Dios que puede hacer cualquier cosa que le venga en gana.

Jerónimo cometió otros errores, confundiendo, por ejemplo, nombres propios de persona con nombres comunes. En el libro del Génesis 4,16 leemos: “*Habitó en tierra de **Nod***”. Nod es, pues, una región, pero Jerónimo traduce “*Vivió **prófugo***”. Un nombre que conocemos todos es “Rama”, “*una voz se oye en **Rama***”. Jerónimo traduce “*Una voz se oye desde lo **alto***”, son cambios debidos en gran parte a su ideología cristiana. Jerónimo proyecta su credo en estos textos del Antiguo Testamento buscando referencias a Jesús, sea en los textos de los profetas, sea en la ley de Moisés. Y este propósito le lleva a adulterar el texto. Un ejemplo diáfano es Isaías 11,10. El texto hebreo de Is 11,10 es “*su morada será gloriosa*”. Este texto en Jerónimo, por la influencia de su credo y de su fe, se transforma en “*y su sepulcro será glorioso*”, queriendo ver en él una prueba de la resurrección de Jesús. Igual sucede con Isaías 16,1: “*Mandad el cordero al señor del lugar*”, pero él escribe “*Manda el cordero, dominador de la tierra*”. Es otra clara referencia a Jesús.

Pero si, en el fondo, todas estas cosas pueden parecer errores de poca monta, de escasa transcendencia, casi minucias reservadas a la curiosidad de un estudioso,

Jerónimo, en cambio, cometió otros errores mucho más devastantes, errores que están en la raíz de la fragmentación fatal que se produjo entre las iglesias, y que incluso llegaron a causar guerras de religión. Veamos ahora uno de los pasajes importantes del evangelio de Juan. Estamos en Juan 10,16, el famoso episodio del “buen pastor”. Se nos dice que Jesús entra en el templo y expulsa a las ovejas y a los mercaderes porque no quiere que se ofrezcan sacrificios a Dios. Las ovejas que Jesús encuentra dentro del templo – recordad que el templo representa la institución religiosa – son el símbolo del pueblo, y él las guía hacia fuera. Sobre este transfondo, Juan pone en boca de Jesús en 10,16: “*Y tengo otras ovejas que no son de este **redil***”. Jesús expulsa a todas las ovejas que estaban dentro del redil de la institución religiosa judía, las saca al exterior y anuncia: “*Y tengo otras ovejas que no pertenecen a este **redil**. También éstas he de guiar, escucharán mi voz y serán un **rebaño**, un pastor*”. Aquí tenemos esbozado el transcendental cambio propuesto por Jesús, es decir, el paso desde la religión a la fe.

La religión ofrece a los hombres la seguridad plena, pero a cambio exige de ellos que renuncien a su libertad. Muchas personas tienen necesidad de esa estructura. ¿Qué significa redil? El redil es precisamente el lugar que ofrece la máxima protección, tutela al hombre ante todos los ataques de agentes externos, pero lo priva de la libertad; una vez que entra en el redil, la persona no es libre para entrar o para salir. Esta es la fascinación de la religión. Muchas personas, debido a su débil estructura psíquica, tienen necesidad de protección, de una religión que les confiera seguridad. Poniéndose plenamente en manos de la autoridad religiosa, no tienen ya necesidad de razonar con la propia cabeza. La religión con sus representantes dice todo cuanto se debe hacer, lo que se puede hacer y lo que está prohibido hacer. Cuando surgen dudas, es suficiente consultar con la autoridad religiosa. Pero de este modo, la persona permanece siempre en un estadio infantil, no razona nunca con la propia inteligencia, dócilmente se deja siempre guiar por la persona a la que reconoce autoridad. El hombre está exento de pensar, solo debe obedecer. Pero este estado de cosas substrahe la libertad y hace infantil a la persona. Jesús, que vino a traer esa libertad que conduce a la plena madurez, dice: “Se acabó la época de los rediles”. No existe ya un recinto sagrado, en su comunidad hay “*un rebaño, un pastor*”. El rebaño lo componen todos aquellos que, como dice Jesús, “*escuchan mi voz*” y su voz produce en el hombre el anhelo de gozar una libertad plena, por lo que se deciden a seguirlo.

Jesús no deja lugar a dudas: mientras que la religión ofrece seguridad a cambio de la libertad, él ofrece la libertad, pero sin ninguna seguridad. Y no hay seguridad, porque es la persona la que debe responder de las propias acciones con la propia cabeza. No se

hacen las cosas porque alguien lo diga, es la persona la que debe escoger su camino, y esto conduce al individuo a la plena madurez y conciencia. Jesús precisa personas libres.

Jerónimo, debido tal vez a la frase precedente en la que aparecía el término redil, confunde el término “rebaño” con el término “redil” y traduce: “*Y tengo otras ovejas que no provienen de este **redil** y serán un solo **redil** y un solo pastor*”. Jesús había dicho una cosa muy distinta: “*Tengo otras ovejas que no pertenecen a este redil, también a ellas debo llamar y serán un rebaño, un pastor*”. Jerónimo se equivoca, tal vez por la mención precedente de “redil”, y en vez de “rebaño” traduce con “redil”, es decir, ¡una sola iglesia!, una sola institución. Y lo que surgió de aquí fue ¡un desastre! Jesús había hablado de rebaño y no de redil.

Se tergiversan dramáticamente las cosas y, mientras que el texto de Juan declara que no existe ningún redil por muy sagrado que pueda ser, ningún redil, el texto de Jerónimo dice que solamente hay un redil y un solo pastor. Mientras que Jesús, en el evangelio de Juan, dice que “*serán un rebaño, un pastor*”, la traducción latina aceptada por la Iglesia y considerada palabra de Dios, sobre la que ha fundado toda su teología, decía “serán un solo redil y un solo pastor”. La consecuencia es que, habiendo solo un redil legítimo, las iglesias acaban combatiendo entre sí para imponer la propia pretensión de constituir este único redil.

Además, esta traducción hizo que la Iglesia acuñara el dramático slogan “no hay salvación fuera de la Iglesia”. Nosotros somos hijos y herederos de un mundo de cristianos “etiquetados” desde el nacimiento, porque no había alternativa. ¿Qué significa “fuera de la Iglesia no hay salvación”? Estamos en el año 1442, en el Concilio de Florencia, os leo textualmente: “*La sacrosanta iglesia romana... cree firmemente – en realidad, cuando la Iglesia afirma creer algo firmemente quiere decir que dentro de poco lo va a dejar a un lado – que nadie fuera de la Iglesia católica, ni paganos, ni hebreos, ni herejes o cismáticos, – con herejes se refiere a los protestantes, y con cismáticos a la Iglesia ortodoxa – participará en la vida eterna, sino que irán al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles*”. Debido al error de traducción que hemos mencionado: “*habrá un solo redil, un solo pastor*”, la Iglesia, coherentemente, cree que nadie que se encuentre fuera de dicho redil puede obtener la salvación. Los hebreos, los musulmanes, los cristianos protestantes y ortodoxos, los no bautizados, todos están destinados al fuego para toda la eternidad. En otras palabras, la Iglesia condenaba a la hoguera eterna a tres cuartas partes de la humanidad. Y esta creencia ha perdurado durante siglos, hasta el Concilio Vaticano II, con consecuencias dramáticas porque nos hemos encontrado con un

pueblo compuesto por cristianos “de etiqueta”. Cuando yo nací, no había posibilidad de elección, ¡la única alternativa a ser cristianos era el infierno!

Ha sido necesario el Concilio Vaticano II, cinco siglos después del Concilio de Florencia, para rebatir las tesis de éste último. De hecho, tomando casi al pie de la letra el texto del Concilio de Florencia, le da un vuelco total a sus contenidos, afirmando: “*Los hebreos, los musulmanes – e incluso añade los ateos – y todos aquellos que responden al dictamen de su conciencia obtienen la salvación*”. Imaginaos el caos que se formaría en el infierno cuando llegó la contraorden: «Ha habido un error»... pero, en el fondo 5 siglos frente a la eternidad no son nada... Todos los hebreos, los musulmanes, los protestantes, los no bautizados que durante cinco siglos se habían ido hacinando en las “parrillas del infierno”.... pues ¡libertad para todos y se abren las puertas del paraíso!

Pero este cambio de mentalidad causa ahora cierta convulsión en la Iglesia. Antes éramos cristianos porque se nos obligaba a serlo. Ahora, en cambio, ¿por qué debemos escoger a Jesús? Hoy día la Iglesia enseña que la opción por Moisés, por Mahoma, por Buda o incluso por nadie, puede conducir a la salvación. Optar por Jesús no resulta ya imprescindible para la salvación. Entonces, ¿cuáles son los motivos que nos conducen a esta opción? La pregunta tiene mucho sentido, es muy importante responderla bien. La respuesta que yo encuentro es que todas las otras son religiones en las que el hombre está llamado a hacer algo por Dios; Jesús, en cambio, se aleja de esta concepción, y presenta aquello que Dios hace por los hombres. Mientras que en todas las otras religiones se enseña el amor hacia Dios y el amor por el prójimo, en el mensaje de Jesús más que amor hacia Dios, se habla de amor de Dios hacia los hombres. La novedad extraordinaria traída por Jesús y que no hallamos en ningún otro fenómeno religioso es que él se desmarca de la clásica enseñanza religiosa en virtud de la cual el hombre ha sido creado para servir a Dios, y presenta en su lugar a un Dios que está al servicio del hombre. Veremos en el momento de la Eucaristía que el servicio no disminuye la dignidad de los hombres, antes bien, les confiere la dignidad verdadera. Y mientras que las religiones tienen necesidad de una ley, de un templo, de un sacerdocio, etc, con Jesús todo esto no solamente resulta inútil, sino que se convierte en un obstáculo. El rechazo de estas instancias conducirá a Jesús a la muerte. Mientras que los otros grandes fundadores de las religiones vivieron una larga vida, rodeados por sus discípulos, Jesús fue eliminado bien pronto.

En la segunda parte dedicaremos nuestra atención a los diablos, los demonios y, por último, aludiremos a Lucifer, otro ejemplo de traducción errada que comportó serias

consecuencias para la teología. Todos conocemos la frase del evangelio de Lucas 2,14: nace Jesús en Belén, aparecen los ángeles y exclaman: “*gloria a Dios en el cielo y paz a los hombres de buena voluntad*”. Fue probablemente Jerónimo quien elaboró esta traducción. Es decir, la gloria de Dios en lo más alto de los cielos, y la paz para los hombres que se la merecen. Pero con este lenguaje nos movemos dentro de la categoría religiosa del mérito. En el universo de la religión, hay que hacerse merecedores del amor de Dios. En la fe que trae Jesús, por el contrario, el amor de Dios es acogido como don. Como véis, es muy importante la ideología que está detrás, porque la misma ejerce una influencia decisiva a la hora de escoger los términos y cambiar el texto. El texto griego para nada hablaba de los “*hombres de buena voluntad*”, hablaba de “*los hombres que son objeto de la benevolencia divina*”, o sea, en otras palabras, de todos los hombres. La paz no es para los que se hacen merecedores de ella, sino para todos, como reflejan justamente las nuevas traducciones. Hoy leemos: “*paz en la tierra a los hombres que ama el Señor*”, todos sin excepción.

Domingo 30 p. Alberto Maggi (segunda parte)

El evangelio desaparecido: aquello que no existe más

El pueblo hebreo ya no habitaba solamente dentro del territorio de Israel, como sucedía antaño. Se habían extendido por toda la cuenca del mediterráneo. En Alejandría vivía una próspera e importante colonia de judíos, que sentía el deseo de traducir la Biblia del hebreo al griego, la lengua que usaban normalmente. De acuerdo con una tradición, se encargó de la traducción una comisión compuesta por 70 sabios que trabajaron sin descanso durante 70 días. Esta biblia es conocida con la sigla de los Setenta (LXX). Esta traducción del hebreo al griego no comporta solo un cambio mecánico de palabras de una lengua a la otra. Se trata de una interpretación. Al aumentar los conocimientos y las formas del saber, la traducción no podía ya limitarse a una simple transformación lingüística de vocablos, como hace un traductor electrónico de una lengua a otra. Estamos ante una interpretación del contenido.

En el origen de esta obra de traducción, así pues, encontramos a la clase hebrea intelectual de Alejandría, una clase muy culta, sabia, que se encontraba inmersa en el seno de una sociedad notablemente evolucionada desde el punto de vista intelectual, una sociedad que ya no creía en ese mundo mitológico que está en el transcurso de ciertos pasajes de la Escritura. De hecho, la biblioteca de Alejandría era la biblioteca más

completa e importante del mundo entonces conocido. El grupo de los hebreos perteneciente a esta comunidad gozaba de una gran ventaja respecto al resto de la población: los hebreos no conocían el analfabetismo, porque los niños, a los cinco años de edad, tenían el deber de aprender a leer la Escritura. Esto les diferenciaba de los otros pueblos incultos. Cuando se deciden a afrontar la traducción de la Escritura al griego, se encuentran ante el reto de tener que traducir 19 términos relacionados con el mundo mitológico de la antigüedad – no eran tampoco demasiados, a decir verdad – que estaban presentes en la Escritura.

El mundo mitológico es ese mundo animado por seres semi-divinos que poblaba la naturaleza de aquella época. Por ejemplo, se creía en la existencia de las sirenas, que eran consideradas semi-divinidades, mitad de cuyo cuerpo era de mujer y la otra mitad, de ave. Solo a partir de la edad media empiezan a ser representadas con cola de pez. Y la razón es que (podéis comprobar la importancia de las traducciones) las plumas de las sirenas, en latín se dice *pennis*, y de plumas a aletas, de *pennis* a *pinnis*, hay un paso muy corto.

En aquél tiempo creían en los sátiros, los faunos, los centauros. En Alejandría, en cambio, la clase culta judía ya no cree en la existencia de estos seres, por lo que sistemáticamente, cada vez que los traductores hallaban alguno de los 19 términos que en hebreo indicaban alguna de estas divinidades, lo traducían con el término “demonios”. Los demonios eran considerados seres intermedios entre el hombre y la divinidad; algunos eran favorables al hombre, otros eran enemigos. También en nuestros días tenemos huellas y rastros de estas creencias, aunque han perdido su significado. Antes, en los batientes de las puertas de las casas había siempre una imagen de un animal o de un toro. Era el demonio protector de la casa que impedía entrar a los espíritus malvados. La famosa Esfinge de Egipto, mitad mujer, mitad león, era uno de estos demonios que cerraba el paso de los espíritus del mal en el templo. Todavía hoy cuando se celebra el matrimonio, se organiza un gran jolgorio y se hace mucho ruido y estruendo para festejar a los esposos. ¿Por qué toda esta algarabía? En general, la gente piensa hoy que es un modo de expresar la alegría por el enlace, pero no es así: se trata de ahuyentar a los espíritus malignos. Desde siempre, los momentos más delicados en la vida del individuo eran el nacimiento, el matrimonio y la muerte. Por eso, desde la antigüedad, el matrimonio era rodeado de un gran estruendo para desorientar a los espíritus impuros. Otra cosa que hoy ha caído en desuso: antes, cuando una persona moría, alguno de sus seres queridos guardaba el luto. Contrariamente a lo que hoy se piensa, no se hacía para expresar dolor. Dado que se pensaba que la muerte se debía a algún demonio malvado,

los familiares se enmascaraban, es decir, cambiaban su vestimenta para no ser descubiertos por ese demonio que iba a por ellos. La sociedad hebrea culta de Alejandría ya no cree en estos seres y traduce sistemáticamente el término que los designaba por la palabra “demonios”. Podemos decir sin vacilar que los demonios nacieron por obra de los traductores, porque en la lengua hebrea no existe el término “demonio”.

Veamos solo algunos entre estos ejemplos. Ante todo, además de los seres del mundo mitológico, los LXX juzgan también como demonios a las divinidades extranjeras. Os recuerdo que en Israel se creía en Yahvé, un Dios más fuerte que los otros, pero durante muchos siglos se admitió también que cada nación tuviera su propia divinidad: los cananeos tenían a Baal, los egipcios tenían a Ato, etc. Poco a poco Israel llega al proceso de identificación de un único Dios, anulando todos los demás. Yahvé era el más fuerte.

En el Salmo 96 verso 5 se lee: *“Todos los dioses de las naciones son nada”*, no cuentan para nada. Así pensaba el autor. En la traducción griega, y más tarde en la latina, los dioses desde su nulidad e inexistencia fueron transformados en *“demoni”*: *“Todos los dioses de las naciones son nada”*, en griego y en latín *“demonios”*.

El trabajo de traducción de la biblia del hebreo al griego fue llevado a cabo por diferentes traductores, cada uno con su impronta peculiar, de ahí que los términos no siempre eran traducidos de igual modo. Por ejemplo en Is 65,3 leemos el reproche de Dios *“a cuantos ofrecían incienso sobre los montes”* (literalmente *ladrillos*). Con la expresión *“ladrillos”* se entiende los ladrillos de un altar. El traductor traduce en el texto griego: *“ofrecían incienso a los demonios”*. Así pues, desde *“ladrillos”* pasamos a *“demonios”*. Esto es muy importante, porque si nuestra fe se basa en la Sagrada Escritura y ésta está mal traducida, nuestra fe se resiente de las consecuencias. He aquí la creencia de estos demonios.

Un ejemplo clásico es el libro del profeta Isaías 13,21: el profeta describe a Babilonia como ciudad completamente devastada y en la que *“danzarán los sátiros”*. También los sátiros son personajes pertenecientes al mundo mitológico. Normalmente, tenían un cuerpo medio humano y el resto, de cabra o animales parecidos. En la traducción griega, *sátiros* es traducido con *“demonios”*. Dado que estos seres tenían mitad de cuerpo humano, mitad cuerpo de cabra, es decir, eran peludos, el traductor latino, Jerónimo, no traduce demonios, sino que usa certeramente el término *“peludos”* en vez de demonios. En este caso, tenía razón.

En el segundo libro de las Crónicas, 2 Cr 11,15, se lee que Jeroboam, el primer rey de Israel después del cisma, "*instituyó los propios sacerdotes para los altos, los sátiros y los becerros que había erigido*". En la traducción de este párrafo, los sátiros se convierten en "ídolos" según la biblia griega. Está claro que no siempre se seguía el mismo criterio de traducción: uno traduce "sátiros" con "*demonios*", otro traduce "sátiros" con "*ídolos*". Pero en la lengua latina pasan a ser "*demonios*". ¡Desde sátiros hasta ídolos, pues, pasando por demonios!

En la traducción del hebreo al griego y al latín los nombres que aparecen sufren a veces una profunda mutación, y se le dan significados diversos. Un ejemplo simpático es Is 34,14. Tal como hoy lo leemos, el texto dice: "*Los gatos salvajes se juntarán con hienas y un sátiro llamará al otro; también allí reposará Lilit y en él encontrará descanso*" (ahora veremos quién es la susodicha "Lilit"). En el texto griego, las hienas, o chacales, se convierten en "*onocentauros*", para complicar aún más las cosas. ¿Quiénes eran los onocentauros? *Onos* significa asno y *centauro* son divinidades cuyo cuerpo era mitad hombre y mitad asno. Las hienas pasan a ser onocentauros. Los "sátiros" son traducidos bien con "*onocentauri*", en griego, o bien con "*peludos*", en latín.

¿Quién es esta Lilit? Todo aquello que en el mundo antiguo no resultaba explicable desde los conocimientos científicos que entonces poseían, le era atribuido al mundo misterioso de los demonios. Uno de los problemas con los que aun en nuestros días se topa la ciencia, y que no consigue explicar satisfactoriamente, es la muerte repentina de los recién nacidos en su propio lecho. Es difícil saber con precisión las causas. Bien, ¿quién era Lilit? Este nombre se deriva de la palabra *laïla*, que significa "noche", o sea, Lilit es la reina de la noche. La historia es un poco complicada, veamos si la explicamos bien. Lilith era una diablilla de vida un tanto alegre y, haciéndose pasar por una distraída inocente, se mete en la cama con Adán. Queda entonces embarazada y da a luz a hijos, mitad hombres, mitad demonios, y el Padre eterno acaba con todos ellos. Ella decide vengarse y desde ese momento empieza su obra destructiva: se propone aniquilar a todos los recién nacidos que puede. Esta es Lilit. En el mundo latino se llama "*Lamia*", que corresponde a la misma divinidad monstruosa. En la traducción griega, la pobre Lilit se convierte en "*onocentauro*", es decir, un asno-hombre; en la traducción latina se le da el nombre más adecuado de la divinidad equivalente, "*lamia*". Pero el trato peor se lo reserva la traducción de la C.E.I.: la pobre "Lilit" pasa a ser "*lechuza*".

Otro término complicado es *shedim*. En el mundo hebreo se creía en la existencia de los “*shedim*”: eran los espíritus que protegían las casas. En aquél tiempo, se creía que cada casa tenía su genio defensor, un espíritu bueno que la tutelaba, eran los espíritus de los antepasados. En el mundo romano se llamaban los “*mani*”. En Dt 32,17 se lee: “*Han ofrecido sacrificios a los shedim*”, para congraciarse con ellos. En una cultura más evolucionada, en la que ya no se creía en la existencia de estos pequeños espíritus, los “*shedim*” se convierten en “*demonios*” en la biblia de los LXX; “*demonios*” también en la Vulgata, pero lo que es más grave es que el mismo término “*demonios*” sigue estando todavía presente en la traducción de la C.E.I. Aquí hubiera sido necesaria un poco más de atención por parte de los traductores. Los errores de la LXX y del texto latino de la Vulgata quizás resultaban inevitables, pero que la traducción de la C.E.I. confunda “*shedim*” con “*demoni*” me parece bastante grave. Y es grave porque la palabra “*demonios*”, repito, no existe en la Biblia, es solo fruto de una traducción errada. Se puede traducir “*Han ofrecido sacrificios a los genios tutelares, a los espíritus de la casa, a espíritus falsos*”, lo que se quiera, pero traducir “*demonios*” es un error demasiado grave. Entre otras razones, porque en el Salmo 106,37 (¡mirad qué diferencia de criterio!) aparece de nuevo “*shedim*”: el griego traduce “*demonios*”, la Vulgata traduce “*demoni*”, pero la C.E.I. ha traducido “*divinidades falsas*”. Me pregunto entonces lleno de perplejidad: si en el salmo 106 han traducido con acierto “*shedim*” por “*divinidades falsas*” ¿por qué dejar “*demonios*” creando a la gente tanta confusión? Porque mucha gente cree en estas cosas y la mención a los demonios les complica la existencia. Como podéis apreciar, el trabajo de las traducciones es muy delicado: si la traducción está equivocada, para la vida misma de la persona puede haber repercusiones negativas.

Concluamos nuestro encuentro con otro enorme error de Jerónimo, un error que dio pie al surgimiento de una de esas fábulas que nos enseñaban en nuestra adolescencia. Como no nos cansaremos de decir, la religión entontece a las personas, neutraliza su capacidad de pensar. En el catecismo nos explicaban quién había creado al diablo. Si todo cuanto existe en la creación es obra de Dios, entonces también el diablo ha de ser obra suya. Era un argumento de doble filo, un tema peligroso. Entonces nos contaban una historietita para explicar las cosas, ¿la recordáis? Había un ángel muy hermoso, el más bello de todos los ángeles, que anhelaba ser igual a Dios, ambicionaba alcanzar el nivel de Dios. El nombre del ángel es Lucifer. Otras versiones dicen que este ángel sintió envidia cuando vio que Dios había creado al hombre. Cuando se apercibe de estos pensamientos del ángel perverso Dios, que era bastante susceptible, lo convierte en un ser horrendo, monstruoso: surge de ahí el demonio, o el diablo. Después, lo expulsa del paraíso y lo envía al infierno. ¿Qué hace entonces el demonio? Decide llevar a cabo su venganza, tratando de llevarse

consigo al infierno al mayor número de personas. Es una historia, como véis, que no hay por dónde cogerla. Entre los muchos despropósitos de la misma, una cosa es evidente: el castigo que Dios establece es desproporcionado respecto a la culpa. Pero el caso es que la gente creía en todas estas cosas, y muchos incluso pensaban que esto aparecía en la Biblia.

Naturalmente, se trata de fábulas que no pertenecen de ningún modo a la Sagrada Escritura, pero fueron introducidas en la misma precisamente debido a un error mayúsculo de Jerónimo. Tomemos el caso de Isaías 14,12. El profeta se burla del rey de Babilonia, no se sabe si se trata de Nabucodonosor o de su hijo, diciendo: *“¡Cómo has caído del cielo, Lucero, hijo de la aurora!* En aquella época todos los que ostentaban autoridad eran considerados de naturaleza divina. Simbólicamente, se decía de ellos que estaban en el cielo, que eran como estrellas. El faraón era una divinidad, igual que el emperador romano. El término “estrella galáctica”, tan usado hoy en día, va un poco en la misma línea: se entiende una persona que está en un nivel superior.

Cuando Jesús dice en el evangelio: *“Vendrá el momento en que el sol no alumbrará más, la luna perderá su esplendor y las estrellas comenzarán a caer una tras otra”* no está anunciando para nada una catástrofe cósmica que produzca temor, sino, por el contrario, anuncia la profunda liberación de la humanidad. El sol y la luna eran las divinidades paganas. Las estrellas, es decir, los reyes, dominaban sobre estas divinidades, pero con el anuncio del auténtico mensaje del rostro verdadero de Dios, el sol pierde su resplandor. En otras palabras, comienza el declive de las estrellas, van cayendo una tras otra.

Todos los hombres de poder ambicionan tener un aura divina porque de ese modo pueden mandar mejor. Isaías, burlándose de Nabucodonosor dice: *“Lucero, hijo de la aurora”* y utiliza el término hebreo *“hēlel”* que significa *“la estrella de la mañana”*. Así pues, está diciendo *“¿Cómo es posible que hayas caído del cielo, estrella de la mañana?”*. La estrella de la mañana era la denominada “Venere” en el mundo latino, o sea, la primera estrella que resplandece al alba, la estrella más luminosa. Los LXX, en la traducción griega, tradujeron bien. Tradujeron *hēlel* con una palabra compuesta: *“èosphoros”* que se compone de *eôs*, que quiere decir “aurora” y de *phoros*, que es el verbo “portar”, “llevar”, o sea, portador de la aurora, la estrella que anuncia la aurora.

Por desgracia, Jerónimo tradujo como nombre propio el término que era un nombre común, o sea, tradujo un nombre común que indica “estrella de la mañana” con un nombre propio que de por sí es muy hermoso, Lucifer. Lucifer significa portador de la luz, o sea, el

resplandeciente. Hasta el siglo IV, cuando la traducción de Jerónimo no se había aún difundido, Lucifer era un nombre muy usado por los cristianos, tanto hombres como mujeres (Lucifera). Hay un santo, de hecho, san Lucifer que fue obispo de Cagliari en el siglo IV. Después, a la traducción de Jerónimo se unió una fábula que no tiene nada que ver con la Biblia: la fábula del ángel bellissimo cuyo nombre era Lucifer. Y a partir de ahí, dejó de usarse en la onomástica cristiana.

Bien, hemos llegado a la conclusión de estas conferencias en las que hemos abordado de forma sucinta la historia del texto del Nuevo Testamento, y , de modo especial, el papel relevante que ocupó la Vulgata en la historia de la Iglesia. Comprendo que las personas que vienen por vez primera puedan quedar desconcertadas. Toda la enseñanza que recibíamos estaba basada en la Vulgata, que ahora la Iglesia ha jubilado elegantemente. Ahora tenemos la fortuna de contar con el Nuevo Testamento griego, que es seguro en una proporción de entre el 95 y el 98%. Será preciso que surjan profundos cambios en la espiritualidad, en la tradición y en la teología. Nosotros somos afortunados, porque estamos viviendo el alba de una nueva era, somos los “portadores de luz” (Luciferos) de esta gran transformación que acontecerá en la Iglesia, aunque habrá que esperar la manifestación gradual de la misma, pues, por regla general, los tiempos de la iglesia son bastante lentos. A veces da la impresión de que la Iglesia está como embalsamada. Es lo que subrayábamos ayer: mientras los primeros cristianos estaban en la vanguardia, abiertos a todas las novedades para divulgar el evangelio lo mejor posible, con el paso de los siglos la Iglesia se fue embalsamando y llegó a contemplar todas las novedades como un atentado contra la propia seguridad. Hubo, de hecho, muchos documentos papales contra las primeras hipótesis de una lectura de la Sagrada Escritura que no fuera literal. La Iglesia defendió con uñas y dientes el relato de la creación en seis días, hoy, por el contrario, dice que los primeros once capítulos de la Biblia carecen de valor histórico, no son crónica sino teología. Pero en este proceso muchas personas han tenido que afrontar grandes sufrimientos.

Pregunta. Acerca del diablo...

Respuesta. Voy a responder de forma sintética porque es un argumento delicado que requeriría mucho tiempo. Yo mismo me hice esta pregunta: pero todos estos diablos y demonios que habitan en la iglesia por doquier, ¿están o no están en la Biblia? Y de ahí surgió un libro sobre los demonios. El caso es que en nuestro lenguaje popular solemos hacer confusión entre los términos. Confundimos, por ejemplo, ángeles con querubines. A veces se dice que un bebé hermoso parece un “querubín”. Pero si el papá o la mamá supieran quiénes eran los querubines, se sentirían ofendidos. Los querubines eran seres

mitológicos, cuyo cuerpo era mitad humano y mitad bestia. Decir que parece un querubín quiere decir que está malhecho. Del mismo modo, confundimos los términos “demonios” y “diablos”. Para nosotros, significan la misma cosa y los usamos indistintamente. Pero no es así en la Biblia. Hemos visto que los demonios están ausentes en el Antiguo Testamento. Aparecen en el Nuevo, pero ahora no tenemos tiempo de explicar por qué aparecen: son una imagen de todo aquello que impide al hombre ser plenamente libre para acoger el mensaje de Jesús.

Por su parte, tanto en el Antiguo como en el Nuevo testamento, el diablo está presente. ¿Quién es el diablo? Veamos un poco sus orígenes. En hebreo existe una palabra, “satan”, que significa simplemente “adversario”. Por ejemplo, los Filisteos se aperciben de que David se ha infiltrado en su propio campo y dicen: *“Atentos, que tenemos un satanás en nuestro campo”*. No es el diablo, es David. O bien, en otro momento se dice que algunos reyes desafían a Salomón plantándole batalla. Y se habla de diversos reyes que son su “satán”, es decir, sus adversarios. Cuando la Biblia se traduce al griego desde el hebreo, el término “satán” fue traducido con “diabolos”, de donde se deriva nuestro “diablo”.

“Satanás” y “demonios” son dos realidades diferentes; “satanás” y “diablo” en cambio, son idénticos. Uno es el nombre hebreo y el otro es el nombre griego. ¿Quién es satanás? En los textos aparece como un nombre común, no como nombre propio. La única vez que aparece como protagonista es en el Antiguo Testamento, en el libro de Job. En este maravilloso libro sale a escena una imagen muy oriental: el rey que recibe en su corte a todos los dignatarios reales. Entre ellos, se encuentra también el “satanás”, que no es en absoluto un enemigo del rey, al revés, es su colaborador más estrecho. Dice el libro de Job: *“Dios recibió a todos sus dignitarios y a sus ángeles, y entre ellos estaba también el satanás”*.

¿Qué quiere decir “satan”? Israel estuvo durante tres siglos bajo el dominio del imperio persa, del que tomó prestadas numerosas imágenes y símbolos. En el mundo persa había un inspector real cuyo cometido era vigilar todas las provincias del Imperio y verificar el comportamiento de los gobernadores. Más tarde, refería al rey el resultado de sus pesquisas: y el rey concedía premios y promoción a quien se comportaba bien; mientras que castigo y muerte recaían sobre los malhechores. Era llamado “el ojo del rey”. En el libro de Job, “satan” es precisamente este funcionario. De hecho, Dios recibe a “satan” de manera cordial. Si leéis el libro de Job, apreciaréis que existe un solo choque verbal entre Job y Yahvé. En Job 1,6 se lee: *“Un día, los hijos de Dios, -los ángeles, sus dignitarios- fueron a presentarse ante el Señor y también el satanás, - va siempre con el artículo -*

estaba en medio de ellos. Y el Señor le preguntó al satanás: ¿de dónde vienes? –, como véis, hablan de forma coloquial, amistosa. *Y satanás respondió al Señor: He dado una vuelta por la tierra –* suyo es el oficio de inspector - *Y el Señor dijo a satanás: ¿Has visto a Job? Nadie en la tierra es como él: hombre íntegro y recto, temeroso de Dios y ajeno del mal*". No hay nadie como Job, es una maravilla. Dios se enorgullece de él, pero satanás, que defiende los intereses de su rey, los intereses de Dios, afirma de forma puntillosa: "No podía ser de otra forma. ¡Todo le va bien! Cuando todo marcha sobre ruedas es fácil ser bueno y ser pío. Pregunta entonces a Dios: "Pero, ¿estás seguro de que si se le tuercen las cosas seguiría queriéndote? ¿Por qué no me das la posibilidad de complicarle un poco la existencia?" Dios responde: "acepto la apuesta: ve, te doy libertad para someterlo a la prueba".

Desde entonces, al pobre Job le suceden todas las desgracias de este mundo: le arden los numerosos campos que poseía, se le mueren las bestias, mueren sus hijos. ¡Se derrumba la casa y sobrevive la mujer! No lo digo por machismo, es que la mujer era uno de los tormentos de Job: ella lo atormenta hasta el final de sus días. Y, no obstante, Job se mantiene incólume. Durante el encuentro mensual que mantiene con sus dignatarios, Dios increpa a satanás: ¿has visto cómo he ganado yo? Le has causado todos los daños del mundo, y sin embargo Job sigue bendiciéndome". Satanás responde: "sí, pero hasta ahora hemos tocado solo cosas externas. Dame permiso para tocarlo en su misma piel, con una enfermedad que caiga sobre él. Hasta ahora han muerto sus hijos, las bestias, se ha derrumbado la casa pero él está íntegro. Permíteme que pueda golpearlo en su salud". El Señor acepta esta nueva apuesta. En este momento sale de la escena satanás y desaparece. Como véis, la única vez que aparece en el Antiguo Testamento lo hace como funcionario que trabaja para Dios.

En realidad, aparece una vez más, pero el caso es que algunos libros contienen relatos duplicados: así sucede con el libro de Samuel y el libro de las Crónicas, que reportan dos episodios, los cuales fueron censurados en una segunda lectura. En el primer episodio se dice que hubo un censo sobre toda la tierra. Dios dice a David: "Haz un censo de toda la tierra". David lo hace, y la ira de Dios se desata contra David y lo castiga enviándole la peste. Como véis, esta historia no se tiene de pie. En una época sucesiva, alrededor de un siglo más tarde, el episodio fue escrito de nuevo y ahora no es Dios quien ordena a David que haga el censo, sino satanás. Después de esto, la figura de satanás no vuelve a aparecer como protagonista en el antiguo testamento; lo hará únicamente como público ministerio.

Aparece en el libro de Zacarías; asistimos a un proceso legal donde está el ángel de Dios que se encarga de la defensa, y satán que hace las veces de fiscal acusador, el público

ministerio. A él corresponde resaltar las culpas de los hombres. Él está en el cielo, entre los dignatarios de Dios, y desciende a la tierra para controlar cómo se comportan las personas, en definitiva, para espiarlas a fin de castigarlas. Pero con la llegada de Jesús, al diablo se le acaba su trabajo, digamos que queda en paro obrero, pues Jesús anuncia un Dios que no premia a los buenos ni castiga a los malvados, sino que ama a todos indistintamente, sin dejarse condicionar por su comportamiento. Satanás pierde entonces su identidad y su razón de ser. Dios no castiga, continúa siempre amando a sus hijos. En el evangelio de Lucas, cuando Jesús envía 72 discípulos para realizar una misión apostólica, todos regresan contentos. Jesús entonces exclama: *“Yo veía a satanás caer del cielo como un relámpago”*. Es decir, satanás ha sido expulsado fuera del cielo. Y en el libro del Apocalipsis dice: *“Se ha terminado el papel del acusador, el que nos acusaba ante Dios día y noche: ya no hay nadie que nos acuse ante Dios”*.

En el Nuevo Testamento, satanás como imagen del diablo no es un enemigo de Jesús, se presenta, antes bien, como un colaborador suyo. Cuando Jesús se halla en el desierto, la tentación de satanás no consiste en inducirle a hacer algo malo. Lo que le dice es que está dispuesto a darle una mano para trabajar como Mesías por el reino de Dios. Es el papel del consejero. No tienta a Jesús, lo quiere seducir para que haga lo que la gente desea, para que tenga popularidad respondiendo a las expectativas del pueblo. Jesús, por el contrario, ha venido a cambiar el contenido de dichas expectativas. Por otra parte, satanás le incita a usar para su propio beneficio las capacidades que posee. Pero Jesús las pone al servicio de los demás. Además, tras las palabras del diablo se oculta una “pequeña cláusula”: me has de adorar, porque satanás representa el poder.

Por otro lado, la figura del diablo, satanás, en los evangelios será un ser de carne y hueso, una persona concreta. Los únicos dos personajes que desempeñan la función del diablo en los evangelios son Pedro (“aléjate de mí, satanás”) y Judas, los dos traidores. Y a esto se añade que el papel del diablo en los evangelios es el que se asigna a los fariseos y escribas: intentar seducir a Jesús.